# EL COJO ILUSTRADO

Año XIII — 15 DE DICIEMBRE DE 1904 — Nº 312

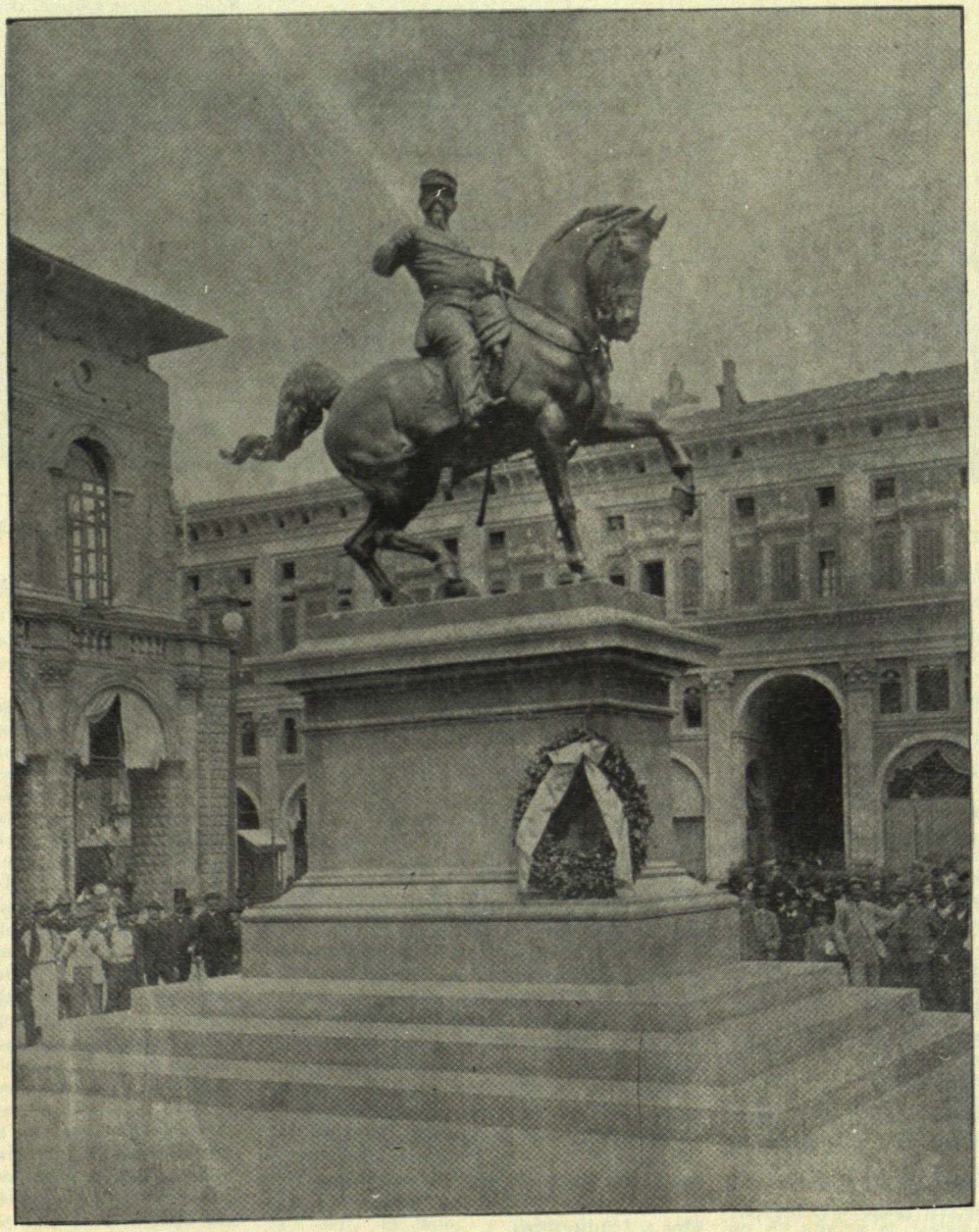
PRECIO
SUSCRIPCIÓN MENSUAL .....B. 4
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:
J. M. HERRERA IRIGOYEN

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL
DIRECCIÓN: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.
Este 4 — Número 14
CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



BOLOGNA: Monumento al Rey Víctor Manuel II, fundador del actual Reino de Italia

## TRECE AÑOS

—

El Cojo Ilustrado cumple, con este número, trece años de fundado en la prensa americana.

Cada vez que se señala un aniversario de esta Revista, hemos cumplido un deber imprescindible, al hacer recuento ó alusión al estado ó al movimiento de las letras patrias, en especial, de las cuales nos hemos propuesto ser voceros ante el concepto ilustrado del público que nos lee, en Venezuela como en el continente.

La literatura nacional parece que está en vísperas de una nueva evolución que, para un período de duración ahora imposible de calcular, ensayará adoptar ó adoptará triunfalmente una faz característica, propia, autóctona.

Parece como si los escritores ó el ambiente nacional se preparase á utilizar en un sentido definido, y enérgicamente, las influencias, las enseñanzas y las disciplinas de una década de gestación, de formación laboriosa, de orientación y de luchas.

El Cojo Ilustrado, estrictamente sujeto á su programa y á su deber, tendrá el cuidado de ir recibiendo, adoptando y haciendo conocer las palpitaciones de esa nueva tendencia característica, que ahora significa no más un conato de autonomía literaria venezolana, en medio de la literatura de América.

Entre tanto, vayan á nuestros colegas del continente, en especial los de la República, los votos de nuestro reconocimiento por las atenciones de que nos han hecho objeto en el año que termina.

## DOS PALABRAS

—

*Cum bonâ venia* y la amable aquiescencia de nuestro distinguido Director, penetramos hoy en la sección especial de esta importante Revista, movidos únicamente por el deseo de llamar la atención de los bondadosos lectores de ella, al brillante artículo de Máximo Gorky, conque en esta vez, como en otras, ha engalanado sus columnas.

Nombrar á Gorky, el conspicuo y simpático escritor moscovita, es como evocar todas las veleidades, las injusticias, los ultrajes y dolores de un acérrimo destino....

En los días de la adolescencia y de la juventud que tánto nos sonríen y nos prometen tánto; en esos días en que los espejismos de la maga esperanza truecan hasta los más ásperos desiertos, en risueños y envidiables oasis de nuestra vida, en ellos recorrió Gorky,—de hinojos postrado,—las diferentes gradas de cruelísimos martirios, á la vez que ceñía su altiva frente,—trono de pensamientos sublimes,—ancha y punzante corona de espinas, que si sangre de sus venas no arrancó, sí hacía filtrar gota á gota la esencia del acíbar que envenenaba su corazón, y entenebrecía con negras sombras, la luz hermosa de su privilegiada inteligencia.

Llegó á estar á un paso, á una línea del suicidio, de donde pudo arrebatarlo, ¡gracias á ella!, la misericordiosa mano de la Fortuna....¡¡Amargadísima vida primero, y vida después henchida, y con creces, de éxito,....de fama....de renombre!!....

* * *

Los originales de su último poema los pasó Gorky á los editores de sus obras, que lo son los empresarios Marchlewsky & Co, quienes, en el acto, hiciéronlos verter, como siempre, al francés, idioma en lo general muy conocido y hablado, y comunísimo en la Corte y sociedad de Rusia.

Pero en el francés, lengua de las más pobres, como que no puede formar voces nuevas ni por derivación ni por composición; con dos géneros, pocos adjetivos y escasos medios de conjugación, piérdese mucho, muchísimo del vigor y novedad del texto, de lo terso y nítido del estilo y del especial *modus dicendi* de la primitiva concepción.

Nosotros presentamos hoy *El Hombre* en el idioma de Castilla, (al que uno de nuestros místicos é *hispanófilos* escritores se ha atrevido á llamar «el más hermoso de ámbos mundos», pero el que á pesar de su riqueza en extensión y comprensión, no alcanza ni en nomenclatura ni en ideas la ostentosa abundancia de la lengua alemana); y sin vanidad ninguna, pero sí con el mejor deseo del acierto, hemos tratado de acercarnos al empinado escritor del Norte de Europa, no cuanto al fondo, que es intrínseco é invariable, sino cuanto á los detalles, que son extrínsecos, y desde luego, asimilables y traducibles.

Lo dicho basta para significar que está lejos de nosotros hacer hoy la apología de Gorky, quien, por otra parte, es conocido asaz y estimado por todos los que aman las buenas letras; sino escribimos estas líneas, por el placer que experimentamos al habernos ocupado en una de las producciones de este eminente escritor, gala de su raza y maestro del buen decir.

No es Gorky el viejo Tolstoy, que defiende la justicia y la libertad, y cántales himnos de amor con áurea pluma, pero bajo las influencias por no decir la agobiadora presión de sus preocupaciones religiosas. No es Dostoïewsky, que ama asimismo la libertad y la justicia, y con la pluma y el verbo forma estrofas, pero en quien resaltan, desgraciadamente, los efectos de la tiranía czarina y los del dogmatismo político, tan nocivo y fatal, como su compañero, el dogmatismo religioso. No es como otros escritores, que aunque dignos de aprecio y merecedores de encomio, no pueden soportar el paralelo ni con él ni con los anteriormente nombrados, porque falta en ellos personalidad de carácter, formas y contornos delineados.

Para nosotros, es Gorky el eco mismo de su vasto y muy nutrido talento. Personifica, si se quiere, una alta y hermosa literatura, inspirada en un sentimiento íntimo, augusto, y señoreada por una razón libre, noble, culta, que sigue la verdad como deber, que la ama como demostración de lo bello, y la predica con el fervor y las convicciones del apóstol. Si son profundos sus pensamientos, no son nunca metafísicos; si el estilo es elevado, no es ampuloso; si grave, no es anfibológico, y si sencillo y claro, nunca es ruin, y desmedrado, jamás.

A ser nosotros un nuevo Páris en el clásico juicio de la contienda olímpica, daríamos á Gorky el alto premio; y al saludarlo con las palabras de su último poema, diríamosle: ¡Salve, insigne! «¡Adelante siempre! ¡Siempre excelso!»

FELIPE LARRAZABAL, HIJO.

## EL HOMBRE

—

POEMA

—

En las horas de lasitud del alma, en ésas, en que el recuerdo destaca de lo pasado, sombras que penetran mi corazón con frío intenso: cuando el pensamiento, semejante al sereno sol del otoño, ilumina el caos terrible de lo presente, y como amenazante vuelve atrás, sintiéndose incapaz para ascender más alto, impotente para volar más adelante; en esas horas penosas, digo, de lasitud del alma, por la fuerza de mi imaginación evoco, y ante mí presento, la majestuosa imagen del Hombre!

¡El hombre! Bien podría decir que brota de mi pecho el sol, y que en la brillante luz del astro veo al Hombre, trágicamente bello, múltiple, como el mundo, inmenso, que va lentamente, pero adelante siempre!, y siempre más alto!

Veo yo su levantada frente; veo sus ojos valientes, profundos y llenos de resolución, y en ellos veo los rayos del Pensamiento intrépido y poderoso; sí, de ese Pensamiento que suya ha hecho,—en la admirable harmonía del Universo,—la fuerza sublime, que en los momentos de extenuación y fatiga crea Dioses, y en las brillantes épocas de coraje y alto aliento, los derrumba y los olvida.

Perdido en medio de los desiertos del Universo; solo sobre un pequeño pedazo de la tierra que arrebata vertiginosa rapidez, es él, no obstante, soberano; y si bien escucha,—no se sabe dónde, acaso, en las profundidades del espacio sin fin,—la desgarradora pregunta, «¿por qué existe?», nada importa, que él marcha valerosamente, y

BOLOGNA (Italia): Plaza "Víctor Manuel II", Palacio Municipal é Iglesia de San Petronio

va adelante siempre! y siempre más alto! cual triunfador en la senda de las victorias, sobre todos los misterios de la tierra y de los cielos.

Y marcha, ¡cómo nó!, regando con sangre su vía penosa, solitaria, dura; pero procrea con esa sangre, ardiente y siempre generosa, imperecederas flores de poesía celeste. Los gritos angustiosos de su espíritu, transfórmalos artísticamente en música; de la experiencia crea las ciencias, y adornando con cada paso la vida,—tal así como adorna la tierra el sol con sus brillantes rayos,—va más alto siempre! ¡y adelante!, sirviendo á la tierra como de estrella conductora, de luminoso guía.

Armado con la sola fuerza del Pensamiento,—que semeja, ora el rayo, ora es impasible y frío como una lámina de acero, —va el Hombre, libre y orgulloso, muy adelante de todo y más alto que la vida, solo, en medio de los enigmas de la existencia; solo en medio del cúmulo de sus errores..... y todos, cuando con ponderoso yugo oprimen su corazón soberbio, y cuando todos, ese corazón laceran, y desgárranle el cerebro, entonces, todos también, á una, lánzanle pedazos de la vergüenza sufrida, y pídenle se yerga, y él mismo los disipe, los destruya.

¡Y el hombre marcha! Mugen en su pecho los instintos. Oyese la voz del amor propio, implorando como mendigante impertinente, la limosna. Nótanse aficiones y afectos, que, como fibras enredadas ó adherencias profundas, aprietan y enlazan el corazón, como la yedra oprime y cerca; siéntense sus fuerzas que reclaman concesiones á grito herido..... sábese que todos los sentidos se alampan en su tibia sangre, y beben de ella; que todos desean poseerlo, y finalmente, que todo está sediento de señorear su alma.....

Y multitud de diversas menudencias de la vida, despreciables como el barro, que obstruyen su camino, ó viles como reptiles inmundos que se interponen en su marcha!

Y así como los planetas rodean el Sol, así también hállase el Hombre estrechamente cercado por todo lo que ha surgido de su creador espíritu. Es lo primero, su siempre hambriento el Amor; síguelo de lejos, cojeando, á pasos torpes, la Amistad. Marcha ante él, la Esperanza, cansada y fatigosa; luégo, preséntase montado en cólera, el Odio, que hace resonar en sus brazos, las cadenas de la paciencia, y por último, la Fé, con sus ojos sombríos, que le mira al rostro,—en donde se pinta lo extremado, —y le da tranquilo abrazo.

Todos ellos cubiertos con los harapos de rancias verdades; atosigados con el veneno de las preocupaciones, marchan en són hostil detrás del Pensamiento sin poder seguir su vuelo,—como el cuervo tras el águila;—dispútanle la prioridad, y raras y contadas veces se confunden con él en una inspiración creadora y poderosa.

¿Y allí, al lado, y junto á él?..... El eterno compañero del Hombre, la Muerte, misteriosa y muda, siempre pronta á estampar un beso sobre su corazón, el cual consúmese en insaciable sed de la vida.

Conoce á todos los de su séquito inmortal, el Pensamiento; y fuera de todos ellos, uno más conoce aún: la Locura.....

Alada, vigorosa, potente como un huracán, sigue al Pensamiento con ojos enemigos; y segura de sus fuerzas, préstale alas, y trata, y hasta empéñase por arrastrarlo en su vértigo salvaje.....

A todos los de su triste comitiva, conócelos el Pensamiento..... Deformes son, imperfectas y débiles, todas esas, las hechuras de su creador espíritu!.....

Sólo es amigo del Hombre, el Pensamiento. No es de otro sino de él solo, de quien es inseparable, y como parte integrante; así como no es otra más sino la llama del Pensamiento, la que ilumina ante el Hombre, los obstáculos de su camino, los enigmas de la vida, el crepúsculo de los misterios que en la naturaleza se encuentran, y el tenebroso caos en que palpita su corazón.

El libre compañero del Hombre—el Pensamiento,—mira á todas partes con ojo avisor, agudo, é indefectiblemente todo lo aclara, lo ilumina todo. Las evoluciones y maniobras solapadas y torcidas del Amor; su anhelo de acaparar lo amado; sus veleidades por humillar y humillarse, y,—en ella también repara,—en esa figura lúbrica de sensualidad, que tras de él, ojea y aguaita. Ve á la Esperanza en su medrosa impotencia, y á sus espaldas, la Impostura, su hermana, alcoholados de negro los ojos y lleno de afeites el rostro; ambas, mentiras vivientes, siempre dispuestas á consolarlo todo y á todo falsearlo con su habitual locuacidad..... El Pensamiento penetra en el corazón desconsolado de la Amistad, y hace visible su prudencia calculadora. Saca á luz á la Curiosidad, vana y cruel, las obras podridas de la Envidia, y sobre ellas todas, los gérmenes de la Calumnia. Pesa el Pensamiento las fuerzas del Odio; y sabe

que si se le liberta de las cadenas que lo oprimen, destruirá en su furor cuanto la tierra guarda, sin que á salvo queden, ni los retoños de la justicia!

El Pensamiento descubre en la Fe inmóvil, la ardiente sed de ilimitado poder; de ese poder que tiende á envilecer todos los sentimientos; y descubre las garras del fanatismo, y la ineficacia de sus burdas alas, y descubre, en fin, la ceguedad de sus ojos, huecos y vacíos.

Asimismo, declárase en lucha con la Muerte, porque repúgnale á él, que ha hecho de un animal un Hombre, que ha creado infinidad de Dioses, sistemas filosóficos, ciencias, llaves para poner en claro los enigmas del mundo, repúgnale, decimos, al Pensamiento inmortal y libre, y siente que le es hostil la muerte, es decir, esa fuerza estéril, y á menudo, imbécil y perversa.

Es la muerte para el Pensamiento, como la ropavejera que ronda por patios y corrales y amontona en su saco mugriento, lo que está proscrito por el tiempo, lo que está podrido, desechos inútiles, pero que frecuentemente también se roba, lo que es sano y está fuerte.

Al olfatear hedor de podredumbre, envuelta en horroroso velo, impasible, impersonal, muda, semejante á un enigma indescifrable y severo, yérguese siempre ante el Hombre, la Muerte, y estúdiala recelosamente el Pensamiento, luminoso y creador, como un Sol, lleno de temeraria audacia y de conciencia íntima de inmortalidad!.....

Marcha así el Hombre, insurrecto, al través de las hondas oscuridades de los enigmas de la vida, ¡adelante! y ¡muy alto! ¡Adelante siempre! ¡Y siempre excelso!

II

Al fin, cansado está! Tambalea, y gime, y aterrado su corazón, busca la Fe, y pide á grito desesperado las caricias del Amor.

Las tres criaturas engendradas en la debilidad, —Abatimiento, Desesperación y Pesar,—tres aves negras, deformes, — ciérnense siniestras más alto que su alma, y repítenle todas tres entre lúgubres acentos: Que es él débil gusano y mísero; que tiene límites su conciencia; que es impotente el Pensamiento; que la altivez santa es ridícula, y finalmente, que sin excepción posible, ha de morir.

Tiembla su corazón, hecho pedazos, á los acordes de esa cantinela mentirosa, falaz; las saetas de la duda hienden su cerebro, y una lágrima de humillación, ¡lágrima amarga! brilla en sus ojos!.....

Y si la elación moral no se rebela en él, los temores de la Muerte arrastran al Hombre, con autoridad, á las prisiones de la Fe; el Amor, sonriendo victoriosamente, lo atrae á sus brazos, disimulando en sus promesas de felicidad, la triste incapacidad de ser libre, y el ávido despotismo del instinto.....

La tímida Esperanza, aliada de la Mentira, murmúrale los goces del reposo, las dichas, siempre más gratas, de la comodidad; y con suaves y halagadoras palabras, va sumergiendo en el fango de la Pereza y en las modorras del Fastidio,—su progenitura,—al soñoliento é inactivo espíritu.

Y bajo la sugestión de sentimientos mezquinísimos, harta prematuramente su corazón y su cerebro con el sabroso veneno de la Mentira cínica, que enseña abiertamente: Que no hay para el Hombre otro camino, que el que lo conduce á la bajeza del contento y satisfacción tranquilos de sí mismo.

Mas el Pensamiento es arrogante; y como caro le es el Hombre, entra en encarnizada lucha con la Mentira.

El campo de batalla es el corazón del Hombre.

Persíguelo como enemigo; roe, como hambriento gusano, incansable, su cerebro; devasta su pecho como la sequía, y, cual un verdugo, tortura al Hombre oprimiéndole implacablemente el corazón con el frío estímulo de la Angustia, tras la ruda Verdad, la sabia verdad de la vida, la cual, si bien crece lentamente, hácese también muy visible á través de la oscuridad de los errores, como una flor de fuego, engendrada por el Pensamiento.

Pero si el hombre está incurablemente envenenado por el tósigo de la Mentira, y cree á pie juntillas, que no existe felicidad superior á la plenitud del vientre y del alma; que no hay gozo mayor que el de la saciedad, de la indolencia y de las pequeñitas comodidades y lujo de la existencia, entonces, cautivo el Pensamiento por el sentimiento triunfador, deja caer sus alas, tristemente, y entra en somnífero é inconsciente estado, dejando entregado el Hombre á los imperios de su corazón.

.....Semejante á ráfaga pestilencial, la Banalidad pútrida, hija del tedio, del ruin fastidio, arrástrase por todas partes hacia el Hombre, regando negro y cáustico polvo sobre su cerebro, sobre su corazón..... sobre sus ojos.....!

De este modo, piérdese el Hombre transfigurado por punible debilidad, en animal, sin altitud ni Pensamiento.

Pero si la rebeldía estalla en él, despierta el Pensamiento, y de nuevo marcha ante todo, solo entre sus numerosos errores, solo en medio de las ascuas encendidas de sus dudas, solo en medio de añejas y pasadas verdades!

Y entonces, sublime, ufano, libre, mira corajudamente á los ojos de la Verdad, y díceles á sus dudas:

—Mentís al afirmar que soy impotente, y que mi conciencia es limitada! ¡Mi conciencia crece! Lo sé, lo veo, lo siento que crece en mí; y concibo el crecimiento de ésa mi conciencia, por lo intenso de mis sufrimientos; puesto que sé, que si en mí no se desarrollara ó aumentara, no sufriría hoy más de lo que antes sufría yo.

—Pero como á cada paso quiero más, siento más, veo mejor y más profundamente, este rápido aumento de mis deseos, es el poderoso crecimiento de mi conciencia. Hoy por hoy, es en mí una chispa, más ó menos; pero yo soy, en el porvenir, el incendio en las tinieblas del universo! Soy yo el llamado para iluminar el mundo entero, para quitar la oscuridad de sus enigmas misteriosos; para hallar la harmonía entre mí y el mundo, para crear en mí mismo la armonía, y para, (después de haber iluminado todo el caos sombrío de la vida, sobre esta tierra que tánto ha padecido, y á la que cubre una corteza de desgracias, de dolores, de pesadumbre y maldad.) barrer todo el pantano, en la tumba anchísima de lo pasado!

—Soy el llamado para deshacer el nudo de todos los errores y faltas que han atado á los hombres apocados, en un rebaño de animales repugnantes y sanguinarios que se devoran unos á otros!

—Soy creado por el Pensamiento, á fin de volcar, de destruir, de pisotear todo lo que es añejo, mísero, vil; todo lo malo, todos los agentes que ataquen los inquebrantables sostenes del Pensamiento, de la libertad, de la belleza y del respeto hacia los hombres!

—Insensata, vergonzosa y repugnante es toda esta vida, en donde el trabajo esclavo y superior á la fuerza de los unos, pasa y se va sin dejar sangrientas huellas, para que otros puedan ahitarse con pan y regalarse con manjares, en medio de los dones del espíritu!

—Enemigo irreconciliable de la miseria de los deseos humanos, quiero que cada humano sea un hombre!

—¡Maldecidas sean las preocupaciones todas, y todos los errores, y todas las prácticas que han encarcelado el cerebro y la vida de los hombres, como queda preso el insecto en las telas de la araña!! Yo los destruiré!!

—Mi ejército es el Pensamiento, y mi confianza profunda en su libertad, en su inmortalidad, en el crecimiento eterno de sus creadoras fuerzas, es la inagotable fuente de mi poder!

—Es para mí el Pensamiento el faro eterno y el único verídico en las oscuridades de la vida. Veo que luce siempre con mayor brillo, que alumbra más hondamente los misterios de los abismos, y yo marcho entre sus rayos, ¡yo inmortal! siguiéndolo siempre más alto! ¡siempre adelante!

—No existen para el Pensamiento fortalezas indestructibles, ni hay santuarios inconmovibles! Todo se crea por él, y eso le acuerda el sacro derecho, derecho inalienable, de destruir todo cuanto pueda entrabar la libertad de su desarrollo y expansión!. ....

—Reconozco asimismo que las preocupaciones son residuos perdidos de anticuadas verdades, incineradas por el fuego del Pensamiento mismo, que en otro tiempo las creó.

—Veo el sentido de la vida en el principio de la creación, la que permanece por sí misma, y es ilimitada!

—Ni espero otras recompensas, ni las quiero. El poder es vergonzoso; penosa y estúpida es la riqueza; y es la gloria, sólo un prejuicio que ha surgido de lo que los hombres no saben apreciar, y del hábito servil que tienen de humillarse.

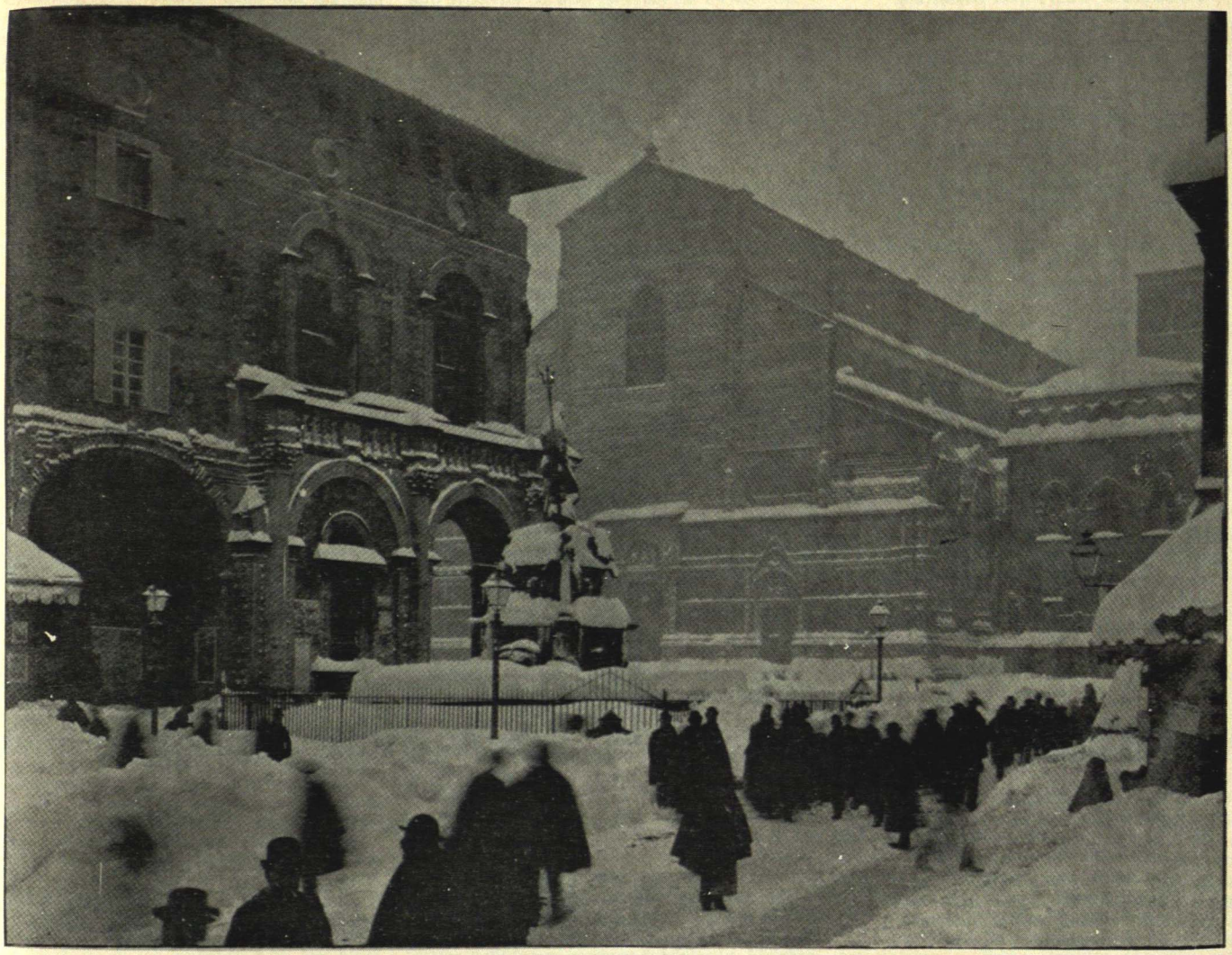
—Día vendrá que se confundirán en mi pecho en una inmensa llama genesíaca, el mundo de mi sensibilidad y de mi Pensamiento inmortal; y con esta llama quemaré en mi alma todo lo oscuro, lo cruel, lo infame, y seré yo semejante á los dioses que mi pensamiento crea. Todo está en el Hombre, y todo es para el Hombre!

Y hélo ahí, nuevamente, sublime y libre, levantando su cabeza arrogante; y marcha lentamente, sí, pero á pasos firmes sobre la arcilla de las vetustas tradiciones; solo entre las nébulas de los errores, dejando tras sí el polvo de lo pasado, y contando á su frente una porción de enigmas que, impasibles, lo esperan.

Y son innumerables estos enigmas, como los astros en el abismo del cielo, y fin no hay para el camino del Hombre!

Marcha el Hombre, así, en rebeldía, pero adelante y más alto! ¡Adelante siempre! ¡Siempre excelso!

MÁXIMO GORKY.



BOLOGNA: La plaza principal, en invierno

## LOS QUIJOTES

—

Ha herido de muerte la muchedumbre á una santa palabra.

Defiendo con las mil lenguas armónicas de mi prosa, á un dulce vocablo injuriado y calumniado por las turbas.

Y digo que la adarga es aliada de la cruz.

El quijotismo para el vulgo, es una milicia grotesca donde se afilian solamente los locos y los soñadores. Para los profanos, los quijotes han sido ridículos personajes venidos á la tierra para hacernos reir con la magnanimidad de sus quimeras.

El alma humana en su progreso hacia el perfeccionamiento tiene que recorrer tres bellas vías: el camino de camelias del liberalismo, el camino de lirios del altruismo—y la gran vía de los quijotes, donde se abre la flor del Gólgota como una magnolia de púrpura.

Don Quijote de Nazaret es hermano de Don Quijote de la Mancha.

Ser Quijote es ejercer un apostolado máximo, que sólo cumplen á cabalidad los benefactores supremos.

El martirologio ha coronado con sus rosas de sangre las cabezas sagradas de los redentores.

Fué el viejo Sócrates nuestro primer Quijote...

El manchego y el nazareno fueron dos siluetas de redención. En toda abnegación vive Jesús—en toda aventura de misericordia vive Don Quijote.

Sobre Rocinante, corcel débil y triste, la humanidad ha visto desfilar al caballero que se armó de muchas armas para amparar á los impotentes y á los supliciados.

Sobre el lomo de la borrica bíblica, también ha visto al Quijote judío que amaba á los humildes y á los desheredados.

Esas dos almas radiantes iluminarán como dos soles, por los siglos de los siglos la conciencia de los justos.

Los hombres siguen avanzando hacia el bien. La humanidad de hoy no es como la humanidad de ayer. La cruz sigue cosechando grandes primaveras de victorias, y ya el ideal de los quijotes canta angélicos himnos en las almas...

Cuando estamos predicando concordia y amor entre los hombres, el dulce nombre de Don Quijote de Galilea es toque de clarín mágico que despierta todas las piedades en las conciencias...

Los quijotes han venido á la tierra para estimular á los mansos de corazón en sus peregrinaciones hacia el bien.

Los quijotes han sido quemados por la fiebre de su excelso apostolado. No han sido poseídos por las formidables tentaciones del mundo, porque ellos han sabido ser más fuertes que el pecado.

La lujuria jamás ha deleitado las carnes de los quijotes; la glotonería no ha agigantado sus vientres; el oro no ha inquietado ni seducido sus almas.

Han sido los quijotes: mansos, humildes y castos.

La hembra, señora del universo por sus mil acechanzas, no domó sus corazones ni contaminó sus conciencias.

Magdalena fue un símbolo y Dulcinea una quimera!...

JUAN D'SOLA.

1904.

## JUSTICIA CONTEMPORANEA

### I

### Un sueño de Jean Marteau

—

Como se conversara entonces del sueño y de los sueños, Jean Marteau habló de un sueño que había dejado una impresión indeleble en un cerebro.

—¿Era un sueño profético?—preguntó monsieur Goubin.

—Ese sueño—respondió Jean Marteau—no tiene en sí nada digno de nota, ni siquiera su incoherencia. Pero hay en él imágenes que he percibido con una viveza dolorosa, absolutamente incomparable. Nada en el mundo, nada se me ha representado nunca de una manera tan manifiesta, tan sensible, como las visiones de ese sueño. Y eso es lo que lo hace interesante. Me ha hecho comprender las ilusiones de los místicos. Si el genio científico no estuviera entre mis facultades, habría tomado ese sueño, seguramente, por una apocalipsis y una revelación, y habría buscado en él los principios de mi conducta y las reglas de mi vida.

Debo prevenir á ustedes que tuve ese sueño en circunstancias especialísimas. Fué en la primavera de 1895; tenía entonces veinte años. Recién llegado á París, pasaba por tiempos algo difíciles. Esa noche me había acostado en un montecillo de los bosques de Versalles, sin haber comido desde hacía veinticuatro horas. Pero no sufría. Me hallaba en un estado de dulzura y de alivio, atravesado de tiempo en tiempo por una impresión de inquietud. Me parecía que no estaba dormido ni despierto.

Una niña, una niñita, de capucha azul y delantal blanco, caminaba con muletas por una llanura, á la hora del crepúsculo. A cada paso que daba, sus muletas se alargaban y alargaban, é iban alzándola como si fueran zancos. Muy pronto fueron más altas que los álamos que orlaban el río. Una mujer, que *vió* mi sorpresa, me dijo:

—¿No sabía usted, entonces, que las muletas crecen en primavera? Hasta hay momentos en que su crecimiento es de una rapidez espantosa.

Un hombre, cuya cara no pude ver, agregó:

—Es la hora climatérica.

Entonces, con un ruido débil y misterioso que me atemorizó, las hierbas empezaron á subir á mi alrededor. Me levanté y gané una llanura cubierta de plantas pálidas, algodonosas y muertas. Encontré allí á Vernaux, el único amigo que tenía en París, que vivía tan miserablemente como yo. Por mucho tiempo, caminamos uno al lado del otro, en silencio. En el cielo, las estrellas enormes y sin centelleo parecían discos de oro pálido. Yo sabía por qué era esto, y se lo expliqué á Vernaux:

—Es un fenómeno de óptica—le dije—Nuestra vista no está en su punto.

Y desarrollé, con un cuidado minucioso y con penas infinitas, una demostración que se basaba principalmente en la identidad completa del ojo humano y del anteojo astronómico.

Mientras yo discurría así, Vernaux encontró en el suelo, entre las hierbas lívidas, un enorme sombrero negro, de figura y forma de melón, con un galón de oro y un broche de diamantes. Me lo puso en la cabeza, y me dijo:

—Es el sombrero del lor mayor.

—Evidentemente—le respondí.

Y reanudé mi demostración. Esta demosción era tan ardua que el sudor me corría por la frente. A cada momento perdía el hilo de ella, y repetía infinitamente esta frase: «Los grandes saurios que nadaban en las aguas tibias de los mares primitivos tenían el ojo construído como un anteojo.....»

No cesé en mi empeño sino al advertir que Vernaux había desaparecido. Pronto lo volví á encontrar, sin embargo, en un pliegue del terreno. Estaba puesto al asador, sobre un fuego de malezas. Varios indios, de cabellos enroscados en la coronilla de la cabeza, lo rociaban con una larga cuchara y daban vuelta al asador. Vernaux me dijo con voz clara:

—Ha venido Melania.

Sólo entonces noté que Vernaux tenía una cabeza y un pescuezo de pollo. Pero yo no pensaba ya más que en encontrar á Melania, de la que sabía, por iluminación repentina, que era la más hermosa de las mujeres.

Eché á correr, y, al llegar al linde de un bosque, ví, á la claridad de la luna, un bulto blanco que huía. Cabellos de un color rojo magnífico se deslizaban sobre su nuca. Un resplandor plateado acariciaba sus hombros, una sombra azul llenaba el hueco que dividía en dos su espalda reluciente; y los hoyuelos de sus caderas, que se alzaban y bajaban á cada uno de sus pasos, sonreían con una sonrisa divina. Veía distintamente crecer y decrecer la sombra azulada de la corva, ya la pierna se estirara ó se doblara. Percibí también la planta rosada de sus pies. La perseguí largo tiempo sin fatiga, con paso leve como el vuelo de un pájaro. Pero una sombra espesa la velaba, y su fuga incesante me llevó á un camino tan estrecho que una pequeña estufa de bronce lo obstruía por completo.

Era una de esas estufas de larga chimenea acodada, que hay en los talleres. Estaba hecha una ascua. La puerta se había puesto incandescente, y, alrededor de ella, el metal se había enrojecido. Un gato de pelo corto estaba sentado encima de ella y me miraba. Al acercarme, alcancé á ver, por entre las grietas de su piel asada, que llenaba su cuerpo una masa ardiente de hierro fundido. El animal maullaba, y comprendí que me pedía agua. Para dar con ella, bajé la pendiente de un bosque fresco, plantado de fresnos y de abedules. Corría por allí un arroyo, en el fondo de un barranco. Pero estaban suspendidos, á plomo, sobre ese arroyo, bloques de asperón y marañas de encinas achaparradas, y no podía aproximarse á él.

Mientras me dejaba resbalar sobre una piedra musgosa, el brazo izquierdo se me desprendió del hombro, sin herida ni dolor. Lo tomé en la mano derecha. Estaba insensible y frío. Me hice la consideración de que entonces corría peligro de perderlo, y de que iba á ser, para todo el resto de mi vida, una penosa esclavitud tener que velar incesantemente por su conservación. Me prometí mandar hacer un cajón de ébano para guardar el brazo cuando no me sirviera de él. Como sentía mucho frío en esa cavidad húmeda, salí de ella por un sendero abrupto que me llevó á una meseta azotada por los vientos, donde todos los árboles estaban dolorosamente encorvados.

En aquel lugar, por un camino amarillo, pasaba una procesión. Una procesión rústica, humilde, muy parecida á la de las Rogaciones en la aldea de Brécé, que tan bien conoce nuestro maestro, monsieur Bergeret. El clero, las cofradías, los fieles, no se singularizaban por nada, salvo que ninguno tenía pies y todos marchaban sobre pequeñas rueditas. Reconocí debajo del palio al señor abate Lantaigne, que se había hecho cura de nuestra aldea y que lloraba lágrimas de sangre. Quise gritarle: «Soy ministro plenipotenciario». Pero la voz se me ahogó en la garganta, y una gran sombra que bajaba sobre mí, me hizo levantar la cabeza.

Era una de las muletas de la niñita coja. Se elevaban entonces á mil metros en medio del cielo, y distinguí á la criatura como un punto negro delante de la luna. Las estrellas se habían agrandado más aún y habían palidecido, y divisé entre ellas tres planetas cuya forma esférica se dibujaba nítidamente á mis ojos. Hasta creí descubrir algunas manchas en la superficie de esos planetas. Pero las manchas no correspondían á los dibujos de Marte, de Júpiter y de Saturno que yo había visto, no hacía mucho, en los libros de astronomía.

Como mi amigo Vernaux se me acercaba entonces, le pregunté si no veía los canales del planeta Marte.

—El ministerio ha sido derrocado—me respondió.

No presentaba ya señales del asador conque yo lo había visto traspasado, pero tenía su cabeza y su pescuezo de pollo, y estaba chorreando salsa. Sentí una necesidad irresistible de exponerle mi teoría óptica, y de reanudar mi razonamiento en el punto en que lo había dejado: «Los grandes saurios,—le dije,—que nadaban en las aguas tibias de los mares primitivos tenían el ojo construído como un anteojo.....» En vez de escucharme, él se colocó delante de un facistol, que se encontraba en medio del campo, abrió un antifonario y se puso á cantar como gallo.

Impacientado, le volví la espalda y subí á un tranvía eléctrico que pasaba. Encontré dentro de él un vasto comedor, parecido á los de los grandes hoteles y de los transatlánticos. Estaba lleno de cristales y de flores. Había damas descotadas y caballeros de frac, sentados alrededor de la mesa, hasta donde alcanzaba la vista, delante de candelabros y de arañas que formaban una perspectiva de luz infinita. Un *maître d'hôtel* me ofreció viandas, de las que tomé mi parte. Pero estas viandas exhalaban un olor fétido, y el trozo que me llevé á la boca me revolvió el estómago. Por otra parte, «no sentía hambre.» Los convidados se levantaron de la mesa sin que hubiera probado yo un solo bocado. En tanto que los criados se llevaban las luces. Vernaux se me acercó y me dijo:

—Tú no has visto á la dama descotada que estaba sentada al lado de ti. Era Melania. Mira.

Y me mostró, por la portezuela, hombros bañados en una luz blanca, en medio de la noche, debajo de los árboles. Me precipité afuera, me lancé en persecución de la forma encantadora. Esta vez la alcancé, la toqué. Por un momento sentí palpitar bajo mis dedos una carne deliciosa. Pero Melania se escurrió entre mis brazos, y abracé unas zarzas.

Ese fué mi sueño.

—En verdad que es triste—dijo monsieur Bergeret, repitiendo la expresión de la sencilla Estratónice:

*La visión, de por sí, puede causar cierto horror.*

### II

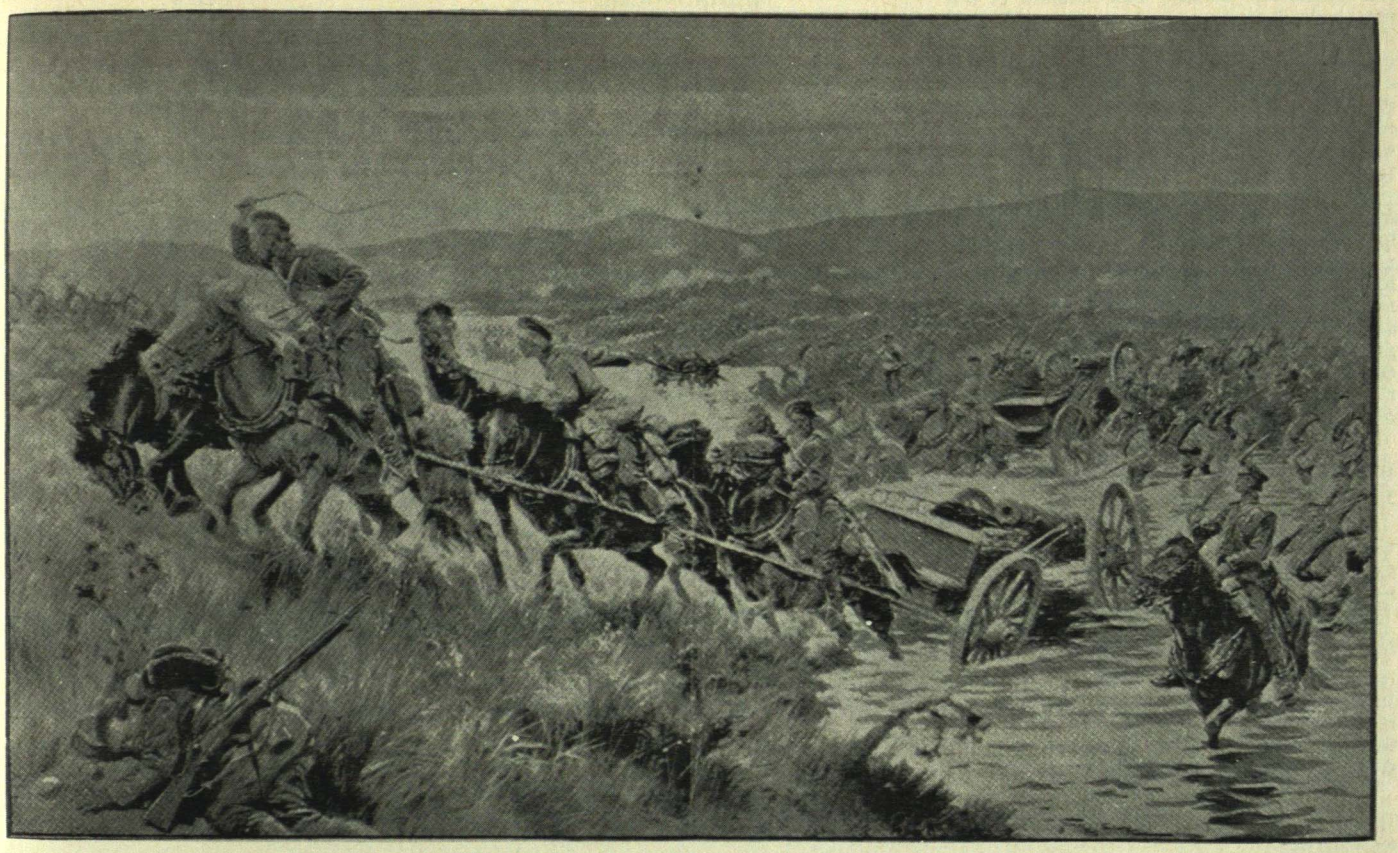
### La ley está muerta, pero el juez está vivo

—Algunos días después—dijo Jean Marteau—sucedió que me acosté en un montecillo del bosque de Vincennes. No había comido desde hacía treinta y seis horas.

Monsieur Goubin repasó los cristales de sus lentes. Tenía los ojos tiernos y la mirada dura. Examinó minuciosamente á Jean Marteau y le dijo en tono de reproche:

—¿Cómo? ¿También esa vez no había comido usted desde hacía veinticuatro horas?

—También esa vez—respondió Jean Marteau,—no había comido yo desde hacía veinticuatro horas. Hacía mal en eso, sin embargo, no es decente carecer de pan. Es una incorrección. El hambre debería ser un delito como la vagancia. Pero puede decirse que los dos delitos se confunden, y el artículo 269 castiga con tres á seis meses de cárcel á los que no tienen medios de subsistencia. La vagancia, dice el código, es el estado de los vagabundos, de los que no tienen casa ni mesa, ni domicilio cierto ni medios de vida, y no ejercen habitualmente ningún oficio, ninguna profesión. Esos individuos son grandes culpables.



GUERRA RUSO-JAPONESA: La retirada de Liao-Yang: la artillería rusa pasando el Tai-Tse-Ho

—Es extraordinario—dijo monsieur Bergeret—que el estado de esos vagabundos, pasibles de seis meses de cárcel y de diez años de vigilancia, sea precisamente el estado en que el buen San Francisco puso á sus compañeros, en Santa María de los Angeles y á las hijas de Santa Clara. Si San Francisco de Asís y San Antonio de Padua vinieran á predicar hoy en París, correrían serio peligro de ir en la jardinera de los presos al depósito de la prefectura. No digo esto para denunciar á la policía á los monjes mendigos que pululan ahora, y que perturban el orden público (*trublionnent*) entre nosotros. Esos tienen medios de subsistencia y ejercen todos los oficios.

—Esos son respetables porque son ricos—dijo Jean Marteau,—y la mendicidad no está prohibida sino á los pobres. Si á mí me hubieran encontrado debajo de mi árbol, me habrían metido en la cárcel, y habría sido justo. Como no poseía nada, era un enemigo presunto de la propiedad, y es justo defender á la propiedad contra sus enemigos. La misión augusta del juez es asegurar á cada cual lo que le toca, al rico su riqueza y al pobre su pobreza.

—He meditado sobre la filosofía del derecho—dijo monsieur Bergeret,—y he visto que toda la justicia social se basa en estos dos axiomas: el robo es condenable; el producto del robo es sagrado. Estos son los principios que afianzan la seguridad de los individuos y que mantienen el orden en el estado. Si alguno de esos principios tutelares fuera desconocido, la sociedad se derrumbaría toda entera. Ambos fueron establecidos en el principio de los tiempos. Un jefe vestido de pieles de oso, armado de una hacha de pedernal y de una espada de bronce, volvió con sus compañeros al cercado de piedras donde las criaturas de la tribu estaban encerradas con los rebaños de mujeres y de rengíferos. Traían con ellos á las jóvenes y á los jóvenes de la tribu vecina, y también piedras caídas del cielo, que eran preciosas porque con ellas se hacían espadas que no se doblaban. El jefe subió á un montículo, en medio del cercado, y dijo: «Estos esclavos y este hierro, que he arrebatado á hombres débiles y despreciables, son míos. El que ponga su mano sobre ellos sufrirá el golpe de mi hacha.» Tal es el origen de las leyes. La significación íntima de ellas es antigua y bárbara. Y porque la justicia es la consagración de todas las injusticias, es por lo que aquélla infunde confianza á todo el mundo. Un juez puede ser bueno, porque los hombres no son todos malvados; la ley no puede ser buena, porque es anterior á toda idea de bondad. Los cambios que se han introducido en ella en la sucesión de los tiempos, no han alterado el carácter original. Los juristas la han hecho sutil y la han dejado bárbara. A su ferocidad misma es á lo que debe el ser respetada y el parecer augusta. Los hombres son propensos á adorar á los dioses malos, y lo que no es cruel no les parece venerable. Los justiciables creen en la justicia de las leyes. No tienen una moral distinta de la de los jueces, y piensan, como ellos, que una acción castigada es una acción castigable. Muchas veces me he impresionado al ver, en la policía coreccionar y en la corte de asises, que el culpable y el juez están perfectamente de acuerdo sobre las ideas de bien y de mal. Uno y otro tienen las mismas preocupaciones y una moral común.

—No podría ser de otra manera—dijo Jean Marteau.—Un infeliz que roba de una tendalera una salchicha ó un par de botines no penetra por eso, con mirada profunda y ánimo intrépido, los orígenes del derecho y los fundamentos de la justicia. Y los que, como nosotros, no temen ver la consagración de la violencia y de la iniquidad en el origen de los códigos, esos son incapaces de robar un céntimo.

—Pero, en fin—dijo monsieur Goubin,—hay leyes justas.

—¿Cree usted?—preguntó Jean Marteau.

—Monsieur Goubin tiene razón,—dijo monsieur Bergeret.—Hay leyes justas. Pero, como la ley ha sido instituida para defensa de la sociedad, no podría ser, en su significación íntima, más equitativa que esa misma sociedad. Mientras la sociedad esté basada en la injusticia, las leyes tendrán por función el defender y el sostener la injusticia. Y parecerán tanto más respetables cuanto más injustas sean. Noten ustedes también que, antiguas como son en su mayor parte, representan, no la iniquidad actual precisamente, sino una iniquidad pasada, más ruda y más grosera. Son monumentos de tiempos perversos, que subsisten en días más suaves.

—Pero se las corrige,—dijo monsieur Goubin.

—Se las corrige—respondió monsieur Bergeret—La cámara y el senado trabajan en eso cuando no tienen otra cosa que hacer. Pero el fondo subsiste, y es áspero. A decir verdad, no temería yo mucho á las malas leyes si fueran aplicadas por buenos jueces. La ley es inflexible, se dice. No lo creo. No hay texto que no se deje solicitar. La ley está muerta. El magistrado está vivo; y ésta es una gran ventaja que éste tiene sobre aquélla. Desgraciadamente, no la aprovecha poco ni mucho. Por lo común, él se hace más muerto, más frío, más insensible que el texto que aplica. El juez no es humano; no tiene compasión. El «espíritu de casta» ahoga en él toda simpatía humana. Me refiero solamente á los magistrados honrados.

—Son la mayoría—dijo monsieur Goubin.

—Son la mayoría—contestó monsieur Bergeret,—si consideramos la probidad vulgar y la moral común. Pero, ¿basta acaso ser un hombre honrado, poco más ó menos, para ejercer sin errores y sin abusos el poder monstruoso de castigar? El buen juez debería unir el genio filosófico á la simple bondad. Esto es pedir mucho á un hombre que está haciendo su carrera y que quiere progresar. Sin hablar de que, si hace aparecer él una moral superior á la de su tiempo, se hará odioso para sus colegas y provocará la indignación general. Porque nosotros llamamos inmoralidad á toda moral que no es la nuestra. Todos los que han aportado un poco de

moral nueva al mundo, han sufrido el desprecio de las personas honradas. Esto es, precisamente, lo que ha sucedido al presidente Magnaud. Ahí tengo las sentencias de él, reunidas en un pequeño volumen y comentadas por Henry Leyret. Esas sentencias, cuando fueron pronunciadas, indignaron á los magistrados austeros y á los legisladores virtuosos. Revelan la mentalidad más elevada y el alma más tierna. Están llenas de piedad, son humanas, son virtuosas. Se consideró en la magistratura que el presidente Magnaud no tenía genio jurídico, y los amigos de M. Méline lo acusaron de no respetar suficientemente la propiedad. Es cierto que los «vistos» en que se apoyan las sentencias del señor presidente Magnaud son singulares; uno encuentra en ellos, línea á línea, los pensamientos de una mente libre y los sentimientos de un corazón generoso.

Monsieur Bergeret, tomando de encima de la mesa un pequeño volumen rojo, lo hojeó y leyó:

.....«La probidad y la delicadeza son dos virtudes infinitamente más fáciles de practicar cuando no se carece de nada, que cuando se está falto de todo.»

.....«Lo que no puede ser evitado no debería ser castigado.»

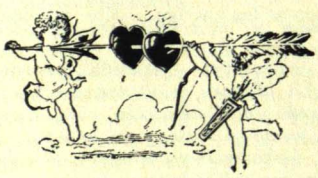
.....«Para apreciar equitativamente el delito del indigente, el juez debe olvidar, por un instante, el bienestar de que disfruta, á fin de identificarse en lo posible con la situación deplorable del ser abandonado por todos.»

.....«El cuidado del juez, en su interpretación de la ley, no debe limitarse solamente al caso especial que le ha sido presentado; debe extenderse también á las consecuencias buenas ó malas que puede producir su sentencia, persiguiendo un interés más general.»

.....«El obrero es el único que produce, y que expone su salud y su vida en provecho exclusivo del jefe, el cual no puede comprometer más que su capital».

—Y he citado casi al azar—agregó monsieur Bergeret, cerrando el libro.—¡Ahí tienen ustedes palabras nuevas y que dan la medida de una gran alma!

ANATOLE FRANCE.



***

Para qué la piedad y la indulgencia
si nunca fue indulgente ni piadosa!
Si mi más tierna súplica amorosa
jamás venció su fría indiferencia!

El perdón! ¿para qué? Si en la vehemencia
de mi pasión arcana y dolorosa;
me hirió con su sonrisa desdeñosa!
nunca tuvo una frase de clemencia!

Compasión! ¿para qué? Si en mi tortura
no tuve compasión! En su amargura
fuerza es que llore y desespere en vano!

Jamás su duelo el corazón olvida!
y aún fluye sangre de la cruel herida,
de la honda herida que me abrió su mano!

ALEJANDRO CARIAS.

## MEDIA NOCHE

—

NINGUNA melodía humana dice al espíritu tan hondas palabras como los profundos rumores de la media noche. Quien los haya oído intensamente conoce la voz del infinito...., la voz de la sombra y de la muerte...., la voz de nuestro pasado que solloza en el misterio.

En esa hora solemne las formas de la materia se revisten de un insólito valor.

Todo yace inmóvil, todo calla bajo el cielo constelado. Sólo se oyen vagos murmullos que el oído recoge, á veces, como si fueran formidables estruendos: quejas, suspiros, ecos, voces de agonía ó de pena, más imponentes que el derrumbamiento de una montaña en pleno día....

Duermen los seres y las cosas. Una hoja seca, en alas del viento, pasa revolando por un claro de luna. Las luciérnagas verdes erran como almas....

—Triste es la vida—dice el agua del surtidor.

Triste es recordar el antaño luminoso, la caricia materna, la amada de frescos labios carmesíes. Todo pasa, todo se acaba.... sólo vive el recuerdo para torturarnos. Florece una vez nuestro espíritu. Pero luego llega el invierno y todo muere á nuestro alrededor..... Todo muere, todo muere en nuestro espíritu.... sólo vive el recuerdo para torturarnos....

—Triste es la vida—dice el viento con extraña quejumbre.

La gloria, el amor, todas las formas del placer y la ilusión, pasan fugaces como el perfume de las rosas, se extinguen como una melodía gemidora. La juventud es una ardiente música que va haciéndose monótona como una vieja canción repetida á la caída de la tarde. Pronto cae la nieve sobre los cabellos y el hastío sobre las emociones; y ninguna belleza terrena es capaz de poner una sonrisa sobre el espíritu moribundo.

Y el alma de la media noche repite con sus múltiples ruidos, pavorosos y elocuentes:

—Triste es la vida, y amargo el recuerdo del risueño pasado.

Todo desaparece bajo la tierra. Nada perdura. Descendamos al abismo de la melancolía y de la muerte y aneguemos los viejos ensueños en la amargura de nuestras últimas lágrimas....

Porque todo muere tristemente y las bellas cosas de la tierra pasan como el perfume de las rosas, como las nubes, como las quejumbres del viento, como las suaves voces del surtidor, que nos hablan de olvido y de eternidad.

FROILÁN TURCIOS.

## LIED

—

Yo quisiera, oh amada, volando
Llevarte á las cimas;
Ofrendarte quisiera, temblando,
Mis Rimas.

Yo quisiera nimbar tu cabeza
De adelfas llorosas;
Ofrecerte un zafir: mi tristeza;
Un rubí sollozante: mis rosas.

En un cofre de acero impoluto
Encerrar las cenizas de un sueño;
Cincelando, como Benvenuto,
Mis oros de Ensueño.

En esmalte del ágata fina
Translúcida y breve,
Burilar tu perfil, Bizantina
Princesa de nieve.

Un puñal, con el pomo de gemas,
De esos que abren mortales heridas.....
Un puñal..... oh mi amada, no temas:
Servirá para mí, si me olvidas!

LEOPOLDO DIAZ.

## PSALMO EPICO

—

Bardo! La ruta al porvenir convida
Y á través de los campos de la vida
Te lleva la esperanza!
¡La ola por las olas impelida
Marchando á ciegas la ribera alcanza!

Te llama con acento sibilino
El obscuro Destino
Hacia cumbres ceñidas de fulgores,
Y trazan en la niebla tu camino
Con sus alas tendidas los condores!

Hostigue el acicate
Tu palafrén cubierto
Con el férreo decoro del combate.
¡Sea tu estrofa en que tu nervio late
Trueno en el mar, rugido en el desierto!

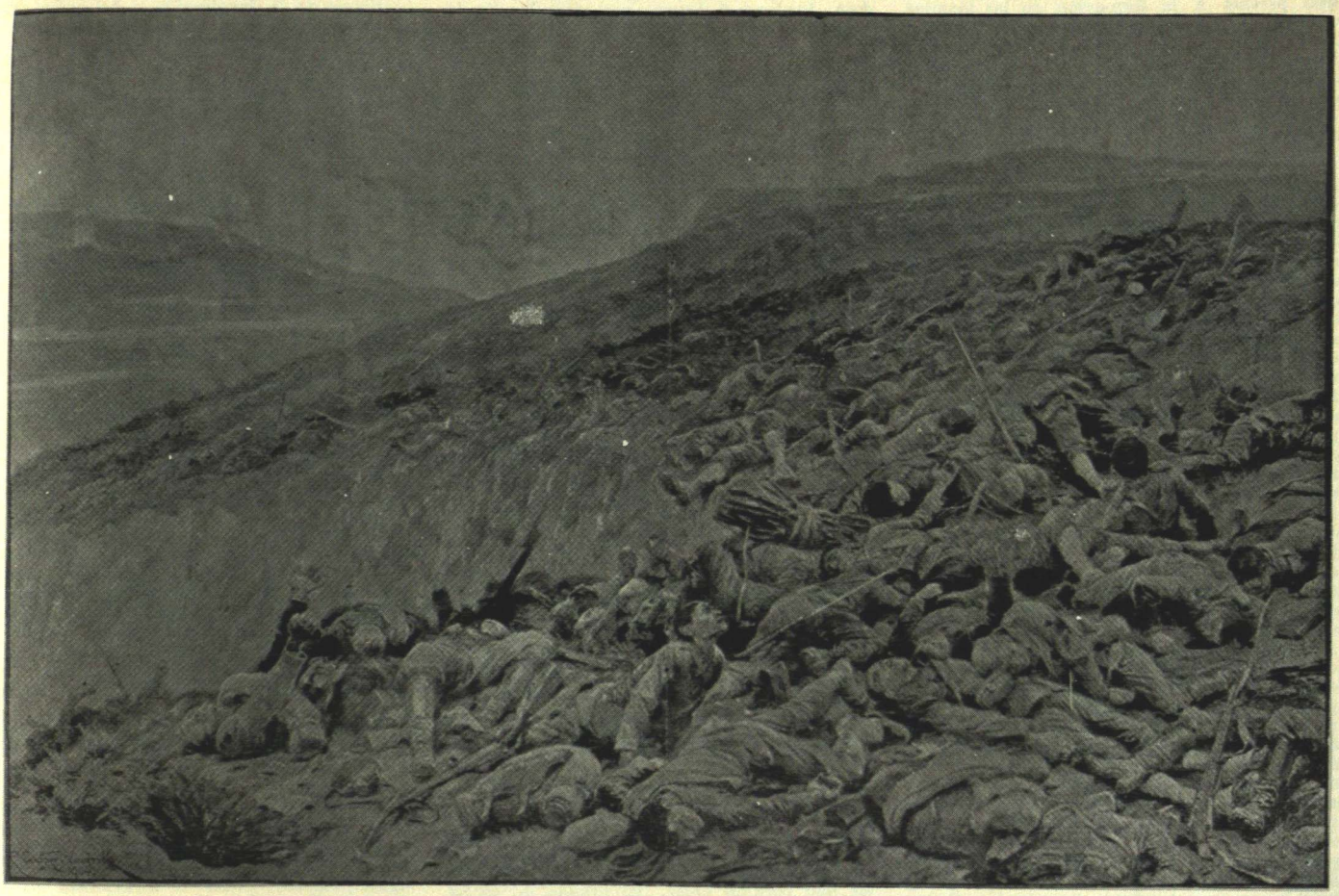
Y en tanto el Odio á tu nobleza ciego
En tí sacia las sierpes de sus iras,
Tu espíritu rebelde al dócil ruego
Cantando mire en el Levante el fuego
Que saludan las almas y las liras!

Porque es sangre el camino de la Gloria
Es de púrpura el libro de la Historia.
¡Sólo escribe con fúlgidas espadas
En púrpura bañadas
Sus épicas leyendas la Victoria!

Sueña para tu frente
Del combate las trágicas aureolas,
Y tu clarín potente
Cante el cuadro de llamas del Poniente
Y el heroico suicidio de las Olas!

J. T. ARREAZA CALATRAVA.

1904.



GUERRA RUSO-JAPONESA: Horrorosa carnicería en Sou-Shan, una de las más formidables posiciones de Liao-Yang

## PORVENIR DEL CASTELLANO

—

En artículo de don Guillermo R. Calderón, que trae *Nuestro Tiempo* en su número de julio, 1901, hallamos estos renglones de una carta de don Juan Valera al autor del artículo: «Dos ó tres días há, leí en cierto periódico la estadística de seres humanos hispano-parlantes que hay en el mundo. El curioso que los ha contado afirma que somos unos sesenta y cinco millones. Por desgracia entre tánta gente hay poca que sepa leer, y los pocos que saben se desprecian unos á otros de la más lastimosa manera. En América se avergüenzan de ser españoles de origen; han dado en el chiste de apedillarse latinos; muchos tienen el propósito de desechar el castellano, de independizarse también en este punto y de salir hablando nuevas lenguas. Como cada cual creę, así en esta Península como en América, desde California hasta el estrecho de Magallanes, que, exceptuándose él, todos los demás españoles ú oriundos de españoles son tontos de capirote, no leen libro alguno de autor español y, ó no leen nada, ó leen libros franceses ó ingleses, admirándolo todo en ellos, hasta las más insignes extravagancias. Conviene, pues, que las pocas personas españolas de nación ó de origen que no carecen de sentido común, y que todavía no han perdido el juicio, no se retraigan, no se salgan de la palestra y no abandonen el campo á los insensatos, arrendajos serviles de los más disparatados extranjeros que los imitan y tal vez los parodian, llamándose modernistas, decadentes y no sé qué otros raros epítetos, prediciendo la desaparición de la pobre y estrecha lengua castellana, en la que no caben las peregrinas y enormes ideas que ellos tienen, y preparándose ya á expresarse en flamantes y más latos idiomas. Así tal vez quepan en ellos las maravillas y las revelaciones que sin duda nos quieren comunicar.»

Don Juan, después de haber hablado con mucha extensión y con poca densidad (siguiendo su propósito aparente de ser ameno antes que todo) del saber y la gracia de los escritores americanos, viene á quejarse de que hay algunos que no viven en adoración extática ante los primores del castellano viejo. Cuando alababa, lo hacía de gorja; ahora que vitupera, ostenta mucha seriedad, y siquiera eso salimos ganando. Antes no se podía poner uno á contradecirle sin arrostrar el peligro de que le cayera encima, por el solo hecho de tomarlo por lo serio, todo el peso de la burla. Hay seriedad en las afirmaciones citadas y una sincera convicción. Tan sincera que declara desprovistos de sentido común á todos los que creen posible ó necesaria la división del castellano en diversas lenguas más conformes con el pensamiento moderno. Puede ser insensatez; negar el cargo en absoluto sería colocarse uno en el otro extremo, y parece que la verdad no se anda por los extremos, cuando acaso existe.

Antes de abalanzarnos al estudio social é histórico del problema démonos cuenta, si fuere posible, de la actitud de don Juan. ¿Cómo es que hombre tan discreto, tan suave en el decir, tan rematadamente listo y cortés en la manera de expresarse, se deja ir de golpe al lamentable extremo de llamar insensatos á los que en un punto determinado no piensan como él? Parece que hay dos razones. El señor Valera, con toda su filosofía alemana, no ha dejado de ser meridional. La mundología y la diplomacia no han logrado refrescar esa sangre andaluza que se le agolpa al cerebro de cuando en cuando y produce estas explosiones. Además, el señor Valera es sereno en muchos campos; no podía serlo en todos. El hombre ha de tener opiniones intangibles: tratemos de que sean pocas; no pretendamos que nuestra tolerancia llegue hasta consentir en que el primer venido se ponga á jugar con todos nuestros principios y manera de ver las cosas. Al tocar ciertos temas Renán se amoscaba. Renanizantes de limpia estirpe hay hoy que se sacuden á escondidas el polvo ó el lodo recogido en campañas políticas estridentes. Sí, cada cual tiene opiniones que se complace en llamar inviolables, en considerar como impolutas. Las que dicen con el derecho á existir de la lengua castellana y con su sér invulnerable, pertenecen á este género entre las que ha domiciliado en su espíritu el más discreto hablista. «Ríete de la filosofía» parece que le dijera, en su modo deserto á la juventud que le atiende, «ármate contra los poetas y los novelistas, contra la crítica, la erudición, la historia, si te viene á cuento; á las ciencias naturales no les dejes hueso sano; mas con la pobre lengua castellana

Nadie se atreva
Que estar no pueda con don Juan á prueba.»

Don Juan es académico. La Corporación á que pertenece se sostiene, como todo individuo ó todo cuerpo deliberante, sobre una mentira vital. La mentira vital de los académicos, así de España como de Francia, es la convicción en que están de que son ellos los depositarios de la lengua. Al pensar así el académico es víctima de una ilusión, humana ella y muy necesaria. El académico se antepone en este caso, se sobrepone al pueblo que es el verdadero y el único depositario de las lenguas: en éste viven ellas mientras duran; cuando el pueblo las deja, no hay corporación, ni tirano, ni principios que las salven. De esta actitud del académico, exterior completamente, viene resultando á la larga una convicción sincera. El hecho tiene semejanza con otro que está clasificado en los elementos de la psicología. Si te pones, dicen los textos, á hacer la mueca conque de ordinario se exterioriza determinada emoción, acabarás por crearte la emoción interiormente.

Tal es el origen del error académico. La falacia vocabular ha llegado hasta crear también el error popular, consistente en que naciones ó parte de ellas han tomado en su valor nominal las frases «conservar el idioma» y «depositarios de la lengua,» que no pasan de ser usuales metáforas. El salvaje sorprendido de su habilidad, con la figura grotesca que acaba de salir de sus manos, no puede menos de caer de rodillas y adorarla; el joven enamorado concreta, como lo dice Beyle, en la primera mujer que pasa, su idealismo caudaloso, y se pone á adorarla sinceramen-

te; el pueblo, siguiendo esa ley maravillosa que preside á la formación de las lenguas, crea una metáfora para darles vitalidad y cohesión á pensamientos que de otra manera habrían de escapársele. Como el procedimiento es inconsciente, á poco andar la metáfora deja de ser una figura retórica, y las palabras es necesario que expresen una verdad observada.

No son tal vez los académicos los depositarios del idioma, pero sí llenan su fin como elemento inerte. Cumplen á su modo el oficio que desempeña el ázoe en el aire atmosférico; moderan, son el poder conservador, allí donde el pueblo atiende á las funciones de elemento revolucionario. En ese trabajo, que es laudable, le ayudan á la academia los escritores tradicionalistas. No estaría bien que el académico fuese reformador á todo trance; se desligarían entonces, con asombro de quienes pretenden fijarlos, los fundamentos del idioma: dejaría de existir un principio que se cierne sobre la historia de todos los grupos humanos, es á saber: que todo agregado, cuando llega á predominar, es de suyo, y por razones de vida, buenamente conservador. Lo es la academia. Es, pues, natural, que los académicos pierdan el equilibrio cuando dan con mozalbetes enredistas que, con sus dichos y malos ejemplos, ponen en peligro aquella cosa intangible que las inmobles corporaciones creen tener en tutela. Aquí procede llamar insensatos á los que se atreven á poner en duda la inalterabilidad del idioma. Con todas las explosiones del mal humor que padezcan los guardianes no salvan al depósito de envejecerse, de morir, de alterarse y disgregarse, para que se lo asimilen otros organismos; porque resulta que es la lengua un cuerpo organizado, expuesto, como todos ellos, á las flaquezas de la vida y á sus maneras de transformación. La palabra conservador aplicada á quien presume de tener bajo su guarda una cosa organizada y viva, es de valor dudoso, y las prácticas conservadoras son en este caso tristemente inanes. Comprendemos que haya conservadores de museos y bibliotecas, conservadores de reliquias, de tradiciones, de leyes derogadas, de lenguas que nadie habla y de símbolos muertos; de cuanto parece, por su naturaleza, solidificado en formas definitivas. La lengua que se decanta y cristaliza, ya está muerta; esa es preciso conservarla por un procedimiento semejante al que se usa con las frutas tratadas por el alcohol y puestas en vasijas á prueba del contacto atmosférico. Un melocotón en la plenitud de su madurez es la lengua que usan el artista escogido y el pueblo; uno conservado en alcohol es la lengua que se deshace y que las academias tienen con amor superfluo y estéril bajo su cuidado.

Supongamos que el castellano se muere y se disgrega. Esto no será culpa de los modernistas, ni tampoco de los que don Juan llama arrendajos, sin duda para dejar constancia de que les tiene inquina á las avecillas canoras del trópico. No es culpa de nadie. Es condición del sér. La disolución y muerte del castellano y el nacer de esta lengua unas cuantas más ó menos viables, será un fenómeno, si acaece, que tiene muchos precedentes. Dicen los filólogos, y en esto conviene que les creamos sobre su palabra los que no lo somos, dicen, pues, que el pueblo Arya, antes de partirse en tribus y mientras habitaba las faldas y las masetas del Himalaya ó la región que se extiende entre el mar Caspio y las bocas del Danubio, ó *somewhere in Asia*, como dicen los más cautos, hablaba una lengua que se ha perdido y de la cual salieron muy probablemente el sanscrito, el latín, el griego, la lengua madre de las lenguas teutónicas, etc. Si aquella lengua perdida hubiese estado, antes de su desaparición, bajo la guardia de unos académicos, es humano que se hubieran espeluznado al oírles decir á los pesimistas resignados de entonces que la lengua arya tenía de morir y que de sus restos iban á brotar nuevos y más flamantes idiomas. Comprendemos hoy cómo era posible que los académicos de la lengua indivisa, si acaso existieron, hubiesen pensado como don Juan; y comprendemos también, sin grandes esfuerzos de poralización mental, que los griegos, los latinos que leían á Sófocles y á Virgilio; los eruditos del día que pueden gustar en la lengua original los primores de algún drama de Kalidasa, tuviesen ó tengan por ridículos los temores del probable académico prehistórico.

Don Juan tiene la burla fácil para con los americanos que presienten la revaluación artística de la lengua española: admiremos su ingenio, pensando siempre en la situación análoga del arya primitivo que se quejara de los contemporáneos porque predecían la desaparición de la pobre y estrecha lengua que él hablaba, en la cual no cabían las peregrinas y enormes ideas de los que se preparaban entonces á expresarse en más latos idiomas. Esas ideas, que estaban solamente en potencia, habían de ser las de Heráclito peregrinas, las de Sócrates y Platón enormes.

Perdamos cuidado: el día en que se presente en España ó en América el hombre de las ideas nuevas, peregrinas y enormes, está seguro que él formará su lengua para expresarse, como la presente resultare inepta en la demanda. «Muy á las claras se ofrece el pensamiento», dice Burckhardt, «de que las gentes que tienen algo significativo que decir, por sí mismas forman su idioma; el cual es movedizo y variable porque es una cosa viva (1).

Una tendencia á la simplificación, en cuanto se trata de las formas, parece que fuera la ley histórica mejor determinada en la evolución de las lenguas. La clasificación en monosilábicas, aglutinantes y de flexión, no está aceptada tan generalmente como lo hubiera apetecido Max Müller, que pretendía señalar los diversos períodos de progreso de las lenguas con sus tres grupos lingüísticos; pero el proceso natural en el período histórico estudiable de las lenguas de flexión, hace creer que hay una tendencia á disminuir las flexiones, á simplificar el vocablo. De simplificaciones vocabulares dan testimonio el sustantivo y el adjetivo, por ejemplo, que en la dulce lengua sueca apenas han conservado algunas formas de la declinación, y que en inglés, con excepción de la flexión del posesivo, conservada en el sustantivo solamente, las han perdido todas. El idioma de los holandeses que sufría de laxitud á causa de la extensión incómoda que les daba la flexión á sus vocablos, tiró, para no naufragar, parte considerable de esos adminículos, y hoy sirve mejor á las necesidades del hombre moderno, sin haber perdido nada como instrumento de arte.

Decir que una lengua se cambia por otra ó que se divide en ramas distintas, es cosa que puede consternar, vista de cerca y con cariño filial, á muchos retóricos, aunque no sean académicos ó academizables. Pero las lenguas pasan por alteraciones de marca, cuya presencia podemos verificar copiosamente, sin salir de los límites de nuestra propia experiencia (2) Verdad que la lengua española es la menos utilizable para hacer comparaciones de este género en cortos espacios de tiempo. Es idioma poco movible. De Jovellanos á Ganivet la lengua apenas da señales de haberse transformado. Pero si comparamos la forma de Chateaubriand con la de Goncourt, de Paul Adam, de Maurice Barrés, se impone el decir de Remy de Gourmont sobre que no hay estilos diferentes sino lenguas diversas dentro de la fábrica suntuosa del idioma francés.

Ejemplo muy edificante, aunque no es análogo al de la lengua arya, nos ofrece á su turno la historia de la pasión y muerte de la lengua latina. Aquí cito á Carducci en beneficio de los lectores: «De la decadencia de la lengua y literatura romana no fué la Iglesia la causa primordial, pero contribuyó á eso poderosamente, ayudando con sus escritores á la disolución de la síntesis gramatical y de la métrica, ennobleciendo en la predicación y en los libros el decir rústico y la locución vulgar, y el ritmo en los himnos. Fué ella, por lo tanto, al principio, instrumento eficacísimo en la formación de las lenguas y de las literaturas nuevas, á las cuales hizo partícipes de la inspiración y del hálito oriental. Mas, como toda fuerza, llegado que ha á condición de poder, se vuelve conservadora por naturaleza, así la Iglesia, en presencia de los bárbaros, y al ver levantarse otra fuerza, la popular, en la manifestación de las lenguas nuevas, asumió el papel de celosa conservadora de la lengua latina.» [1] De cuya actitud resultaron entre otros fenómenos, la cristalización ó muerte de aquella lengua, en que se habían entendido todos los pueblos, y el desarrollo invasor de los nuevos romances.

Era la Iglesia poder muy grande. Logró señalarle límites á la lengua madre. Les puso coto á los instintos revolucionarios de aquella gente nueva que, con una concepción de las cosas distinta de la antigua, pretendía también ampliar la lengua y hacerla obediente á las nuevas formas del pensamiento. Cuando una fuerza suficiente se opone al desarrollo de un sér organizado, ó viene al cabo un monstruo ó el organismo se enflaquece y muere. Hay la creencia general de que el latín en que profirieron los primeros cristianos, digo los intelectuales de entonces, sus tormentos interiores, era una lengua en descomposición, lo cual es tan cierto que la tesis contraria es perfectamente sostenible. «Es, dice M. Grenier [2] una lengua nueva, independiente, caracterizada, hecha para sentimientos nuevos, lengua que no se ayoya sobre ninguna gramática clásica, sobre ningún modelo; impregnada de hebraísmos, abundante en locuciones y en imágenes populares, dura y bárbara, pero grande en su dureza y á menudo de una gracia divina en su barbarie.» Todo, precisamente todo lo contrario de una lengua en decadencia. Al español académico y universitario de nuestros días le viene á las mil maravillas el llamarlo decadente: carece de iniciativa y está encenagado en la imitación de los viejos modelos. ¿Por qué es vituperable imitar á los extranjeros contemporáneos, y no lo es el seguir maquinalmente á escritores españoles ó latinos ó franceses de siglos pasados? Acaso el misoneísmo sea una tarea cerebral de los tipos normales. En cuanto á San Gerónimo, dice Hello, citado por el mismo de Gourmont, «él creó el magnífico idioma de que hubo de servirse. Tácito y Juvenal, son los balbuceos de la lengua que San Gerónimo habló divinamente.» «Este latín, continúa de Gourmont, despectivamente llamado latín de iglesia, es, nos parece, un poco más atractivo que el de Horacio, y el alma de estos ascetas más rica en ideales que la del viejo gotoso, disimulado y egoísta..... Con más de un rasgo fisonómico característico topamos en la presente poesía francesa, que nos recuerda el rostro intelectual de los poetas latinos del cristianismo, y dos son muy salientes: el anhelo en busca de un ideal distinto de los postulados oficiales de la nación, resumidos en la vociferación hacia un paganismo científico y confortable, (deificación de la naturaleza, de la ciencia, de la fuerza, de la higiene; culto del niño, del soldadito, de la gimnástica etc.) [3] y, por lo que hace á las normas prosódicas, un gran desdén. A causa sin duda, de estas semejanzas, percibidas vagamente, nos han dado el nombre de decadentes, que no sabe convenir. La decadencia de una lengua es su muerte lenta; no puede ser notada sino después de su extinción total. Decadentes fueron relativamente los poetas que esculpieron en madera carcomida, decadentes por fatalidad; la palabra es de convención. Para poner ejemplos y volviendo al *Stabat Mater*, ¿qué signos de decadencia reconocer en este poema trabajado por una mano doliente pero segura, en líneas nobilísimas, en velos rígidos, como si sangre y lágrimas se hubieran secado en ellos; en este manto de luto con franjas de oro verde y constelado de amatistas? ¿No fueron decadentes, más bien, los italianos que entonces ó un poco más tarde ovidificaban lamentaciones mitológicas?»

No quiere Gastón París que se diga las hijas del latín hablando de las lenguas romances. Tampoco acepta el calificativo de lengua

---

(1) *Die Kultur der Renaissance in Italien.*

(2) En el francés contemporáneo hay formas subjuntivas que vemos agonizar. Es perceptible en el castellano hablado y menos notable pero evidente en la lengua literaria, la tendencia á desaparecer en una de las formas del pasado de subjuntivo. Las inflexiones del infinitivo, en portugués, que son una riqueza, las abandona sensiblemente el lenguaje usual.

[1] Studi letterari.

[2] Citado por R. de Gourmont.

[3] *En su Latín Mystique*, obra de gusto firme y sagacidad recóndita.

CACERIA SALVAJE—Cuadro de Fr. Müller Münstr

madre que solemos darle á la del Lacio. Sus razones parecen aceptables. No hubo una lengua de que nacieran las otras. No hubo un organismo de cuyo seno saliesen otros distintos que antes no existieran. Lo que hubo, según las más avanzadas investigaciones, fué que las gentes continuaron hablando latín en ciertas comarcas y que el uso popular, las influencias de otras lenguas, la índole diversa de las agrupaciones humanas en donde se habla la antigua lengua de los romanos, produjeron desviaciones del tronco, y así vinieron á formarse el francés, el español, el rumano, el válaco y las demás lenguas romanas. En suma, no hay lenguas nuevas, hijas del latín, dice París, sino diversos modos de hablar el idioma latino. Conclusión que tengo por necesaria, pero que no deja de crear dificultades. Es verdad que la historia de los momentos primordiales del latín nosotros no la conocemos. La historia del griego y del sanscrito no llega sino hasta cierta parte de su vida. La lengua dehiscente de que fueron éstas una vigorosa vegetación, está por estudiar; está, para decirlo más claramente, en el caso de que los filólogos y los etnógrafos demuestren su existencia. Pero el raciocinio de Gastón París es tan urgente que no podemos decir, en el caso del latín, que él sea una lengua nueva, hija de la lengua que hablaron los primitivos habitantes de cierta comarca del Asia, ó de algún territorio europeo, que aún no está bien determinado, sino que es una manera nueva que las gentes itálicas tuvieron de hablar la lengua de sus mayores. Y como la explicación es plausible en ambos sentidos, podemos decir que nosotros hablamos de un modo diverso la lengua en que profirieron sus sentimientos brutales los hombres de Cro-Magnon, y podrán decir los chilenos del porvenir, que su habla no es más que el aspecto nuevo, necesario y hermoso, que había de tomar en cierta latitud y altura de los Andes meridionales, la lengua que á su tiempo hablaron los contemporáneos del *elephas primigenius*.

Esta manera extrema de generalizar un concepto, yo la ofrezco á los que se sienten desazonados con la idea triste de que vaya el español tan rollizo, tan abundante y generoso que estamos hablando, á partirse en nuevos, y más flamantes idiomas. No será sino que las influencias sin número (y muchas de ellas todavía sin nombre), á que estamos expuestos los habitantes de países nuevos, forzarán á cada grupo, aunque sea á fin de los demás, á hablar la lengua castellana de modo distinto. Y cuando del idioma que se hable en México haya tanta diferencia al de que se valgan los argentinos, como entre el sueco y el portugués, será notorio que no son dos lenguas nuevas; serán dos modos diversos de hablar una tan vieja como el hombre.

Parece, pues, que podemos aceptar transitoriamente una conclusión semejante á ésta: es inútil pretender que las lenguas no se modifiquen; es superfluo tratar de apresurar el advenimiento de lenguas nuevas; el hombre, aisladamente, tiene escaso influjo, y eso cuando se apoya en el pueblo, en el suceder de estos fenómenos. Las lenguas que se transforman ó las que ceden el campo á otras, no son las moribundas precisamente; en veces, cuando bullen en una lengua hartas y generosas energías, entonces, en virtud de su misma fuerza, se parte para ampliarse.

El cariño que don Juan le tiene á la lengua española, y que es muy plausible, le acorta la vista y le cercena la virtud de su delicado sentido histórico. Los grandes cambios en el modo de obrar, en el modo de sentir, en el modo de pensar la humanidad no los hace ó no los sufre sino muy lentamente. Observando las cosas en conjunto y dentro del ángulo estrechísimo en que está contenido todo el campo visual de un antiguo profesor de historia, á uno le parece que del paganismo al cristianismo, ello no fué sino un paso, y este es un ejemplo. La llegada del estado llano á la liza democrática podría ser otro ejemplo. La opinión general en este caso, no digo que sea falsa, pero me gustaría que un espíritu categórico así la definiera. Uno se figura que una noche el mundo era pagano, y que al día siguiente el sol calentó á una humanidad melancólica, que había tomado por norma el principio de la renunciación. De este modo sumario de entender la historia, resulta que muchos cierran la obra de Baissier sobre el fin del paganismo con un género de desencanto, porque no dan con aquella línea precisa que había de separar los dos mundos. Lo que hay es que cada época está contenida en la que le precede y calienta en su seno los gérmenes de la que le sigue. El hombre del Renacimiento tenía la herencia irrenunciable de la Edad Media; en el hombre moderno todavía combaten aquellos dos elementos. Me imagino que de aquí á dos siglos, cuando un profesor de historia se ponga á señalar el momento en que cesó el reinado del capital y empezó el régimen en que el trabajo le pertenece al que lo ejecuta, esté profesor se asirá al suceso más tumultuoso que medie entre las dos maneras de organizar el mundo económicamente. Será una construcción artificial. El mundo se está haciendo socialista á la vista de todos. Las reformas que ha implantado en unas partes, las concesiones que de mala guisa le han hecho en otras, ya tienen al socialismo obrando en la Historia. Así entiendo que pasa con las lenguas. Están las vivas en incesante devenir. Algunos dirán que las modificaciones lentas son para mejorar, las subitáneas en detrimento del habla pura. Cuestión es ésta de puntos de vista. Ello, la verdad es que de Boscán á Núñez de Arce va un trecho, y que el decir abundante é imaginoso de Quevedo ya sirve tan sólo para el paladar de los mandarines ó para el de los labriegos. La lengua española de hoy, la que hablamos en América, se va alterando sin que nadie lo pueda remediar; será ruda tarea la del filólogo del porvenir que se ponga á determinar con fijeza cuándo murió la lengua castellana, y á qué hora precisa vino á luz el idioma argentino, pongo por caso.

Los del día ¿qué saben sobre el momento en que el pueblo español dejó la lengua latina para tomar la castellana? Lo que deducen de haber algunos soberanos excluido en fecha determinada una de estas lenguas de los negocios públicos. En los privados anduvieron mezcladas durante siglos como la vid y el olmo. Lo único que nos es dable presumir es que aquellos soberanos favorecían una costumbre muy extendida. Estaba en la índole del pueblo castellano reaccionar contra el idioma de los conquistadores, y la lengua mientras fué popular y rolliza, tenía un derrotero que la apartaba de la muerta cepa. Al hacerse el idioma castellano, lengua sabia é instrumento áulico, al florecer en todos los géneros literarios, tuvo un brusco regreso hacia su origen, y pareció como si fuera su suerte el petrificarse desde entonces.

De imitación se queja don Juan. Aquí se olvida, para su placer, de la tortuosa historia de las letras castellanas. Ninguna lengua

vigorosa pierde con el contacto que forzadamente ha de tener con otras. En tiempo de Quevedo se burlaban los puristas de los que decían *joven*, por decir *mozo;* de los que usaban las palabras *duna* y *dique*, que el idioma tiene aceptadas hace ya siglos, y que en su primera aparición tuvieron la mala suerte de ostentar modo flamenco. ¿Lo que perdió el habla castellana porque sus ingenios de cierta época, hermosa y agitada, imitaron como arrendajos á los poetas y á los escritores en prosa de la dulce Italia? No perdió nada; se enriqueció con maneras preciosas de decir lo sentido, adquirió dulzura penetrante, hizo posible la prosa de Cervantes, caudalosa y pintoresca, y el modo armonioso del maestro Solís. La cuestión no está en imitar, lo cual es fácil y peligroso; ni en presumir de originales á todo trance; importa que el escritor tenga talento y que, basado en el genio de la lengua, sobre lo cual debe tener información precisa, la impulse en ese sentido, aprovechándose del auxilio que escritores y artistas de toda nación ú origen puedan suministrarle. El que trae á las lenguas giros nuevos, el que reemplaza un clisé por una expresión elegante y fresca hace tanto bien, en su campo, como el mecánico que reemplaza con una sola palanca una incómoda combinación de excéntricas y manivelas.

Hay un decir muy extendido sobre que los españoles y los americanos que de aquéllos proceden, tienen llevado al exceso, el prurito de hablar mal de su raza y de su lengua. Don Juan lo afirma, y sus frases vienen á ser como un caso raro del mal que lo entristece. Otros, menos patriotas y acaso menos cautos que don Juan, traen como ejemplo á los ingleses, y dicen: el optimismo suficiente de los sajones es indicio de fortaleza. Las dos especies tienen valor semejante y son muy relativas. Digamos, primero, que si vas á buscar escritores ingleses de alcance y de fondo, encontrarás muchos de ellos que les cantan á sus compatriotas como pueblos y como individuos verdades amargas y muy documentadas. Cuando la guerra de Cuba, las palabras austeras de Pi y Margall fueron clamor sin eco. Sobre la guerra del Transvaal escritores, filósofos, moralistas britanos, han dicho la verdad con valor y sin provecho, como en España la dijo el apóstol de la Justicia. La ironía mordiente, á veces demasiado estrepitosa de Grant Allen, tocaba los puntos más flacos de la organización inglesa y del carácter de ese pueblo, sin cuidarse de que le tuvieran por mal hijo de una tierra donde impera, con dominio indiscutible y tranquilo, su majestad el filisteo. De ponerse uno á citar lo que han dicho contra Inglaterra buenos hijos de esa patria, haría tamaño expediente en que figurarían obras y nombres gloriosos: la sinceridad que gastó en horas luminosas la mente atormentada de Mathew Arnold no es para hacer más fácil la digestión de los mercaderes. No creo que las generaciones actuales se hayan olvidado de lo que dijeron Byron y Shelley sobre la materia, y de lo que hicieron para dar ejemplo á unos y para exacerbar la intolerancia del mayor número. En seguida miremos á otras literaturas. El humor dicen que es una cosa inglesa, y que nace del antagonismo entre el concepto individual y las opiniones dominantes, ó como lo ponen otros, de un desequilibrio entre la facultad de obrar y la amplitud del pensamiento; mas en la historia de la literatura alemana parece que los capítulos más interesantes quisieran enseñarnos cómo es requisito para llegar á la notoriedad y á la gloria escarnecer á los alemanes bella y sinceramente, ó tratarlos con apolínea indiferencia. ¡Oh, Heine! ¡Oh, Schopenhauer! ¡Oh, Nietzche! mensajero de los antipatriotas, creador del ciudadano europeo, filósofo que dedicó lo mejor de su esfuerzo á la mediterranización del pensamiento.

B. SANIN CANO

## LA LOCURA DE UN SUEÑO

—

Cuando el señor Marbelle, inclinándose sobre el hombro de su esposa, susurró: «Querida, son las dos», la joven y bella señora Marbelle se levantó, estrechó unas cuantas manos que se tendían hacia ella, cambió una larga mirada con el vizconde de Angely, y, después de haber saludado al dueño y á la dueña de la casa, salió, seguida por su marido. Media hora más tarde, un coche los dejaba á la puerta de su casa.

En el dormitorio, una vieja niñera dormitaba al lado de una cuna.

—Puede subir á su pieza, Victoria,—dijo la señora, haciendo resbalar sobre sus brazos rosados los largos guantes blancos.

La mujer se iba ya; en el umbral de la puerta se volvió:

—El nene duerme; además, debo decir á la señora que se ha portado muy bien.

—Es un hombrecito hecho y derecho—murmuró el señor Marbelle, con el rostro iluminado. ¿No es cierto, querida?

La joven no respondió. Con los brazos desnudos y sus blancos hombros que surgían de entre una confusión de gasas y de encajes, se había dejado caer sobre un diván, rendida por una postración voluptuosa. Había echado para atrás la cabeza y, con los ojos entreabiertos, hacía revivir uno por uno, en un ensueño dulcísimo, todos los instantes de esa brillante velada que no había sido más que una serie de homenajes rendidos á su belleza. Los acordes armoniosos de un vals de moda sonaban aún en sus oídos, y volvió á ver la interminable sucesión de los salones, y creyó estar aspirando todavía la delicada fragancia de los lirios y de las rosas.

En el aposento contiguo, el señor Marbelle iba y venía. La joven no lo oía; un estremecimiento de dicha la agitaba; se reconocía hermosa, y esto era para ella una delicia infinita.

Hacía mucho tiempo, por cierto, que tenía conciencia de su radiante belleza. ¿Qué mujer, en su caso, lo habría ignorado? Pero sólo esa noche había comprendido toda la fuerza de su belleza, una belleza que la había hecho reina, á ella, mujer de un modesto comerciante, en medio de una sociedad elegante y escogida. Y entre todos esos hombres que la habían rodeado solícitos, entre todos esos hombres que parecían disputarse sus sonrisas, sus miradas, uno se dibujaba nítidamente á sus ojos arrobados, uno volvía incesantemente á su pensamiento encantado: el vizconde de Angely.

No era aquella la primera vez que se había encontrado con el joven é ingenioso vizconde; en muchas ocasiones lo había visto delante de ella. Y la solicitud, llena de respeto que desde el primer momento le atestiguó el joven, y las largas y dulces miradas en que la envolvía, y luego, al crecer su audacia, los suspiros elocuentes y los apretones de manos demasiado acentuados para un indiferente, le revelaron en seguida el sentimiento todo de amor que su belleza había provocado en él.

Al hacer este descubrimiento, la señora Marbelle sintió una impresión en la que el disgusto no tenía parte alguna. Digna hija de Eva, se enorgulleció de haber causado ese efecto; pero, romántica, como era, llevó su ensueño demasiado lejos. Habría podido rechazar suavemente esos homenajes, y no hizo sino alentarlos; y el joven vizconde fué animándose á tal punto, que una noche, al favor de un vals vertiginoso, le declaró que la adoraba.

Y la adoraba, realmente. ¿Cómo no amar á esa espléndida criatura de veinticinco años apenas, divinamente hermosa con sus grandes ojos azulobscuros y su cutis de una trasparencia completamente infantil? Esto mismo se había dicho el vizconde desde la primera vez que vió á la señora Marbelle; y cuando un amigo, indicándole á un hombre chico, coloradote y de aspecto bastante vulgar, le susurró: «Querido, ahí tienes el marido de esa mujer seductora», el joven se quedó atónito. Pero, serenándose en seguida, declaró: «Venus es de Vulcano, y la antigüedad está satisfecha». Y, al decir esto, el guapo vizconde pensaba que bien podría hacer él, á su vez, el papel de Adonis.

Una mirada dirigida á un espejo vecino, que reflejó á sus ojos su figura elegante, lo satisfizo, se sonrió, y levantó, con un ademán habitual, las guías de su fino y sedoso bigote rubio.

¿Por qué no?... ¿No era él el encantador, el buen mozo de Angely, como le llamaban, el galán afortunado?

—Conozco á las mujeres,—solía decir el vizconde,—y el juego que hay que hacer en cada caso.

La verdad es que, aunque esa afirmación era un poco exagerada, el vizconde tenía razón. Un buen número de aventuras le habían permitido adquirir cierta destreza en esa especialidad interesante. Poco tiempo necesitó para hacerse cargo del estado de ánimo de la señora Marbelle.

En medio de un bienestar cómodo pero que, al lado de la vida lujosa de otras amigas, era simple medianía, la joven, al principio feliz y confiada, fué haciéndose poco á poco envidiosa y huraña. Comparaba las fiestas suntuosas á que era invitada con los pocos y reducidos saraos que ella daba también; pensaba que su traje de baile, salido, es cierto, del taller de un modisto en boga, debía ser tratado con las mayores consideraciones, porque tenía que servir para toda la temporada, mientras que sus amigas tenían á montones los trajes de esa clase; pensaba, en fin, que estas amigas volvían á sus palacetes en riquísimos carruajes, en tanto que ella regresaba, en un pobre coche de alquiler, á su modesto departamento de la calle de Roma.

El señor Marbelle notó inmediatamente el cambio que se estaba operando en su mujer; ¡nada más perspicaz que el amor! El excelente hombre vió entonces el peligro que corría su felicidad; suavemente, con mil precauciones, como se trata á una criatura enferma, procuró alejar á su ídolo querido de esos lugares, de los que ella no sacaba más que celos y contrariedades.

Tal vez habría conseguido esto si en ese momento crítico el vizconde no hubiera aparecido. El joven adivinó en seguida á qué ideas, á qué deseos, á qué incertidumbres estaba entregada la señora Marbelle; y, en seguida también, vió las ventajas que un estado moral semejante podría reportar á él.

Entonces, para llegar al fin que deseaba, no vaciló en lanzar,—con palabras

PUERTO RICO: Un río en Ponce

que bajo una apariencia ingenua, ocultaban siempre un sentido mordaz, con la nomenclatura que hacía de numerosos placeres, gajes de la fortuna que la señora Marbelle no tenía y que tan ardientemente deseaba,—insinuaciones que iban derechamente al corazón de la joven y que reavivaban en ella los deseos por un instante calmados, sumiendo así á su mente, ya trastornada, en la duda y en el desorden.

La señora Marbelle aspiró á tal punto esa atmósfera envenenada, que todas las consideraciones, toda la paciencia, toda la tierna solicitud de un marido que la adoraba, no pudieron vencer su resistencia. El pobre hombre sufría en silencio, y sólo él sabía cuál había sido su dolor esa noche justamente, cuando su mujer, del brazo del vizconde, había pasado por delante de él sin verlo, completamente absorta en lo que le susurraba el Adonis. Por mucho tiempo, su mirada los había seguido, hasta que desaparecieron.

Se sintió entonces horriblemente desgraciado y abandonado; subieron lágrimas á sus ojos, pero, haciendo un supremo esfuerzo, las contuvo. Y, entretanto, á lo lejos, en el saloncito, todo tapizado de rosa y bordados, el vizconde de Angely oprimía entre las suyas la pequeña mano de la señora de Marbelle. Por la trigésima vez, quizá, repetía las mismas palabras: «Decididamente, aquello era un sueño; una joven maravillosa como ella no podía pertenecer á ese hombre que estaba allí, en el salón... ¡ella! ¡la gracia, la belleza, la juventud personificada!... ¡Imposible! Era cierto que el señor Marbelle era un hombre leal y bueno; pero ¿podían acaso contarse los jóvenes, los elegantes, que se habrían considerado en el colmo de la felicidad si les hubiera sido dado poner á los pies de ella su nombre y su fortuna? ¿No se veía eso mismo todos los días, y á propósito de criaturas no tan soberbiamente dotadas?... ¿Qué tenía, por ejemplo, que no poseyera ella también, esa señora en cuyos salones estaban entonces, la baronesa de Rigny? Por el contrario, ésta era menos joven, menos hermosa; en cuanto á la fortuna, todo el mundo lo sabía: por amor era por lo que se había casado con el barón».

«¡Casada por amor!»... Estas tres palabras se habían apoderado de todas las facultades de la señora Marbelle; y cuando el vizconde, besando apasionadamente la mano que no se defendía, prosiguió con su voz bien timbrada: «¡Señora, señora! ¡por qué no la habré conocido yo antes!...» la joven sintió crecer dentro de ella una sorda cólera. Sí; ¡por qué no la habría conocido él antes!

El vizconde la atrajo hacia sí; y al inclinarse entonces, la joven divisó á su marido á lo lejos, en la entrada del gran salón. Estaba de pie, apoyado en el marco de la puerta, en una actitud á la vez cansada y triste. Al verlo así una especie de despecho iba acrecentándose á medida que detallaba ese tipo, tan feo, tan vulgar, tan viejo ya. Junto á ella, casi de rodillas, con una sonrisa en los labios, el vizconde esperaba. La señora Marbelle cerró los ojos y ofreció al beso de esos labios su linda frente palpitante.

«¡Casada por amor!»... Tendida allí sobre el diván, la señora Marbelle seguía repitiendo esas palabras. Era cierto, efectivamente: la baronesa de Rigny, antes Valentina Regnault, se había casado por amor. Poseía un palacete en París, un castillo en el interior, una horda de criados y un marido encantador. Y ella ¿qué tenía, ella, la reina de belleza? ¡Ah! ¡qué insensatez había cometido!... ¿Cómo había podido casarse así? ¿cómo?... Más encolerizada aún, pasaba revista á la época de su noviazgo. ¡Cuán feliz se había sentido entonces, simple modista, ante la perspectiva de casarse con un comerciante acomodado!.... También ella había hecho á los ojos de su familia, de sus amigas de entonces, un buen casamiento... ¡un buen casamiento!

En ese instante la criatura rompió á llorar en su nidito blanco. La joven hizo un movimiento de impaciencia, á pesar de su ternura habitual. Como notara que su mujer no se levantara, el señor Marbelle entró en el aposento, se inclinó sobre la cuna, y tomando en sus manos inhábiles al precioso nene, que seguía llorando, se puso á mecerlo suavemente.

La joven levantó la cabeza, vió á su marido que con infinitas precauciones tenía á la criatura y besaba su hermosa frente coronada de oro, y el grupo que formaban ese hombre robusto y ese delicado niño rubio, la conmovió hasta las lágrimas.

Poco á poco, sus facciones contraídas se dilataron, su mirada se suavizó, su boca abandonó el pliegue amargo que la hacía perversa; y, como el padre murmurara: «No llores, hijito; no llores, que vas á molestar á tu mamá, á tu linda mamita», la señora Marbelle se levantó, vacilante, y, con la frente baja, fué á abrazar á su marido...

Este la miró, desconcertado al verla llorar; y ella, comprendiendo entonces toda la locura de su sueño, comparando en una visión bien clara, por un lado, el amor violento, pero pasajero y degradante, y por el otro, el deber, junto con la felicidad verdadera, tranquila, eterna, recostó su encantadora cabeza en el hombro de su marido, murmurando:

—Bésame á mí también, querido... para consolarme.

PAUL CERVIÈRE.

## LA THEORÍA DE LAS TRISTEZAS

Capítulo VII del poema inédito: "Hacia el Hastío" dedicado al poeta Santiago Argüello H., de Nicaragua

Y las Tristezas surgieron
y me dijeron:
—Bien venido! hace ya tiempo que nos has abandonado,
y que no hemos arropado
tu existencia en nuestros mantos más obscuros que la noche
y que no hemos prodigado con inaudito derroche,
y con profundo embeleso,
nuestro beso
en tus labios que están rojos todavía,
y que deben estar pálidos y enjutos.....
Danos tu boca, que nuestro beso te robe la alegría
pues debes arroparte en nuestros lutos.

Contempla bien nuestros ojos, que, en las órbitas hundidos,
todo su fuego de tanto llorar se ha muerto.....
debes llorar; y tus ojos por el llanto enrojecidos,
se ofusquen viendo el incierto
porvenir de los vencidos!
Es forzoso que tú llores
y que implores!

Mira: llevamos puestas
coronas de espinas en nuestras testas
y en nuestros brazos
tenemos cilicios
de puntas aceradas y estrechos como abrazos.....
Es preciso que conozcas los suplicios
que nosotras tenemos pues que ellos son propicios.....
Mira: cuál tenemos nuestra carne rota
y cómo la sangre mana gota á gota.....
Vamos á dejarte todas nuestras penas
para marcharnos serenas!.....

Y, diciendo esto, mi barco abordaron
y luego sus besos dejaron
en mis labios que, ya exangües, al sentirlos se crisparon;
y la corona de espinas en mi testa colocaron,
y en mis brazos pusieron cilicios
estrechos, y mis suplicios
las Tristezas prolongaron,
y me hicieron llorar sin sosiego
hasta secarme los ojos y extinguir su fuego!

(.....Y el barco monstruoso,
bogaba presuroso.....)

LINO RAMÓN CAMPOS.

1904.

## POEMAS EN PROSA

### BELLÉZA RÚSTICA

ESTA mañana, un gran sol bebe el rocío de las praderas, dora los pámpanos á la orilla de los ribazos, y penetra, con sus llamas sutiles, las vides ya maduras.

El aire ligero vibra en el horizonte. Sentado á mi mesa de trabajo, que he colocado cerca de la ventana, veo, inclinándome un poco, la granja en donde los obreros desgranan el trigo. Lo hacen con gran trabajo, pero la hermosa luz del día los baña y los penetra.

Enganchados á los arreos que mueven la trilladora, dos robustos caballos, taciturnos y pacientes, con la cabeza dentro de un saco, dan vueltas incesantemente y hacen mugir las ruedas y silbar las correas. Un niño agita un foete para excitarlos y para ahuyentar las moscas que los acosan. Hombres cubiertos con ese birrete azul venido de los Pirineos á la Gironda, llevan á la espalda las pesadas gavillas que las mujeres, con ancho sombrero de paja, desnudos los pies sobre la tela gris del ambiente, dan á mascar por manojos á la batidora, que rumorea como una colmena. Un muchacho delgado y vigoroso levanta con el extremo de su horquilla la paja mutilada, en tanto que los granos de trigo, vertidos en una criba de manivela, abandonan al soplo del viento los despojos de sus túnicas ligeras. Gentes y bestias obran de concierto, con la obstinada lentitud de las almas rústicas.

Pero, detrás de los haces, á la sombra de la granja, chiquillos de quienes no se ven sino los grandes ojos abiertos y las mejillas embadurnadas, ríen en los carretones de heno. Esas mujeres, esos hombres curtidos, con la mirada inelocuente, los labios toscos, el cuerpo agobiado, no carecen de belleza. La franqueza de su traje rústico traduce con exactitud los movimientos de sus cuerpos, movimientos aprendidos de sus antepasados desde tiempo inmemorial, y que son de una sencillez solemne. Sus rostros, vírgenes de todo pensamiento determinado, refleja solamente el alma de la gleba. Se les diría nacidos del surco, como el trigo que han sembrado y cuyo pan comen con una lentitud respetuosa. Tienen la belleza profunda que viene de la harmonía. Su carne tostada, por el polvo que la cubre, ese polvo de los campos que no ensucia, toma bajo la luz no sé qué aspecto salvaje, ardiente y opulento. El oro de las gavillas los envuelve, un polvo blondo flota en torno de ellos, como la gloria de esa antigua Ceres, dispersa aún en nuestros campos y nuestras granjas.

Abandono pluma y papel, y contemplo con envidia á esos batidores de trigo, á esos simples artesanos de la obra por excelencia. ¿Qué es la mía al lado de ella? Y cuán humilde y pequeño me siento al lado de ellos! Lo que hacen es necesario. Y nosotros, frívolos juglares, ¿podemos jactarnos de hacer algo que sea, no digo útil, sino sencillamente inocente? Felices el hombre y el buey que trazan su surco recto! Todo lo demás es delirio, ó á lo menos, incertidumbre y causa de turbación y de inquietud.

Los obreros que veo desde mi ventana trillarán hoy trescientos haces de trigo; y luego, se acostarán fatigados y contentos, sin dudar de la bondad de su obra. Oh! la dicha de realizar una tarea exacta y regular! Pero yo, esta noche, escritas mis páginas, ¿sabré si he empleado bien el día y ganado el sueño? ¿Sabré si he traído á mi granja el buen grano? ¿Sabré si mis palabras son el pan que sostiene la vida? ¿Sabré si he dicho bien?

Tratemos á lo menos, cualquiera que sea nuestro deber, de cumplirlo sencillamente, con buena voluntad.

ANATOLE FRANCE.

De la Academia Francesa.

## LA GUERRA ENTRE LOS ANIMALES

No se ha hecho la guerra, indudablemente, para que la humanidad se eleve en su propia estimación. Sobre todo, vista de lejos, parece la guerra, estúpida; y existe la costumbre de calificar de "bestial," el hábito que tienen los pueblos de matarse entre sí lo más á menudo, por nada, y lo que es peor, por odios.

Este epíteto de "bestial," podría hacer creer que los animales tienen como costumbre ó práctica, esas ocupaciones guerreras; y nada es menos exacto, sin embargo. Cierto es que los animales se baten y se matan cuando sienten la imperiosa necesidad de comer. Pero en ese caso, son sus combates aislados y legítimos; y por esto, casi nunca, ó nunca, mejor dicho, se les ve entregados á expediciones sangrientas análogas á las nuestras.

Sólo hay que señalar una excepción,—y ésta es importante: la de las hormigas, insectos cuyas repúblicas ofrecen grandes semejanzas con las de nosotros, y en las que se presentan verdaderas guerras, y tales, que allí econtramos, á las veces, hasta los más pequeños detalles de las que nosotros hacemos.

I

Las hormigas, que en un mismo hormiguero se demuestran tanto afecto y están siempre como dispuestas á prestarse mutuos y generosos servicios, se detestan profundamente de un hormiguero á otro, aun cuando las dos colonias pertenezcan á una misma especie.

Cada una toma el hábito de considerar como su bien personal, no sólo el hormiguero,—iba á decir la fortaleza,—sino también la extensión de terreno, más ó menos grande que lo rodee. Por esto, ¡desgraciadas mil veces las intrusas que vengan como aventureras á establecerse allí; porque, apenas habrán tenido tiempo de instalarse, cuando se habrán visto expulsadas *manu militari*, con todo rigor! Además, las hormigas,—ciertas especies, á lo menos,—tienen un espíritu guerrero. Para calmarlo y satisfacer á él, emprenden viajes y marchas contra hormigueros extraños que jamás les han causado daño, y que, muy lejos de ellos, no pueden inspirarles ningún temor ni envidia.

Pero no se crea que esta guerra se hace á la desbandada. No. Hácese con cierto orden de batalla y con un plan manifiesto de ambas partes, es decir, tanto de parte de los asaltantes, como de la de los asaltados. Tomaremos un ejemplo observado por M. Hanhart, de Basilea, en dos especies: la hormiga negra—cenicienta, y la de color leonado.

Poseía la especie negra dos edificios, y la otra especie tenía cinco pequeños, del mismo género, muy cerca unos de otros, y á doce pasos de distancia de los primeros. Hacia los días de la Pascua del Espíritu Santo, como á las diez de la mañana, pudo observarse en la especie cenicienta, insólitos movimientos y luégo comprobarse el zafarrancho de combate.

Aproximáronse estos insectos en plan de batalla compuesto de sus diversos escuadrones, y marchaban,—justo es decirlo,—en un orden completo, irreprochable. Se avanzaban las leonadas sobre una columna de frente, formando una línea de tres á cuatro metros de largo, apoyada por diferentes cuerpos dispuestos en cuadros, y compuestos de veinte á sesenta combatientes.

Vese por esta disposición, que estas hormigas aplicaban lo que el caballero Folard denominaba: «orden sencillo.» La segunda especie, más numerosa, tenía un frente bastante más extenso, aunque contaba dos ó tres líneas de combatientes. Claro está que esta disposición más sabia, se acerca mucho más, y con mayores ventajas, al «orden macizo ó profundo.» Las negras cenicientas dejaron algunos destacamentos cerca de sus colinas para defenderlas contra ataques imprevistos; vigorizaron la gran línea de combate, por su derecha, con un cuerpo

LAS MUJERES DE LA REVOLUCION

compacto de varios centenares de combatientes, y un cuerpo semejante de más de mil, apoyaba la ala izquierda. Los demás cuerpos avanzaban en un orden admirable, y sin que cambiaran nunca sus respectivas posiciones.

Los dos cuerpos laterales no tomaron parte en la acción principal. El de la ala derecha hizo alto para formar un ejército de reserva, en tanto que el cuerpo que marchaba en columnas por la ala izquierda, maniobró de manera á hacer cambiar de frente al enemigo, avanzó con extraordinaria rapidez hacia el hormiguero de las hormigas parduzcas, y lo tomó por asalto. Atacáronse los dos ejércitos con encarnizamiento indecible, y combatieron largo tiempo sin romper sus líneas. La lucha era sostenida, vigorosísima, de las más vivas! Mordíanse los adversarios sin misericordia . . . Colgaban las antenas y las patas arrancadas de los cuerpos; y á tanto llegó la rabia y furor de los combatientes, que si por acaso podía sacarse una hormiga de la refriega, corría sobre la mano sin la menor voluntad de morder, ni acercarse á unos granos de azúcar que se le pusiese por delante. A lo último, hubo cierto desorden en algunos puntos, y la batalla prosiguió en grupos sueltos ó independientes. Después de un sangriento combate que se prolongó tres ó cuatro horas, las hormigas pardas ó leonadas se declararon en derrota, abandonaron sus hormigueros, y se refugiaron en otras partes con los restos de su ejército.

Pero lo que había más interesante en esta escena singular, era ver esos insectos, hacerse recíprocamente prisioneros y trasportar sus propios heridos á la retaguardia de sus líneas. Las leonadas mostraban tanta solicitud y abnegación por sus heridos, que, conduciéndolos, se dejaban matar sin resistencia por los enemigos, antes que abandonarlos y entregarlos á merced del vencedor. En cambio, las grises, dejaban los suyos entregados á la fatalidad de su destino.

Huber,—el historiógrafo de las hormigas,—ha sido frecuentemente testigo de sus combates, y nos los ha trasmitido en relatos homéricos. A título de ejemplo, diremos aquí, cómo pasó en su presencia una lucha entre dos hermanas enemigas, esto es: entre dos hormigueros de la misma especie,—la de color leonado,—situados á un centenar de pasos de distancia, uno de otro.

Encontráronse los ejércitos á la mitad del camino de sus respectivas viviendas. Sus columnas cerradas se extendían desde el campo de batalla hasta el homiguero propio en un espacio de sesenta centímetros, á la vez que una inmensa reserva sostenía el cuerpo de combate. En este, millares y millares de hormigas, subidas sobre las menores quiebras del terreno, lucharon dos á dos, y con el auxilio de sus quijadas, atacáronse mutua y encarnizadamente. Otras hormigas arrebataban los prisioneros; pero no sin tener que pelear antes ruda pelea, porque bien comprendían éstos la suerte cruel que los amenazaba, en el acto mismo en que llegaran al hormiguero enemigo.

El campo de batalla, que ocupaba una extensión de sesenta á noventa centímetros, estaba cubierto de cadáveres y heridos, lleno de veneno y desprendíase de él, un penetrante y acre hedor. Acá, acullá, sostenían vigorosos ataques parciales. Comenzaba la lucha entre dos hormigas que se engarzaban por las mandíbulas y alzábanse sobre sus paticas. Pero en el instante, se apretaban tanto, y tanto era el esfuerzo, que rodaban sobre el polvo unas sobre otras, sin poder desasirse. En ese caso, tenían los dos atletas muy comunmente, pronto y eficaz auxilio, pues veíanse cadenas de seis á diez hormigas agarradas, pegadas unas á otras tirando en sentido inverso los dos adversarios, hasta que al fin, uno de ellos aflojaba, ó una fuerza superior lo arrastraba apresuradamente.

Al acercarse la noche, los dos ejércitos emprendieron retirada, y penetraron en sus cubiles. Mas, á la mañana siguiente, comenzó de nuevo la matanza con sin igual furor : era aquel campo de exterminio de 1 metro 80 centímetros de fondo, por 60 centímetros de frente.

Y no es solamente en Europa en donde pueden observarse semejantes combates. En América, por ejemplo, las hormigas son aún más fieras que en Europa, como lo ha demostrado el doctor Lincéum, quien ha escrito las peripecias de una guerra entre unas hormigas chiquitas, negras, (las que pueden compararse con los negros) y otras hormigas grandes, de cabeza roja, (las que pueden compararse con las pieles rojas.)

La batalla que presentaron estos animales, mostraba un frente de cuatro metros, y duró cinco horas. Fué sangrienta... ..horrible.....

La disciplina, así como la manera de combatir, eran totalmente distintas entre las dos especies. Por el modo de atacar, se comprendía muy bien, que las hormiguitas negras tenían por objetivo, evidentemente, las piernas y pies de sus enemigas ; y como en realidad eran mucho más numerosas que las cabeci-coloradas, al unirse dos ó tres contra una, lograban maltratarla, herirla y poner fuera de combate una porción muy considerable. Por el contrario, las cabeci-rojas no se ocupaban más que en la decapitación, (lo que por otra parte, al tratarse de Pieles-Rojas no tienen nada de sorprendente), decapitación que desempeñaban con una destreza y comodidad admirables.

Llegada que fué la pelea á cierto punto, despacharon rápidamente las hormiguitas negras, órdenes perentorias para que se les mandasen todas las reservas. De las puertas de una de sus grandes ciudades, que quedaban como á unos setenta pasos de distancia, comenzaron á salir individuos, por millares, y más. Indudablemente, avanzaban á marchas forzadas ; y era tal y tan grande el número de aquellos animalitos, que cuando habían andado veinte ó treinta pasos de longitud, aparecían como una cinta de un negro muy tinto que se desenvolvía en el suelo y que no tenía fin, porque salían siempre de su ciudad por cientos, por miles y miles, por cantidad incalculable.

Desgraciadamente, en aquel mismo instante, el ejército que combatía sobre el campo de batalla apocó sus bríos, fué derrotado y comenzó una retirada desastrosa en medio de un pánico general. Muy en breve encontraron los fugitivos, en su carrera desordenada, los refuerzos que venían, y establecieron en las primeras filas el desorden más estupendo. Fué entonces universal el pánico ; y refuerzos, y ejército, huyeron precipitadamente hacia la ciudad, siendo de notarse, que, en menos de cinco minutos, no quedó una sola hormiga negra sobre el terreno.

La noticia de tan gran batalla y sus desastrosos resultados parece haber sido divulgada en los alrededores por las que no concurrieron á la acción, sino quedáronse en el hogar ocupadas en las constantes y diarias faenas. Pero sea como fuere, el hecho positivo, evidente, es que toda hormiga negra desapareció inmediatamente de la sobre haz de la tierra en todos aquellos contornos.

Pero no sucedía lo mismo en el campo de batalla. Llegáronse allí hábiles y numerosos inspectores, que, recorriendo la ensangrentada llanura, hallaron en ella, por muchas y largas horas, un excesivo trabajo. Entre ellos, la mayor parte asistía á los enfermos, es decir, á los heridos, que eran numerosísimos. Llevábanlos á la sombra de un ancho surco, muy profundo, hecho, acaso, por un carretón muy pesado, y allí, quedaban resguardados de los rayos del Sol, quemantes, insoportables, porque eran, más ó menos, las once de la mañana.

Otra gran parte de los inspectores se ocupaba en reunir y trasportar los troncos decapitados de las hormigas negras, y amontonarlos en la raíz de un roble que lejos de allí no estaba, el cual era anchurosa base de una de las grandes ciudades de las cabeci-rojas, y punto previo de reunión general.

Supone el doctor Lincéum que, quizá, aquellos insectos se proponían, al hacer así, preparar un solemne festín con las desgraciadas víctimas sin cabeza, y ofrecerlo á los honores del triunfo, ó al dios supremo de la guerra !.....

Observación notable. Podíase á primera vista comprobar la inmensa actividad que desplegaban los que asistían á los heridos. Parecía que hacían cuanto más les era dable en mostrar á aquéllos, la mayor simpatía, la mejor voluntad ; y fué así como en menos de una hora, quedó una cantidad muy considerable de heridos reconocida como apta ó hábil para el trabajo, en tanto que los que presentaban heridas mortales, eran en el acto conducidos por sus compañeros al hogar común.

Aunque muchísimas cabeci-rojas salieron heridas, y algunas, muy seriamente, no hubo, en verdad, sino muy pocas muertas, las cuales fueron igualmente acarreadas al sitio donde se depositaban los cadáveres sin cabeza, de sus enemigas. Cuando las cabeci-rojas victoriosas abandonaron el campo de batalla, nada permaneció, nada quedó que pudiese indicar la lucha en aquel lugar, sino las cabezas separadas de los vencidos, tan numerosas, que semejaban granos de adormideras conque se hubiera salpicado la tierra.....

En los diferentes casos que acabamos de relatar, no se ve, no se encuentra muy claro ó determinado el objeto de la guerra entre las hormigas. Y si algo se vislumbrara, sería sólo el deseo de satisfacer odios, y no, de ninguna manera, el incentivo de obtener cualquiera ventaja.

Mas también, no siempre es así. Las hormigas amazonas, por ejemplo, declaran la guerra á las hormigas de color de león, con el único y exclusivo fin de pillarles sus nidos, de arrebatarles sus ninfas y de convertir en esclavos á los adultos que salgan fuera de vivienda. Eso es, como se ve, aunque entre animales, aborrecible y excecrable.

Están constituidas las amazonas para la guerra ; y salen siempre vencedoras de las expediciones que emprenden, sin duda, (las muy cobardes !), porque están seguras del éxito y la victoria. Huber ha estudiado mucho tiempo sus hechos y acciones. Demos ahora las observaciones hechas por él, de un ataque de amazonas, contra hormigas negras cenizosas. Dice así :

A las cinco de la tarde, las amazonas salen de su escondrijo. Se mueven mucho ; se adelantan fuera del hormiguero, pero ninguna se separa sino en una curva ligera, de modo de estar siempre muy cerca del borde del nido. De momento en momento aumenta el número ; recorren grandes círculos, y un hecho se repite constantemente entre ellas. Todas estas hormigas van de una á otra, tocando con sus antenas y sus frentes, el pechito de sus compañeras, y éstas, á su vez, se aproximan de las que ven venir, y les comunican la misma señal. Esta no es otra que la de la partida. No hay lugar á equivocarse, puesto que en el momento se nota, que, las que han recibido dicha señal, se ponen en marcha y únense á la tropa. Organízase la columna ; avanza en línea recta y en el césped se ensaya ; al fin, todo el ejército se aleja, atraviesa el prado, y ya no se encuentra ni una sola hormiga en el hormiguero un instante después.

A veces parece que la cabeza de la legión aguarda que la retaguardia se le incorpore ; hácese á derecha, á izquierda, pero no avanza. Reúnese nuevamente el ejército en un solo cuerpo y vuelve á partir con rapidez. No se distingue entre ellas jefe ninguno ; pero sí que las hormigas todas van siendo por turnos las primeras, y hasta como que les gusta adelantarse unas á otras, no obstante que entre ellas, algunas, andan en sentido opuesto, es decir : que bajan de la cabeza á la cola, luégo vuelven sobre sus pasos, y siguen el movimiento general. Hay siempre un número muy pequeño que viene hacia atrás, lo que hace suponer que es de ese modo como dirigen ellas sus marchas, y encaminan sus ejércitos.

Luégo que han llegado á unos treinta pasos de su habitación, se dispersan, exploran el terreno y lo palpan con sus antenas. Ni más ni menos que el perro que halla la caza por el olfato, así ellas encuentran con su táctica, lo que desean y buscan. A poco, pues, descubren un hormiguero subterráneo ; y como las negras cenizosas huyen hasta el fondo del cubil, las hormigas legionarias no encuentran resistencia ú oposición de ningún género, y penetran en las galerías que se les presentan abiertas. Entra todo el ejército sucesivamente en el nido, se roba las ninfas, sale por diferentes grietas, y toma á la carrera el camino del hormiguero.

Lo que ha penetrado primero en el nido, no es un ejército dispuesto en columna ; es una horda indisciplinada, la cual corre á las filas del ejército, velozmente, porque las últimas hormigas que salen del hormiguero sitiado, se ven perseguidas por algunas de las propietarias que tratan y luchan,—aunque casi siempre en vano,—de arrebatarles la presa.

Una vez llegada al hormiguero propio, cada amazona deja su carga, y emprende de nuevo el camino del hormiguero invadido. Instaladas para entonces las esclavas, abandonan sus trabajos de albañilería ó construcción, mudan las ninfas unas tras otras y las bajan á los subterráneos.

Pero sigamos un poco más á la tropa ladrona. Vuelve al asalto del hormiguero que ya devastó ; pero en el *interin*, sus habitantes han tenido tiempo de reponerse y de situar fuertes guardias en cada puerta. Las legionarias, que primero se presentan en muy escaso número, huyen cuando encuentran que las hormigas negras están preparadas á la defensa ; regresan hasta la tropa principal ; avanzan, retroceden varias veces hasta que se sienten fuertes, que entonces se precipitan en masa sobre una de las galerías de donde echan y derrotan á las negras cenicientas, con una precipitación vandálica. El ejército todo penetra en el interior de la ciudad subterránea, y se roba una inmensa cantidad de larvas que se lleva á todo correr; siendo de observarse, que las amazonas no hacen nunca prisioneras, porque no son las hormigas adultas las que á ellas les interesan, sino las ninfas, en las que las ideas están aún adormecidas.

Cuando las amazonas regresan al hormiguero, reciben en él una acogida magnífica. Sus esclavas han guardado ya la primera cosecha, y como toda hormiga pone cada vez, su ninfa, á la entrada de la habitación, inmediatamente la entregan á algunas esclavas, las cuales se apresuran á llevarlas á lo interior del nido.

Y, ¿podría creerse que esas intrépidas guerreras repitieran por tercera vez el pillaje? Sí; pero entonces tienen que emprender un sitio en debida forma ; porque las hormigas á quienes robaron por dos veces consecutivas sus larvas y ninfas, se han puesto sobre aviso, hanse atrincherado, han amurallado sus puertas y reforzado la guardia interior, como si hubieran previsto un tercer ataque de parte de las mismas enemigas. Juntaron todos los pedazos de palo y tierra dura que tuvieron á su alcance, y los acumularon á la entrada de sus subterráneos, en los que eran fuertes y poderosas. Llegan las legionarias, y al primer momento no osan acercarse. Dan vueltas aquí, allá, ó vanse hacia atrás, hasta que se consideran suficientemente apoyadas. Entonces, comunícase la señal á la tropa ; avanzan las combatientes en masa, con extraordinaria impetuosidad, y cuando han llegado al hormiguero enemigo, separan con patas y dientes los obstáculos que se les presentan, entran precipitadamente por la abertura del nido á pesar de la resistencia que oponen las cenizosas, y por último, invaden el hormiguero por centenas y centenas. Salen de él ostentando orgullosamente su botín de guerra ; pero en vez de compartir con sus asociadas

VENUS EN SU TOILETTE—Por F. Boucher

el fruto de su rapiña, éntranse en sus cuevitas, y de ahí no salen más en todo el día.

¿No se creería fácilmente, al consignar un proceder semejante, que se trata, no menos, que de la especie humana?

II

Si las incansables hormigas no están exentas de defectos, no lo están, tampoco, las laboriosas abejas. Tenemos pegadas una á otra, dos colmenas, de las que si es cierto que sus moradores salen y entran sin decirse ni negros ojos tienes, también lo es que jamás hay entre ellos ni riñas ni persecuciones. Hay mucho que hacer para que pueda haberlo para conversar, y aquel año, precisamente, el trabajo es muy recio. El verano ha secado el cáliz del néctar de las flores, y preciso es recorrer mil, para hacer una cosecha escasamente aceptable.

Tal estado de cosas no puede durar, y en efecto, no dura. En una de las colmenas se principia á reparar ciertos síntomas de una revolución, ó á lo menos, de una guerra; porque, agitados los ánimos por una de las conductoras ó guías, vense aquí, allá y más allá, conciliábulos por donde quiera. Las abejas van de una á otra de sus hermanas, les cubren bien los cuernecillos ó antenas, y sin duda, les trasmiten la palabra sagrada. Cumplidos estos preparativos, no hay más que hacer,—dado que, aceptada por todas la mala acción, no tardará en cumplirse. Y una vez dicho, una vez hecho. De súbito, ciertas abejas, más atrevidas que las otras, se elevan y se dirigen, recto, hacia la boca de la colmena vecina donde penetran como un vendabal. No dilatan sus hermanas en seguirlas; y en pocos segundos, de la colmena robadora á la robada, se establece un vuelo incesante de saqueadores. Mas, en la colmena pillada, las cosas no se andan muy quedo. Atónitas por el avance impetuoso, y estupefactas de tanta audacia, las invadidas dejaron penetrar las primeras hordas, que aprovecharon el consiguiente pánico que su irrupción produjo para atragantarse de miel, revolcarse en ella, y luego, si tiempo había, huir con el botín á casa. Esto fué así, pero por muy poco rato; porque las legítimas propietarias se encolerizan y precipítanse contra las asaltantes, á la vez que las que estaban en la puerta, salen volando á avisar á las hermanas que se hallaban ocupadas en los trabajos de la colmena. Fué general y encarnizada la batalla; mejor dicho, la guerra con todos sus detalles horrorosos!.....

En todas partes eran luchas de cuerpo á cuerpo, espantosas. Los dos campeones se enganchan ó agarran por las seis paticas; se mordizcan con las mandíbulas, ruedan por el suelo, y finalmente, la que ha logrado tener buena posición, descoge el aguijón y perfora á su adversario. Muere uno de los dos, sin duda; pero con mucha frecuencia mueren ambos.

Pero, ¿qué es una abeja para todo un enjambre? El combate, á cada minuto aumenta de intensidad, por la llegada de nuevas asaltantes venidas de la colmena de malos instintos, y de las salteadoras que vienen de visitar las flores. Por lo general, el asalto, á lo último se rechaza con tanta mayor facilidad, cuanto que el colono, desesperado por el pillaje, llega resuelto, y hace tabla rasa. Las abejas atacadas, no la sacan muchas veces mejor; porque las despedazan, las matan bárbaramente, ó quedan reducidas á la impotencia.....Las vencedoras penetran entonces en la colmena, objeto de su codicia, y entran á saco las casillas de miel. Aquello es una orgía de dulce; y en breves instantes las invasoras cosechan más líquido azucarado, que en varias semanas de labor constante. Apúranse y se estimulan en llevárselo cuanto antes al hogar de todas, y

allí lo guardan, y en lugar seguro lo conservan.

Y así, con un poco de esfuerzo y otro tanto de rapiña, han logrado una situación cómoda y fácil, que les permitirá á ellas y á sus larvas ver correr, dulces y serenos, días que no parecían felices.....ni siquiera buenos.....

¡ Bien probaría este hecho solo, que no es siempre la virtud, la recompensada en este nuestro mundo de luchas y egoísmo ! !.....

III

Podemos anotar también, hechos guerreros, ó á lo menos, de rapacidad y de depredaciones, en animales que no viven constantemente en sociedad, como las hormigas y abejas.

Es así como en los meses de invierno, reúnense los lobos ; pero es verdaderamente para ayudarse unos á otros, y atacar las presas grandes con más probabilidades de éxito. En Siberia, persiguen por bandadas los trineos, y triunfan muy á menudo,—gracias á su número,—de los hombres mejor armados. Y bien cabría decir, que en estos momentos han declarado guerra á muerte á todo lo que se mueve, desde el diminuto conejito hasta el caballo más fogoso. Pero como lo indica Mr. F. Houssay, excepción hecha de esas excursiones ó ataques brutales, parece que los lobos pueden combinar verdaderas estratagemas. A veces es un par, el que de modo concertado, hace la cacería. Al encontrar un rebaño, como muy bien se lo saben, que el perro defenderá valerosamente los animales que se le han confiado ; que es vigilante, que su olfato sutil lo abocará con ellos, mucho antes que el pastor llegue, es el mastín, desde luego, el que más llama su atención. Acércanse los dos lobos como haciéndose los disimulados ; pero en un momento dado, y de repente, uno de ellos se descubre y atrae la atención del perro, el cual, precipítase, lánzase sobre él con tanto ardor, con furia tanta, que no advierte, ¡ el muy tonto !, que en todo ese tiempo, el segundo ladrón ha arrebatado un corderillo, y sepultádolo en lo más hondo de la guarida.

Termina el mastín por renunciar á competir en velocidad con el fugitivo, y regresa á la cabaña; pero es entonces, justamente, cuando los dos lobos compadres se juntan, y entre sí, compártense la presa. Otras veces, es un lobo que caza con la hembra ; y cuando quieren coger un corzo,—en quien la carrera, como se sabe, es vertiginosa y ésta puede durar mucho tiempo,—uno de los dos cónyuges, el macho, por ejemplo, lo persigue y dirige la persecución de modo tal, que pase la víctima cerca de un punto en donde esté la loba escondida,—la que á su tiempo, sale fuera, y continúa la caza mientras el macho descansa. Es, como si dijéramos, un verdadero relevo organizado. Necesariamente, las fuerzas del corzo van poco á poco agotándose y no puede resistir al empuje, que,—persiguiéndolo en esa disposición,—tiene él que conservar en toda la carrera, alcánzanlo al fin, y muere. El lobo, que en todo el tiempo trascurrido se ha acercado al lugar del festín con pasos lentos, viene á pedir y saborear su parte del robo y la matanza.

IV

Ciertos animales,—aproximándose más que los precedentes á la especie humana,—hacen la guerra á otros animales, única y exclusivamente para satisfacer el odio que les tienen, sin razón ninguna, la mayor parte de las veces. A este respecto, los seres más detestados son los rapaces nocturnos, mochuelos y buhos. Todos los demás los detestan cordialmente. Si uno entre ellos tiene la desgracia de hacerse visible durante el día, todos los otros pájaros empiezan á chillar escandalosamente ; cércanlo y atormentanlo dando gritos de odio, y martirizándolo á picotazos, hasta que, postrado, tiene por fuerza que huir de la comunidad.

Las culebras son también muy detestadas. Mr. Paul Girod dice haber visto un día, seis currucas que iban persiguiendo á grito herido dos enormes culebras. Deslizábanse las serpientes entre las hojas ; pero las currucas, saltando de rama en rama, acompañábanlas y repetían y multiplicaban sus destemplados alaridos, hasta que lograron ahuyentar con su infernal é incansable gritería, los intrusos y espantosos reptiles.

V

Los rapaces nocturnos han declarado guerra sin cuartel á todos los vertebrados, y muy especialmente á los pájaros, ó mejor, á ciertas aves. Y la prueba mejor de que la mayor parte de sus ataques no son sino escuela en que ejercitan su carácter sanguinario, es la de que, una vez hartos, no devoran la presa que han despedazado ; semejantes, si no, iguales, á varias hordas salvajes que se baten por batirse, y matan por el inicuo placer de matar.

Otros animales, para lograr sus propósitos, emplean diversas astucias de guerra. El azor, por ejemplo, es suficientemente fuerte y vuela muy bien, para poder capturar numerosas víctimas. Pero á fin de hacer aún más, y mayores, pónele la vista á las palomas. En general, el vigor de las alas de éstas, las ampara con facilidad de las garras de aquél ;—pero entonces se embosca en las cercanías del palomar, dispuesto á lanzarse sobre las que vengan á picotear en sus contornos. Si las palomas han reconocido su presencia, y, desconfiadas, se quedan ocultas y no quieren salir de su escondrijo, entonces, el azor,—como en muchas ocasiones se ha comprobado,—vuela suavemente, como en silencio, y se sitúa en el techo del palomar, donde, agitando las alas fuertemente, estremecen la techumbre á golpes redoblados. Sobresaltados y despavoridos los pichones con semejante insólito ruido, vuelan hacia afuera, y el rapaz entonces aprovéchase de su alarma para arrebatar uno de ellos.

El gerifalte, también vese obligado á usar de estratagemas y astucias para apresar las aves que vuelan alto. Con suma facilidad destruye las gallinas ; y tal caza les hace, que, en España, en ciertas quintas aisladas, han tenido que renunciar á criar esas aves de corral, á causa de las numerosas depredaciones del pájaro carnicero. Mas, cuando se trata de coger palomas, no es tan fácil la empresa. Por lo general, reúnense dos gerifaltes para atacar una bandada de palomas ó pichones. Uno de los agresores finge querer atacarlos por lo bajo ; y como esta manera de proceder no es de ningún modo, la usual, — porque las aves de rapiña se elevan siempre sobre la caza, para después caerle encima,—las palomas, desorientadas, temen tanto más la desconocida ó nueva maniobra, cuanto que es absolutamente desusada. En este momento de confusión, el segundo enemigo ha pasado, no visto, por encima de ellas, lanzádose en medio de todas, y cogido una. Pero es este un nuevo pánico, del cual aprovecha el primer perseguidor para elevarse rápidamente, y hacer una segunda víctima. (F. Houssay.)

La guerra á que están expuestos siempre los animales, ha obligado á varios de ellos á defenderse por diferentes medios. La desgracia aguza la inteligencia, y así se explica que existan los nidos y otros edificios construidos por los más ingeniosos. Para concluir este artículo sería preciso describirlos todos, todos, y eso nos llevaría lejos, muy lejos.

HENRI CHOUPIN.

## ENEACORDIO

A Alejandro Carías

El eneasílabo ladino
tiene para la gaya ciencia,
una sutil reminiscencia
del viejo sáfico latino.

No aplace su ritmo anadino
al vate burgués; su cadencia
es una como quinta esencia
de un arte esotérico y fino.

Y lleva en su alma la mesura
lenta, de un valse de Berger:
une la fuerza á la dulzura.

Así el Apolo Belveder,
tiene la recia contextura
en muelles curvas de mujer.

JUAN JOSÉ CHURION.

## SUGESTIONES

Profunda sugestión de los olores
Del alma de las flores.

Rosas, como los dedos de Eloísa;
Jazmín, como la sien de Mona Lisa:
Clavel, como la boca, nieve y grana
De Carmen, la graciosa sevillana.
Manos caballerescas, mano fina
De la raza latina,
Que recogió claveles en España
Y rosas en Provenza ; fiebre extraña
Del alma de estas flores,
Deliciosos diablillos tentadores.
Poder de los venenos
De que muere el jazmín, sobre los senos
De garridas mujeres, á los sones
Del bandolín, la flauta y los violines.
Perfume que palpita
En la alcoba nupcial de Margarita
De Valois; rosa fresca
Que conturbó el sentido de Francesca.
Nariz que sabe del amor, divinas
Locuras de la sangre, romanesca
Fragilidad de nervios, manos finas
De las dulces latinas.

Preciosas mirras del Oriente: ungüentos
De los tres Reyes Magos; de los cuentos
De *Las mil y una noches;* refinadas
Mixturas del cabello de las hadas;
Gitanas errabundas, aguileña
Nariz, mirar bravío,
Mirar negro que infunde el desvarío
Y á los beduinos á sentir enseña.
Nardos que recordáis á Sulamita:
Siete noches sin par, en que se agita
El Amor invisible y muy despacio,
Cabe los altos cedros del Palacio.

Violetas, flores buenas,
Hermanas de las pálidas novicias,
Infantas de otra edad, en las almenas
Del castillo, piadosas y serenas:
Debéis de ser propicias
Al que charla en la tarde con la bruma,
Al que adora lo blanco de la espuma,
Las manos perfiladas, la indecisa
Santidad de una boca en la sonrisa.
Violetas pudorosas
Que tenéis un divino
Temor á los desmanes de las rosas,
Así debió de ser Santa Teresa
De Jesús, imagino
Que á violetas olía la abadesa

Profunda sugestión de los olores
Del alma de las flores.

Amo las rosas y el clavel, y guardo
Reminiscencias del jazmín; el nardo,
La mirra me impresionan;
Más adoro á las otras, son ascetas
Y profanas á un tiempo, sugestionan,
Como dos ojos dulces, las violetas.

PACHO VALENCIA

PUERTO RICO: Acueducto de la Isla de Vieques

## LAS MOSCAS

—

—Luisita querida, vé á visitar á tu abuelito—dijo la señora de Hosquier.

No quería ella á su suegro, el general Maubours, y aunque era viejo é inválido, y se hallaba ya en el borde de la tumba, no le había perdonado ciertas faltas que él y ella solamente conocían; sin embargo, observaba fielmente el pacto impuesto por su marido, y mandaba á su hija, todos los días, después del almuerzo, á pasar una hora con él. Transcurrida la hora, miss Nogg, tiesa institutriz inglesa, iba á buscar á la chicuela.

Luisita, delicada criatura de cabello rubio y ojos azules, bajó saltando los escalones de la gradería. Aunque el jardín del viejo palacio de Chamarelles, pequeño y con enormes árboles, representaba mal su papel de parque en plena ciudad, pronto se sentía ella perdida, tan fresca era la sombra y espeso el follaje. Los cuentos de «Pulgarcillo» y «Caperucita roja» volvieron á su imaginación y sacó del bolsillo los restos del pan de su almuerzo, arrojando al suelo las migas, para encontrar el camino, en caso de que el lobo que la esperaba en el pabellón, no la comiese tampoco esta vez.

No por eso le tenía miedo á su abuelo; lo quería mucho y sabía acariciar su cabello de nieve, tironear su largo bigote y pedirle le contase historietas. Pero era menos común imaginarse que pudiera ser un lobo. Luisita, de una precocidad extraordinaria, decía á su pequeño amigo Gastón de Nelles: «¡Escóndete para asustarme!» Estremecíase á la idea de que una mano pudiera agarrar su pie, á la noche, al meterse en su cama. Adoraba los cuentos negros y rojos que se desarrollaban en la noche, en medio de la sangre.

El viejo Román, el asistente de su abuelo, esperábala en el umbral y la saludó militarmente. Díjole ella, en seguida, con su vocecilla nasal é impertinente, propia de las princesas que van de visita:

—¡Buenas tardes, Román! ¡Ábrame pronto la puerta, haga el favor!

Pues ¿no es así? si tiene uno criados es para hacerse servir. Se les debe tratar con buen modo; pero se les manda. A la edad de cinco años había dicho Luisita: «¡Oh! yo no me casaré sino con un criado, pues están muy bien vestidos y contestan siempre: ¡Sí, señora!» Cuando recuerda esta anécdota, encógese ella de hombros, mostrando el desprecio que sus diez años le hacen tener por su niñez.

El viejo Román, con sus ojos amarillos y su áspero bigote, que nunca ha querido cortarse, tiene todo el aire de un lobo. ¿No sería, pues, él el lobo? Un lindo día, en un comedor obscuro, la tomará entre sus garras y la comerá con sus dientes afilados. ¡Bah! Se escapará; y los pajarillos de la alameda que estarán comiendo las miguitas de pan, le indicarán el camino.

La fantástica chicuela hallábase sorprendida al verse en la clara habitación, llena de tapices de Oriente, de olor de cuero estampado y de panoplias de acero. Sentado en un gran sillón, después de su sobrio almuerzo, compuesto de dos huevos pasados por agua, espérala el abuelo. Murmura ella: «¡Buenas tardes, abuelito!» y se arrodilla sobre la almohada que se halla en su lugar acostumbrado, á los pies del viejo.

Pero el general no hace movimiento alguno. A veces está ausente su espíritu, y, abriendo los ojos, vuelve poco á poco de algún sueño lejano, como si su pensamiento se hubiera perdido en un subterráneo, mientras su cuerpo queda inmóvil como centinela. Aquellos silencios inspiraban un gran temor á Luisita: tironeaba entonces una manga del viejo y gritaba muy fuerte:

—¡Abuelito! ¿Qué ves? Cuéntame lo que ves. ¿A dónde has ido, abuelito?

Otras veces, Maubours dormía. Eran cortos sueños que sólo se diferenciaban de la inmovilidad habitual gracias á los ojos cerrados, la boca entreabierta, una palidez extraordinaria y las manos duras,

tan duras y frías que, al tocarlas, decía Luisita que «no parecían de carne».

Aquel día estaba durmiendo el general. Contempló la chicuela, algo sorprendida y contrariada, una mosca que se paseaba por la frente de su abuelo, una frente ancha que el casco de coracero había dejado calva. «¡Es curioso que abuelito no sienta la mosca!» Luisita espera verle fruncir el ceño, abrir la nariz, hacer una mueca que la divierta. ¿Debe despertarlo? No sería propio. Pero no es tampoco conveniente que duerma él cuando se le va á visitar.

Fastidiada, hace una pirueta y se acerca á una panoplia. Si su abuelo estuviese despierto, no podría hacerlo. Le ha prohibido subir al sofá desde el día en que una espada, colgada de un clavo muy viejo, había caído rozando casi la nuca de su nieta. ¡Cómo se había enfadado el general! ¡Qué blasfemias! ¡Qué truenos! Luego, habíase vuelto tan pálido, que creyó Luisita que iba á morir. Desde entonces es una obsesión para ella tocar las armas homicidas, las pistolas árabes, largas como carabinas, los yataganes, sables y espadas. Pasa suavemente el dedo sobre el filo, lo apoya en la punta para hacerse mal; un poco, un poquito apenas, para que salga una gota de sangre.

¡Ah! Son dos ya las moscas en la cara del abuelito. Una, pequeña, baja por el valle de las mejillas, por entre los rastrojos de la barba no afeitada; la otra trepa por la nariz. ¡Pues bien! ¡no tienen vergüenza! ¡No quieren irse las pícaras! Hace un ademán; las moscas vuelan con un zumbido sordo, grave, importuno. ¡Cuántas hay en las cortinas! Luisita retírase de la ventana. No le gustan las moscas. Son animales sucios, malos á veces, tanto las moscas de la miel como las de la carne, y las que llaman con un nombre misterioso que da miedo: las moscas del carbunclo. ¡Más todavía! Agita la chicuela su pañuelo. Las moscas vuelan; pero vuelven, porfiadas: una, sobre una mano; la otra, sobre el cuello. Esta parece decir: «No se me puede prohibir. No hago nada malo, puesto que no estoy en la cara».

Acércase Luisita á la mesa. Hay allí obleas para cerrar cartas; hacen un efecto tan curioso, pegadas en la frente ó en las mejillas; ¡las negras sobre todo!... hacen aparecer el cutis más blanco ¡blanco, blanco!... En un platillo de cristal, hay una arenilla de oro; en otro, arenilla de plata. Una vez se la puso en el cabello, como las damas que se empolvan para disfrazarse: hubo que lavarle la cabeza; su madre le riñó mucho. Hay también unas plumas de ganso, que hacen *cra-cra* sobre el papel. Abuelito, maniático, no quiere que ella las toque. ¿Por qué le prohiben todo lo que la divierte?

Luisita busca las tijeras. Cuando es juiciosa, abuelito se las da, y recorta ella figuritas en la cartulina de las tarjetas de invitación. ¡Cómo deben aburrirse los viejos! Estar siempre sentados, solos, sin hacer visitas.... Empieza á fastidiarla que abuelito duerma tan bien. ¿Por qué no duerme por la noche? Ella, ella no sufre de insomnio; duerme desde la noche hasta la mañana; sus noches pasan de un tirón. Precisamente hoy quería que le contara la aventura de los ladrones en la caverna...

¡Oh! ¡aquellas moscas!

Mira al viejo y queda aterrada. Ya no son dos ni tres: son cinco, seis, siete; no puede contarlas, pues se agitan en todo sentido, negras y activas. ¡Horribles animalitos, imprudentes, porfiados! Una de ellas, quiere entrar en la oreja; dos caminan sobre los labios; otras paséanse por la barba; hay una, una muy grande, pegada sobre un ojo ¡la pícara!

—¡Abuelito!—grita Luisita; y esconde su rostro, temiendo que las moscas, irritadas, se dirijan todas contra ella.

El viejo no se mueve; parece una estatua de mármol;; su pecho queda inmóvil; ni una hebra de su bigote se agita bajo el aliento. Un rayo de sol atraviesa los vidrios de la gran ventana, por la cual se ven el cielo y los árboles; y el rayo del sol, hace brillar su frente.

—¡Abuelito!—grita Luisita, más fuerte aún.

Ve ella con horror acercarse otras moscas, como vió una vez, en la cocina, un enjambre entero precipitarse sobre un terrón de azúcar. Animada entonces por la idea del peligro, esgrimiendo el cepillo de crines rojos de la chimenea, lo pasa suavemente por delante de la cara del viejo. Las moscas zumban, dan vueltas, la hostigan y vuelven sobre el rostro del viejo.

Entonces, en el gran silencio, da Luisita un grito de horror, precipítase hacia la puerta y huye, extendiendo los brazos. Román, aterrado, la sigue; la institutriz corre hacia la chicuela; la señora de Hosquier aparece en la gradería. Luisita esconde su rostro en la falda de la madre y dice balbuciendo:

—Las moscas... ¡Las moscas quieren comer á abuelito!

Entraron en el pabellón. El general Maubours no se movía. Una masa negra hormigueaba en su cara.

No se despertó más.

PAUL ET VICTOR MARGUERITTE.

## EL ALMA DE UNA NACION

De las muchas notables circunstancias de la guerra del Extremo Oriente, el hecho que por sobre todo culmina, es el valor y la conducta de los ejércitos del Mikado. Casi á regaña diente y á pesar nuestro, reconocemos la existencia de una fuerza moral que parece ser capaz de dominar y dirigir la conducta de todo un pueblo; fuerza que inspira, no sólo en una casta, sino en la Nación toda, en el más humilde y en el más encumbrado, hechos dignos de figurar entre los más famosos que guardan la historia y la leyenda. Deseamos saber qué fuerza es ésta, de dónde viene y qué significa; pues que su existencia despierta nuestros celos, nos desazona, casi nos pone de malhumor. Se nos dice que los japoneses son unos fanáticos inteligentes, y, en efecto, esto es lo que resulta aparentemente; pero los efectos no cuentan y son las causas las que todo lo encierran. Lo que deseamos saber es la causa, el motivo subyacente, dominante, que impele á los actos de valor, demasiado numerosos para ser contados, de que nos llega el eco por todos los ámbitos, sin una sola voz disidente; repercutidos por ambos contendientes en la lucha y que ha alcanzado hasta el generoso reconocimiento del Zar en su último rescripto.

El mundo Occidental prestaba oído impaciente, antes de la guerra, á las crónicas ligeras de algunos viajeros soñadores que nos hablaban de fuerzas nuevas y de nuevos ideales, que sólo para nosotros eran nuevos en realidad. Y todos dudamos mientras no vimos las nuevas fuerzas en acción, contentándonos luego con apuntar los hechos cumplidos averiguados, hasta tanto pudiésemos acumular el caudal de pruebas necesario para deducir conclusiones y hacer legítimas deducciones.

Presenciamos la discreta conducta observada por el Japón en las negociaciones; la reposada decisión por la guerra; vimos las hazañas de los subalternos de Togo en aguas de Puerto Arturo; la abnegación de los guerreros que, hacia aquel canal fatídico, se lanzaron en sus buques á una muerte segura; tomamos nota de la bravura del Comandante Hirose, de la del Capitán Sakurai y tantos otros héroes conocidos ó anónimos, ya sea en tierra ya sobre las olas, en el Yalú, en Naushan, en las faldas del Motienling y en Liaoyang; y observamos la paciencia y la constancia del Japón, sin que jamás nota alguna discordante rompiese la extraña armonía de aquel esfuerzo épico. Hemos visto todos que el Japón luchaba con la inquebrantable determinación de vencer ó perecer; hemos visto, no en teoría sino en hechos y realidades, que hombres indefensos, tripulantes de buques inermes, han preferido la muerte antes que rendirse; hemos visto oficiales y soldados poseídos de un espíritu indomable que los hace invencibles; y hemos visto, por fin, que desde el más elevado hasta el más humilde, en todas las categorías de los ejércitos de mar y de tierra, uno solo y uno mismo es el espíritu que domina. Estas circunstancias nos han obligado á pensar, pues, como bien dice nuestro corresponsal de Tokio que «ningún credo ha producido mejores batalladores».

Acá, en el Occidente, el valor no es cosa nueva, y los anales de todos nuestros ejércitos están repletos de él. Luego no es eso solamente y algo más debe haber: un algo misterioso que de haberlo poseído los ejércitos de Occidente, no hubiera dejado caer sobre los escudos militares de nuestro continente las negras manchas que á todos empañan, sin excepción alguna. ¿Y qué será este algo? ¿Qué será?

Es casi imposible leer las arrobadoras páginas del libro maravilloso del Capt. Brinkley sobre el Japón, sin decirse uno á cada paso: «La Rusia ha debido sa«ber. Más aún, la Europa toda tam«bién ha debido saber».

El arte de una Nación es la expresión de su alma.

Cuando los coleccionistas japonófilos enriquecen sus tesoros con un calado de Hidari Jingoro, ó con una obra maestra de laca de Korin; con una pintura de Sesshu, ó con una Buda de Unkei, no debieran vanagloriarse de haber satisfecho una simple vanidad de artistas, sino de haber descubierto una nueva fuerza en la familia de las Naciones.

El genio, la aplicación, la ingeniosidad, la variedad infinita, la imaginación y la perfección del artífice japonés, ha debido revelarnos, tiempo ha, que este

CARACAS: Academia Militar de Música.—Director: Arturo D. Francieri

pueblo, para alcanzar puésto entre los mejores, sólo necesitaba aplicar esos talentos á fines nacionales de más elevado alcance.

A primera vista parece ciertamente que algo no estaba en su lugar propio.

La historia nos enseña que el predominio nacional ya sea político ó militar, cuando es grande y duradero, lleva consigo todas las demás formas de grandeza. Las obras maestras del arte griego y del arte romano, nos parecen cosa natural; y juzgamos como consecuencia natural el que Venecia produjese un Ticiano, durante su dominación en el Adriático; así como España produjo á Velásquez cuando poseía la mitad de la tierra; Holanda un Rembrandt luego que hubo sacudido el yugo español, é Inglaterra á un Reynold, para que nos legase las figuras de aquella aristocracia luchadora que venció un mundo por las armas.

Si la preeminencia nacional del Japón se ha rezagado aparentemente, ó casi pudiéramos decir inadvertidamente, á los dias en que alcanzó el zenit de su arte, es más en apariencia que en realidad, siendo así que el espíritu que, cual hilo de oro, sostiene la historia del Japón, no tiene interrupción y que el bushido, alma de aquella nación, es un producto de tiempos muy remotos, tan apartado, en verdad, que aún no se le ha podido fijar en sus orígenes.

No es el bushido tema que pueda abordarse á la ligera, y sin advertir de antemano que, sólo á un bushi, le es dado disertar sobre él, siendo de notarse que todavía no ha existido el bushi perfecto, desde luego que la perfección no es cosa que está al alcance de la humanidad, ni aun en el Japón. Los escritos de los filósofos nipones sobre este tema dejan que desear, no siendo bushis, en su mayor parte, los autores que han tratado de compendiar y codificar el bushido y, por tanto, incapaces de presentar el evangelio de este notable código de ética. El bushido que podia traducirse de una manera inadecuada, como «hidalguía caballeresca» es el libro no escrito de los principios morales y de ética que modelan la conducta de sus adeptos y fijan el método de vida del bushi ó sea el Samurai.

Hay un proverbio japonés que dice: «Es el bushi entre los hombres, lo que la flor de cerezo entre la flora».

Si bien no nos sea fácil expresar propiamente lo que es el bushido, si nos es posible decir lo que no es.

El bushido es la antítesis más próxima que pueda concebirse, del promedio del método de vida de la sociedad corriente del Occidente. El Bushido nos presenta el ideal de la pobreza en vez de la opulencia, el de la humildad en contra de la ostentación, el de la reserva en contraposición á la publicidad, el de la abnegación en lugar del egoismo y antes que el interés personal, el del Estado en primer término.

El Bushido inspira al individuo una bravura ardiente que hace que jamás vuelve la espalda al enemigo, mira la muerte con la mayor tranquilidad, prefiriendo siempre morir antes que someterse á una ignominia de ningún género. El Bushido predica la sumisión á la autoridad y el sacrificio de todo interés personal ó de familia en beneficio del bien común; impone á sus discípulos una severa disciplina física y mental, desarrolla en ellos un espíritu marcial, y como ensalza las virtudes del valor, de la constancia, de la fortaleza, de la lealtad, del arrojo y del dominio propio, presenta, desde luego, un elevado código de principios morales, no sólo para el guerrero y para el hombre civil, sino para hombres y mujeres tanto en tiempos de paz como de guerra.

El origen del bushido se pierde en la bruma de los tiempos. Para los antiguos hacía á menudo las veces de religión única; pero en los siglos posteriores se ha inspirado en los principios de muchos credos.

El patriotismo del Shintoísmo local, la filosofía estoica de la secta budista del Zen, el ascetismo de los bramanes y la abnegación del cristianismo, han sido todos incorporados en el código de ética no escrito que forma el bushido, ó lo están siendo gradualmente. En su composición no existe el dogma, ni la infalibilidad; no tiene sacerdocio ni tampoco ritual, y sólo adopta lo mejor y lo más elevado de la filosofía y de la moral antiguas, así como de las modernas, en

su empeño de formular un sistema de vida ordenado.

La palabra bushi, que representa muy de cerca el ideal del fiel é hidalgo caballero, remonta á 1500 años en la historia del Japón. El Bushido no es una religión sino una filosofía y reposa no tanto sobre la lealtad personal hacia el Emperador, como sobre el espíritu de lealtad por todo superior y en primer término por la Casa Imperial, que es la suprema encarnación de la autoridad, en prueba de deferencia y acatamiento á la virtud misma de la lealtad.

Si un Emperador se hiciese indigno de sus altas funciones, sería reemplazado por otro miembro de la Casa Imperial, sin que ello produjese una guerra civil, pues la idolatría del guerrero, no forma entre los principios de una filosofía para la cual el individuo, en sí, apenas cuenta.

La concentración de toda ventaja individual, salvo los honores póstumos, en el fondo general del bien común, explica el extraño olvido, que á nuestro modo de ver, se ha hecho en la presente guerra, de los honores que le son debidos á ciertos Jefes, ejércitos, divisiones, regimientos y navíos. Y así vemos que marcha un destacamento hacia un lugar dado, se efectúa un combate, mueren millares de hombres de ambas partes, el enemigo queda derrotado y la guerra continúa; siendo raro, en verdad, que se oigan palabras de alabanzas para los sobrevivientes, ó en honor de los buques y los cuerpos combatientes. A éstos debe serles suficiente el honor de batirse por la patria.

Las leyendas de la antigua Esparta, nos ofrecen el precedente de auténticos ejemplos de fortaleza demostrada por bushis que casi alcanzaron la perfección de su ideal. Se nos cuenta que, cuando Gongoro perseguía al enemigo, fué herido por una flecha en un ojo y continuó su carrera con el arma clavada en la cabeza. Al terminar la batalla, ésta le fué extraída, pero estaba tan firmemente enterrada que el amigo que lo operó tuvo que acostarlo y ponerle el pie en el pecho para poder arrancarle la saeta. Al levantarse, Gongoro retó á su amigo á combate singular y á muerte, por la posición indigna á que le había sometido para efectuar la operación.

En la filosofía del bushido, el mayor de los crímenes es la cobardía, y hasta los mendigos de la calle cantan invectivas contra todo el que ha sobrevivido á una ignominia, aun cuando ésta sólo sea haber caído en manos del enemigo en guerra galana. De aquí el seppuku ó harakiri, ó sea el acto final de la propia inmolación, que el bushi ó samurai está siempre listo á consumar cuando ha caído alguna mancha sobre su honor ó sobre el de su señor.

Sería, sin embargo, un grave error, suponer que el bushido impone á sus adeptos el sacrificio estéril de la vida. Nada más lejos de ello, y el verdadero ideal del bushi, ha sido admirablemente expresado por el Comandante Yuasa, cuando arengó sus hombres antes de dirigirse á Puerto Arturo:

«Desechad, cada uno de vosotros, la «idea de alcanzar distinción y renombre «para sí. Trabajemos todos con el fin «de lograr nuestro propósito. Es tener «una idea errónea del valor, buscar la «muerte inútilmente. Nuestro objeto no «es morir, sino llegar á la victoria, y «estéril sería nuestra muerte, si no llegáse«mos á lograr nuestro propósito. Si yo «desaparezco en la lucha, toca el man«do al teniente Yamamoto, y en defecto «de éste, obedeced las órdenes del Ofi«cial Mayor. Manos á la obra, hasta que «perezca el último de nosotros, y hasta «haber llenado nuestra misión».

¿Habrá algo más hermoso que esto, en la historia de la guerra?

El bushido impone á sus discípulos una sencillez espartana y les prohibe todo género de ostentación. Considera la conformidad como riqueza natural, y el lujo como pobreza artificial. Esta sencillez es en el Japón casi universal, lo cual prepara sus hijos para sobrellevar los reveses de fortuna con mayor dignidad que en aquellos pueblos para los cuales el vocablo «arruinado» implica un déficit monetario y la pérdida de las comodidades materiales.

El fundamento semi-estoico del bushido, ha sido probablemente, la causa de ciertas malas inteligencias entre Jefes japoneses y algunos anglo-sajones que se encuentran en el campo de operaciones. Podemos hacernos una idea del estoico en formas diversas, pero nunca nos lo podemos imaginar como un hombre de mundo, como el hombre amable y de trato ameno, como el tipo simpático según la expresión del caló corriente. Un bushi es forzosamente lo contrario de estas cosas que, para él, encierran todas un fondo de falsía y de hipocresía. Es reservado, austero, y aunque culto es apartado; profesa la creencia que honra más á aquellos con quienes está en contacto y también á sí mismo, desplegando una dignidad natural y circunspecta.

El bushido, por tanto, puede decirse, se compone de los ideales de la hidalguía caballeresca y de la sencillez espartana y, más aún, se inspira en las fuentes de la filosofía y en la parte puramente moral de las religiones más grandes. Todo el que aspira á ser bushi practica la lealtad, el valor, la honestidad, la sencillez, la temperancia, la castidad y la caridad.

Cuando firmamos un tratado de alianza con un pueblo poseído de estos nobles ideales, sabemos que sus estipulaciones serán respetadas hasta por el último de sus hombres.

Hace apenas 37 años que el Japón era un imperio militar y que el samurai era allí la clase dominante.

Cuando ésta renunció muchos de sus más caros derechos, en el momento del renacimiento de la Nación, ello fué una ilustración práctica y magnífica del bushido, cuyos principios en sí no abandonaron, y, en tanto que permanecieron siendo una casta de guerreros, se dieron á propagar entre todas las clases del pueblo, el código de ética que les había valido su distinguida posición en el pasado.

Si bien ellos perdieron algunos de sus privilegios, vengáronse de esto noblemente imponiéndose la tarea de levantar á la Nación al nivel de ellos, antes que descender de su elevado ideal.

Los principios del bushido han reposado siempre sobre una base intelectual y literaria, y las prendas del saber han sido tán estimadas como las de la guerra para el samurai. Este es un punto que debe retenerse, puesto que él explica mejor que nada la receptividad del Japón moderno, preparado por largos años de actividad intelectual á distinguir lo bueno de lo malo, á adoptar lo uno y á rechazar lo otro. El mundo superficial del Occidente ha calificado al japonés de imitativo, lo cual es sencillamente falso y ha contribuido más que nada á crear en el exterior una falsa idea del genio de aquel pueblo.

Era natural que el samurai al transformarse en oficial de ejércitos modernos de mar y tierra, tratase de allegar á sus filas los nuevos elementos que el servicio universal abre en la carrera de las armas.

Todo el que quiera puede convertirse en un bushi, por medio de su conducta durante la paz y su valor en la guerra y sólo el mérito forma y mantiene sus filas. En el Japón todo el mundo puede aspirar á distinguirse, tanto el poderoso como el humilde, no siendo para ello necesario ni el rango ni la fortuna, sino el mérito personal y la buena conducta.

En el momento de la restauración, el Gobierno sintió la necesidad de adoptar una base moral para su sistema de educación y encontró en el bushido y en las creencias de los samurais, un código aplicable á todas las clases del pueblo. Ninguno de los credos existentes parecía pesar en el ánimo de las masas ya que las creencias estaban divididas y que casi no existía una religión nacional. Todo código de moral basado en cualesquiera de ellos hubiera estimulado la desunión. El bushido, por el contrario, era un código peculiar, muy propio para fomentar la unión de las ideas y para servir de sistema de ética de Estado, que llenaría, por lo menos, la parte moral de la educación religiosa.

Cuando esto aconteció, no se tenía en gran aprecio al sacerdocio de las diversas religiones del Oriente, así porque ignoraba la ciencia y la filosofía como porque no brillaba por sus virtudes ni por su inteligencia.

El samurai llenó este vacío y el bushido el de la enseñanza moral, sin por ello inmiscuirse en modo alguno con ninguna de las religiones establecidas, de varias de las cuales, en realidad, ha tomado muchas de sus más hermosas inspiraciones. Así, pues, vino él á ser no sólo el conductor marcial del pueblo, sino su maestro, en la enseñanza de su moral predilecta. Vano é inútil hubiera sido para el Japón, ascender al poder material, sin el elemento vigorizador de esta compendiosa y antigua filosofía.

El bushi lo forma desde la cuna, entre las antiguas familias de los samurais, tanto la madre como el padre, pues está bien hacer observar que no se ha estimado debidamente la participación que ha tenido la mujer japonesa en la conservación del bushido, habiéndose tenido hasta ahora, casi universalmente, una concepción falsa de su honestidad, de sus aptitudes y de su carácter.

Hoy se enseña el bushido en todas las escuelas, siendo los diversos servicios del ejército, inclusive los cuerpos de cadetes, considerados como las escuelas superiores de esta doctrina. Cada vez que se encuentra reunido un grupo de oficiales que gozan de algún rango, es casi seguro que la doctrina del bushido es el tema de su conversación, cuyas prácticas y preceptos ejercen sobre los que tratan de comprender y vivir con-

forme á esta filosofía, un sentimiento que los apasiona y los fascina.

Cuando se inició el renacimiento del Japón y se dieron sus hombres á vagar por el mundo en busca de la ciencia, temióse que el bushido perdiera su influencia y fuera reemplazado por el materialismo, por razón de la multiplicidad de conocimientos que habían de adquirirse. Sin embargo, tan arraigada se encontraba la doctrina en la historia de aquel pueblo, y tanta era la energía de sus porta-estandartes que, antes por el contrario, lejos de ser eclipsada, ha prosperado con cada adelanto material realizado en el país. En la presente guerra, ha dado pruebas de su verdadera significación y alcanzado la cumbre de su fama. Bien desgraciada anduvo la Rusia, en verdad, al escoger el momento presente en que el Japón goza de todas las ventajas materiales de la ciencia moderna, sobrepuestas en la estructura moral de otras edades. El Cuerpo de oficiales ejerce principalmente las veces de centro de esta escuela filosófica, y está siempre alerta y listo á fomentar y á extender en la Nación la cultura filosófica y literaria. De esta suerte se nota que, aun puntos de trivial importancia, tales como si debe ó no permitirse el baile y la música á los oficiales jóvenes, han sido materia de serios debates, de los cuales resultó que el baile quedó prohibido, y permitido sólo cierta clase de música militar. Un festival, á estilo de los de Bayruth, sería considerado en el Japón como un acto de disolución y el Wagnerismo como una verdadera enfermedad. Toda música doliente, y de carácter deprimente y debilitante ha sido absolutamente descartada.

La educación que produce el bushido ofrece una base moral suficientemente amplia, que le permite adoptar todas las grandes enseñanzas del cristianismo, en tanto que rechaza las contiendas internas de sectas y facciones que pudieran resultar en su reconocimiento como religión de Estado. Como sistema de ética nacional es políticamente admirable, desde luego que fomenta la unión y la disciplina, refunde al individuo dentro de la entidad del Estado y no deja lugar aparentemente al sectarismo y la discusión. Carece de formas y de ritual y reposa sobre fuerzas vitales y verdades eternas.

No debemos, por esto, creer que los 46 millones de habitantes del Japón, practican el bushido en su sentido más amplio, pues si le fuera dado á aquel pueblo alcanzar un ideal semejante, no sería ya la Rusia que podía conquistar, sino el mundo todo. Mejor valiera al Japón perder los atributos materiales de poder antes que esta maravillosa fuerza moral que ha creado la Nación y que la sostiene y la renueva. Los japoneses, han adoptado las palabras de uno de sus escritores: «Nosotros hemos sido creados por la Providencia, con el fin de realizar una obra en el mundo y debemos efectuarla con humildad y con lealtad, á medida que vaya siendo oportuno. Creemos que esta obra es batallar en favor del derecho y de lo bueno y cooperar á hacer que el mundo sea más puro, de manera que á nadie pueda causar dolor alguno que el Japón haya, por fin, tomado el puésto que le corresponde entre las naciones».

MELODIAS—Por H. Havenith

Cualquiera que sea la concepción que nos hagamos del bushido, es indudable que sus doctrinas son las que han engendrado las fuerzas morales que estamos contemplando en acción. Esas doctrinas nos enseñan mucho y nos ayudan á comprender el espíritu que domina á los japoneses en la guerra presente. Hasta dónde puedan ellas inspirar aquel pueblo, ya sea en la marea llenante de la victoria, ó en la bajante de la derrota, sólo podrá decírnoslo el porvenir; mas lo que es cierto es que, si las masas del pueblo se hacen dignas de aquellos elevados ideales en el curso de esta penosa y larga contienda, el bushido llegará á una altura que causará sorpresa aun á los mismos hijos del Japón, y hará sus doctrinas dignas, no tan sólo de estas efímeras notas, recogidas por un periódico inglés, sino del estudio y la investigación de los mejores cerebros de los intelectuales del Occidente.

( *The Times.*—Londres )

## NAVIDAD

—

Vino para los hombres la paz de las alturas.
En el mezquino establo, corona de un alcor,
Tras dolorosa noche de maternas torturas
Jesús cayó en la tierra, débil como una flor.

—

Música de las cosas, alegró las oscuras
Bóvedas del pesebre: y en un himno de amor,
Adoraron al niño las humildes criaturas.
Un asno con su aliento, con su flauta un pastor.

—

Después, los adivinos de comarcas ignotas
Ofreciéronle mirras; y en sus lenguas ignotas
Al pequeño llamaron Príncipe de Salem.

—

Mientras que en el Oriente con pestañeos vagos
Dulcemente alumbraba la estrella de los magos
Los corderos miraron hacia Jerusalem.

V. M. LONDOÑO.

## MI RELOJ

Mi flamante reloj de bolsillo había andado durante diez y ocho meses sin atrasar ni adelantar, sin hacer saltar ninguna pieza de su mecanismo y sin pararse. Yo había acabado por considerarlo infalible en sus juicios sobre la hora, y por creer que su constitución y su anatomía eran imperecederas. Pero una noche, por olvido, dejé que se le acabara la cuerda. Este accidente me apesadumbró, como si hubiera sido un anuncio inequívoco de calamidades. Pero en seguida recobré el espíritu, arreglé el reloj calculando poco más ó menos la hora, y mandé mis presentimientos y supersticiones á paseo. Al día siguiente entré en la principal joyería para ponerlo en la hora exacta, y el jefe del establecimiento me lo sacó de las manos y procedió á arreglarlo en mi lugar. Después dijo: «Estaba cuatro minutos atrasado... hay que adelantar la aguja del regulador.» Traté de detenerlo... traté de hacerle entender que el reloj andaba perfectamente. Pero no pude; lo único que esa calabaza humana podía comprender era que el reloj estaba cuatro minutos atrasado y que había que adelantar un poco la aguja del regulador; y, en tanto que me agitaba angustiado alrededor de él y le suplicaba que dejara en paz el reloj, él, con toda calma y crueldad, realizó su vituperable propósito.

SAN PETERSBURGO: La *Duma* y el Almirantazgo

Naturalmente, el reloj empezó á adelantar. Y fué adelantando más y más rápidamente cada día. Antes de que acabara la semana lo había asaltado ya una fiebre furibunda y su pulso había subido á ciento cincuenta por minuto, á la sombra. A los dos meses había dejado muy atrás á todos los relojes de la ciudad, y se había anticipado en trece días y pico al almanaque: estaba ya en pleno noviembre, disfrutando de la nieve, cuando faltaba volver algunas hojas de octubre todavía. Precipitaba los términos del alquiler de casa, de las cuentas á pagar, y de otras cosas por el estilo, de una manera tan ruinosa, que al fin no pude aguantarlo. Se lo llevé á otro relojero para que le arreglara el regulador. El relojero me preguntó si lo había hecho componer ya alguna vez. Dije que no, que ese reloj no había necesitado nunca la menor compostura. El hombre puso entonces una cara de perverso regocijo y se apresuró á abrir el reloj con una palanquita: se colocó luego un pequeño cubilete en uno de los ojos y escudriñó la máquina. Dijo que había que limpiar y lubricar todo el reloj, además del arreglo del regulador... que volviera dentro de una semana.

Efectivamente, después de limpiado y lubricado y regulado, el reloj empezó á atrasar á tal punto que su tictac era tan lento como el doblar de las campanas. Y yo empecé á perder mis trenes, á faltar á todas mis citas, á quedarme continuamente sin comer; mi reloj estiraba á cuatro los tres días de gracia en los vencimientos, y hacía que se protestaran las letras. Poco á poco fuí retrocediendo al día anterior, luego á la antevíspera, luego á la semana precedente, y de ahí á poco me dí cuenta de que, completamente solo y abandonado, iba pasando yo á la semana penúltima, y había perdido ya de vista al mundo. Me pareció advertir entonces en mi interior un vago sentimiento de compañerismo por la momia del museo, y un deseo de cambiar noticias con ella. Volví á casa de otro relojero. Este desarmó el reloj en todas sus piezas delante de mí, y dijo que el tambor de la cuerda se había dilatado. Y agregó que podría reducirlo otra vez á su tamaño en tres días.

Después de esto el reloj daba siempre un término medio satisfactorio, pero nada más. Todos los días, durante unas cuantas horas, echaba á andar con tanta rapidez como la maldad misma, y se ponía á ladrar y á jadear y á gritar y á estornudar y á resollar, de tal manera, que con el alboroto, yo no podía oír ni mis propios pensamientos; y mientras se mantenía en ese estado, no había reloj alguno en el país que pudiera competir con él. Pero, luego, por todo el resto del día no hacía más que acortar y acortar el paso y entretenerse estúpidamente en su camino, hasta que todos los relojes que había dejado atrás le alcanzaban otra vez. Y un momentito antes de finalizar las veinticuatro horas tomaba un trotecito animado y llegaba frente á la tribuna de los jueces en regla y á la hora exacta. Daba, pues, un justo y cabal término medio, y nadie habría podido decir que con eso hacía el reloj más ó menos de lo que estaba obligado á hacer. Pero, para un reloj, un término medio correcto no es más que una pobre virtud, y resolví llevar el instrumento á otro relojero. Este dijo que el «eje maestro» se había roto. Declaré que me alegraba de que no se tratara de algo más grave. A decir verdad, yo no tenía la menor idea de lo que podía ser el «eje maestro», pero no quería mostrarme ignorante ante un extraño.

El relojero reparó el eje maestro, pero el reloj había perdido en un sentido lo que había ganado en otro. Echaba á correr por un tiempo, y se paraba luego un rato; volvía á correr otro poco y se paraba otra vez, y así sucesivamente, midiendo los intervalos enteramente á su gusto. Y cada vez que echaba á correr coceaba como un mosquete antiguo. Durante unos cuantos días anduve con una almohadilla sobre el pecho para amortiguar el golpe, pero al fin llevé el reloj á otro relojero. Este lo desmontó hasta la última pieza, se puso á revolver las ruinas debajo de su lente, y dijo luego que parecía que en el balancín había algo que no estaba bien. Montó de nuevo el reloj y lo hizo andar otra vez.

El reloj marchaba bien entonces; sólo que á las diez menos diez invariablemente, fuera de día ó de noche, las manecillas se cerraban como un par de tijeras y desde ese momento en adelante viajaban juntas. El hombre más sabio del mundo no habría podido poner en claro la hora que era con un reloj semejante; de suerte que me decidí á hacerlo componer una vez más. El relojero dijo, esta vez, que el cristal se había doblado y que el muelle real no estaba derecho. Observó también que á una parte del mecanismo había que echarle una media zuela.

El hombre hizo todas estas cosas perfectamente, y entonces el reloj empezó á andar de una manera excepcional; sólo que, de vez en cuando, después de estar funcionando tranquilamente durante ocho horas casi, todo lo que había dentro de él se soltaba de repente y se ponía á zumbar como una abeja, y al mismo tiempo las manecillas empezaban á girar con tanta rapidez, que perdían por completo su individualidad y parecían simplemente una finísima telaraña sobre el disco de la muestra: en sólo seis ó siete minutos devanaba vertiginosamente las próximas veinticuatro horas, y entonces se paraba dando un golpe vibrante. Con un pesar profundo en el corazón fuí á ver á otro relojero, y me quedé junto á él mientras desmontaba el reloj. Había ido dispuesto á interrogar al artífice minuciosamente y rígidamente, porque el asunto iba poniéndose ya serio. Ese reloj me había costado en un principio doscientos dólares, y me parecía haber pagado ya dos mil ó tres mil por composturas.

Estaba allí, pues, á la espera, mirando las cosas, cuando de pronto reconocí en ese relojero á un antiguo conocido, un ingeniero, maquinista de un vapor en otro tiempo, y no muy buen ingeniero, por cierto. El hombre examinó todas las piezas cuidadosamente, como los demás relojeros lo habían hecho, y luego me dió su veredicto con la misma seguridad y aplomo de los otros. Dijo:

—La máquina pierde demasiado vapor... lo que debe hacer usted es colgar la llave inglesa sobre la válvula.

Allí mismo le hice volar los sesos, y dispuse que lo enterraran á mi sola costa.

Mi tío Guillermo...¡ay! ¡ya no existe!... solía decir que un buen caballo era siempre un buen caballo hasta la primera vez que se

DE NAPOLES

desbocaba, y que un buen reloj era siempre un buen reloj hasta la primera vez que los relojeros lograban ponerle la mano encima. Y recuerdo también que solía preguntar con extrañeza qué carrera seguirían todos esos hojalateros y armeros y zapateros y herreros que fracasaban en sus negocios; pero nadie pudo nunca satisfacer su curiosidad á este respecto.

MARK TWAIN.

## METAMORFOSIS

Á MIGUEL A. BARBOSA

Las aguas cenagosas del pantano,
al rayo de la luz candente y pura,
son nítidos encajes en la altura
y perlas fecundantes en el llano.

Cual removidos de amorosa mano
se alfombran los collados de verdura,
y arpegian sus cantigas de ventura
las aves, en la mies del hortelano.

De embalsamada flor la abeja liba
la rica miel que en el panal rebosa,
mana la vid el néctar que cautiva;

La blanca luz los átomos enciende,
la oruga se transforma en mariposa:
todo en el orbe á la pureza tiende!

A. ACOSTA MEDINA.

Maracaibo: 1904.

## BALADAS ESPAÑOLAS

LA DEVOTA

Santocristo Nazareno,
vengo á darte el alma mía;
tómala, no me la pagues.
¡Si no supiera que es bueno,
lo mismo te la daría!

¡Ay, esos brazos abiertos,
tan abiertos noche y día!
Cuando te miro y los miro,
entre esos dos brazos muertos
sin dolor me moriría.

¡Ay, ese amor porque mueres
y que nadie ha conocido!
¡Ay, amor oculto y fiero!
Si entero dármelo quieres,
yo lo guardaré escondido.

Como tu pasión, la mía
siempre crece y nunca acaba:
Santocristo Nazareno,
¿qué iba á hacer el alma mía
si en tu amor no la empleaba?

¡Ojos dulces, ojos grandes,
ojos de dolor cargados!
Al mirarlos tan dolientes,
—¡Señor, no me lo demandes!—
¡los codicio enamorados!

¡Ay, tú que mueres de amor,
callado en el padecer!
¡Quién aprendiera de tí
á gozar en el dolor
sin gastarse en el placer!

Santocristo Nazareno,
mira por qué me has vencido:
porque á verte cada día
vengo con el pecho lleno;
me marcho como he venido.

No eres vaso de alfarero
que, si lo colman, rebosa:
¡Santocristo silencioso,
mar de amor profundo y fiero
donde todo es poca cosa!

Porque es grande la porfía
me ha robado el corazón:
¡Santocristo Nazareno,
tiene sed el alma mía
de crearte otra Pasión!

E. MARQUINA.

## SUELTOS EDITORIALES

### ENLACE

En los primeros días del mes, el hogar de nuestro distinguido amigo el señor don José Antonio Olavarría celebraba una bella fiesta familiar, con motivo del enlace de su hija, le señorita Lucía Olavarría y el señor Bernardo A. Guzmán-Blanco.

Las numerosas y selectas relaciones de las familias de Guzmán-Blanco y Olavarría, se dieron cita en aquella mansión, ataviada hermosamente para pronunciar los votos íntimos y sinceros por la ventura de dos jóvenes que ante la sociedad, la ley y los altares, fundan sobre ilusiones y promesas risueñas una harmoniosa y dulce fábrica de porvenir y de contento.

A esos votos van unidos los nuestros muy cordiales, acompañados de los más sinceros parabienes.

### LAUREANO VALLENILLA LANZ

Nombrado este nuestro amigo y colaborador, Cónsul de Venezuela en Amsterdam, hemos sabido que arribó felizmente á su destino y está ya instalado en su importante puésto.

Grata satisfacción y placer nos causa ese informe de la amistad; y hacemos votos, no solamente por la salud del amigo y por el buen éxito de la misión pública conque el Gobierno de la Patria le ha distinguido, sino también porque en la natural expansión del espíritu que la vida en medios de gran civilización y extraordinaria amplitud produce, encuentre su talento manantial de nuevos vigores y su patriotismo renovación de entusiasmo para dar las últimas pinceladas en el libro sobre historia venezolana á que ha consagrado amor y largos desvelos.

Y tanto más legítimos son estos nuestros deseos cuanto que juicios privados que hemos tenido el gusto de oír, nos autorizan para esperar en ese libro una obra de importancia y trascendencia.

Váyale al amigo, que quizás á esta hora contempla pensativo cómo baja lenta y silenciosamente la nieve del cielo sobre el país flamenco, nuestra palabra de memoria y estimación.

### SENSIBLE MUERTE

El fallecimiento casi repentino del joven JULIO CASANOVA TOVAR, produjo entre las relaciones de su apreciable familia y en el seno de nuestra sociedad la impresión de una honda y dolorosa sorpresa.

Comenzaban para él los años de una adolescencia feliz, rica de ilusiones y esperanzas; comenzaba á cursar aulas universitarias, siendo objeto, por su inteligencia, por su conducta y por sus bellas prendas de carácter, del aprecio de sus profesores y del cariño de sus compañeros. En medio de ese ambiente de vida, de lozanía, de risueño orgullo y contento, le sorprendió violentamente la muerte.

Reciban sus afligidos padres y su familia la expresión sincera de nuestro pesar.

### "EL CONSTITUCIONAL"

Con el número 1.184, correspondiente al 1º del mes en curso, entró este popular colega de Caracas en el 5º año de su existencia, acontecimiento que fué celebrado dignamente en las oficinas del mencionado diario, por su personal y compañeros de la prensa diaria.

En esta oportunidad, nos congratulamos con el señor D. Gumersindo Rivas, Director de *El Constitucional*, por la iniciación de una nueva jornada.

### "LIRA DE LA RESTAURACIÓN"

Así se titula una bella colección de piezas de baile, artísticamente editada, de que es autor el afamado compositor y hábil pianista venezolano, nuestro amigo el señor Sebastián Díaz Peña.

La colección está dedicada al señor General Cipriano Castro y los títulos de las piezas que la componen son: valses *Club Victoria*, *Zoila*, *Siempre invicto!*, *Alcántara*, *Pacificador*; contradanzas *Carabobo*, *Aragua*; polka *Restauración*; valses *Favorita*, *Reforma*, *El Copey*; cuadrilla *La Victoria*.

Presentamos la protesta de nuestro agradecimiento al inspirado autor por el ejemplar que en obsequio nos ha enviado.

### PÉSAME

Enviamos la expresión de nuestra íntima condolencia á nuestro muy apreciado amigo el señor Pedro Manrique y á su distinguida familia, por la sensible pérdida de su pequeño hijo ALFREDO, fallecido en esta ciudad el día último del próximo pasado mes.

### "TARDE TRISTE"

Es el título de una nueva obra de música y canto, de que son autores, respectivamente, el compositor B. Rodríguez Bruzual y el poeta Ricardo I. Castillo S.

Quedámosles reconocidos por el ejemplar que nos han remitido.

### DUELO

Enviamos la expresión muy sentida de nuestra condolencia al señor doctor Pablo Miguel González y á los demás hijos y deudos de la señora MERCEDES E. DE GONZÁLEZ, cuyo entierro se efectuó en esta capital en la mañana del día 8 del mes corriente.

### UNA CARTA

Venciendo cierta natural resistencia de la persona á quien fué dirigida, publicamos la carta que se leerá á continuación y que honra por igual al que es objeto de ella y al inteligente joven maracaibero que la escribió:

Maracaibo: septiembre 23 de 1904.

*Señor R. Blanco Fombona.*

Amsterdam.

Rufino:

Intimamente agradecido y feliz por sus valiosas y repetidas manifestaciones de cariño y cordialidad, he escrito unas líneas á manera de impresiones críticas, en que hablo de sus últimas obras recibidas, ya que mi visión sincera de su personalidad individual y artística, la hice pública en dias más claros, cuando el sol cruel de estas playas, doraba su frente apolina y tornasolaba el negro toisón de sus cabellos ondulosos.

Usted perdonará el atrevimiento conque lo hago, así como mi desenfadada y ardorosa admiración por su obra de arte, y los breves escolios que me he permitido inscrustrar en las márgenes de sus libros, como obscura zarza en torno á un cándido verjel. Sé que le gusta el desbordamiento de la sinceridad que brota como una ola del pecho apasionado, de la boca franca y risueña. Le hablo á usted como á un camarada, cuando soy un niño á su lado oh atleta de la Vida, Caballero del Arte! bello Cirano. Pero hay una causa para ello. Muertos y tronchados en mí, existen los gérmenes de gracia, de voluptuosidad, de orgullo, de aristocracia, que veo triunfar y florecer en su fuerte y noble juventud. De aquí mi honda emoción de amor, tímida, interior, cuando la presencia y la voz de usted se hicieron mías en mi alma, y estremecieron mis nervios. En su belleza hay resplandor y sombra. La luz es de alegría, de fuerza, de valor, de gentileza, de poesía. La sombra es de hastío, de dolor, de misterio y del mal. Ambas son igualmente bellas, y juntas forman el encanto sugestivo de su figura juvenil.

Siga usted ungiendo mi fidelidad á su recuerdo, y mi amor á su fresco jardín intelectual, con las flores que deshojan las manos de la Musa sobre su joven cabeza imperiosa. Mi gratitud no morirá sino en mi inteligencia para esas nobles ofrendas de belleza que, cual palomas de anunciación, mensajeras de primaveras lejanas, llegan á mi pobre torrecilla, y cantan sobre mi corazón!

Adios, Rufino.

ROGELIO ILLARRAMENDY.

### LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS

*La Voz de un servidor.*—Carta política del doctor Demóstenes Trujillo, 1904.

*Prontuario práctico de sericicultura*, desde la plantación de la morera, hasta la producción de la seda, por Brambilla Ugo, 1904.

*El Presidente provisional* de Aragua á la Asamblea Legislativa del Estado, 1904.

## NUESTROS GRABADOS

### Bolonia.-Monumento de Víctor Manuel II.

En el centro de la plaza principal de Bolonia se alza el monumento que los patriotas italianos han levantado á la gloria del antiguo rey de Cerdeña, fundador de la unidad de Italia, el rey leal y caballero, á quien su integridad y su fe hidalga valieron del afecto y de la admiración respetuosa de sus vasallos el romántico y caballeresco dictado de *Il Regalantuomo*.

### Bolonia.-Plaza, Palacio Municipal, Iglesia de San Petronio.

Además del monumento de Víctor Manuel II, hállanse en la plaza de Bolonia: á la derecha el Palacio Municipal, y á la izquierda la Iglesia de San Pedro.

Del primero salieron juntos el emperador Carlos V y el papa Clemente VII, cuando éste, después de sangrientos años de rivalidad y luchas, confirió al primero la investidura del reino de Nápoles, bajo la condición de que sería restablecida en Florencia la autoridad pontificia.

La fachada del Palacio Municipal aún no está concluida, pero es digna de fijar la atención por su arquitectura gótica y por la famosa meridiana formada por Casini, en 1655, con el objeto de ilustrar algunos puntos de la teoría del sol, con tanta exactitud y delicadeza astronómica, que fué considerada como el oráculo de la Astronomía solar.

La catedral de San Petronio es de orden corintio con nave de bellas proporciones y hermosas pinturas al fresco en el coro.

En otra página insertamos otra vista de esta plaza, en invierno, bajo la nevada.

Bolonia ha sido la patria de ocho papas, entre ellos Benedicto XIV.

### Retirada de Liao-Yang.

Nuestros abonados están ya en cuenta de todos los detalles de la acción de Liao-Yang, perdida por los ejércitos rusos.

Nuestra vista representa el paso del río Tai-Tse-Ho, por la artillería rusa, en el momento de la retirada imprevista del General Orloff y de la entrada triunfal del General Kuroki en el campo de batalla.

### Horrorosa carnicería

La civilización y la humanidad tendrán siempre poco que reclamar por sus fueros, en cuanto á la suerte que toca á los combatientes de la actual guerra ruso-japonesa. La justicia dirá siempre que los Gobiernos, como los Generales y los Almirantes, tanto de la Rusia como del Japón, se han preocupado y esforzado hasta donde ha sido posible por atenuar y remediar la rudeza sangrienta de ese duelo que ahora sostienen dos potencias formidables en el extremo oriental del Asia.

Pero, bajo todas las civilizaciones, bajo todas las latitudes, la naturaleza humana obedece á leyes fatales é inexorables; y en el furor y el arrebato incontenibles á que empujan la cólera, la ofuscación, el honor, el deber, la vida misma, son inevitables, actos y episodios desgraciados y fatídicos, como éste que muestra nuestra ilustración de un incidente de la última batalla de Liao-Yang, la carnicería efectuada al tomar la fuerzas vencedoras japonesas la formidable posición de Sou-Shan.

### Cacería salvaje

La rara fortaleza de fantasía del cuadro de Müller-Münster, que reproducimos, señala bien que su autor y su asunto pertenecen á otro clima y otra gente, que de origen están separados de los nuestros por una honda é irremediable diferencia.

Parece un ensueño de pesadilla, extraído de la vida y de las tradiciones de aquella raza y aquellos hombres que tuvieron como solo culto el de la fuerza implacable de los adoradores de Odín y el de la cólera despiadada de los soldados de Arminio.

### Vistas de Puerto-Rico

En esta edición reproducimos dos vistas de la isla de Puerto-Rico, que llevan por títulos: *Un río en Ponce* y *Acueducto de la isla de Viegues*.

La rica antilla que tan vario y notable destino ha tenido en los últimos años del siglo XIX, en la historia política del Continente, merece, por mil títulos, la atención y el afecto de todos cuantos se interesen por el movimiento civilizador y progresivo de las naciones. Ella ha dado páginas épicas á la libertad, y es cuna de poetas, y prosistas y tribunos, patricios y mártires, todos pensadores, hijos de la poderosa intelectualidad americana que hace alta y opulenta la vida del espíritu en torno de la cuenca del Mediterráneo colombiano.

### Venus en su toilette

La reproducción de este número pertenece, como la de nuestra última edición, á las famosas y célebres decoraciones del pintor Boucher, que en sus *plafonds* puso en la música inexplicable de los colores, las actitudes y la luz, los cantos de la forma y de la alegría inmortal del paganismo. Es un bello complemento de las colecciones ornamentales del famoso artista.

### Academia Militar de Música

Puede asegurarse que es de muy reciente fundación la Academia Militar de Música, en la forma y con la organización que ahora tiene.

El grupo que aparece en este número es de los alumnos actuales, pudiera decirse, el resto de la Banda que su Director, el señor Arturo D. Francieri, había formado y que ha servido de base para el establecimiento de la Academia.

No es de dudar que en breve tiempo, y bajo las condiciones en que ahora se halla el establecimiento, éste vendrá á ser como debe - una suerte de gran centro técnico, ó depósito central para la provisión de profesores é individuos de las Bandas del ejército.

El señor Francieri, que lo dirige, tiene prestada desde hace largo tiempo, fianza de competencia, que puede asegurarse un notable éxito. Profesor, fundador y director de Bandas militares, desde la época del General Guzmán Blanco, ha dado al ejército y á la República una notable provisión de discípulos, que, salidos de una condición desventajosa de vida y porvenir, poseen hoy una profesión y un arte y á su vez han fundado y dirigido otros cuerpos semejantes, en diversos puntos del país.

Al comienzo de estas fundaciones, las Bandas estaban adscritas á las fuerzas de guarnición; pero este sistema obstaculizaba el propósito deseado y era un retardatario del éxito, dado que el contacto constante del novel músico con el soldado hacía casi nugatorio todo esfuerzo por su instrucción literaria, su aprendizaje técnico y su educación moral.

El actual Gobierno ha dispuesto el funcionamiento de una Academia, que como la actual, pueda proveer de músicos competentes y profesionales á las fanfarrias militares, lo cual ha sido colocarse en un despejado camino de pronto y satisfactorio éxito.

Aprovechamos la oportunidad para congratularnos con el profesor Francieri por el bello resultado de su constancia y sus esfuerzos.

### Vistas de Rusia

De todos los soberanos de Europa, el que más trabaja hoy en su Consejo de Estado, es el Czar de Rusia, con motivo de la guerra del Asia, de las complicaciones diplomáticas que ella provoca diariamente, y de la agitación interna que ha removido entre las clases sociales y políticas del imperio.

El Emperador moscovita está convencido de que nada debería á su poder material, ni sería nada eficaz la fuerza inmensa de que dispone, para mantener la autoridad de su predominio, si no pide consejo á los dictados de la razón ilustrada. Así, ha llamado á su redor á todas las aptitudes políticas de su nación y es un verdadero gran concilio de inteligencias quien sostiene y resuelve todas las dificultades del Gobierno. Lentamente va pasando el prestigio del brazo solo y brutal, para pedir colaboración y ceder intervenciones al cerebro, único creador y director.

Las oficinas del Almirantazgo ruso y de los Ministerios de la Guerra y la Marina están hoy nutridas de un movimiento semejante al que en tiempos normales pudiera tener el Consejo privado, en los momentos de una de esas espantosas catástrofes engendradas por la naturaleza del poder moscovita, en pugna con las expansiones del espíritu contemporáneo, que insensiblemente ha venido ingiriéndose en el alma rusa.

San Petersburgo hormiguea de una población trashumante é inquieta de generales, oficiales, marinos, diplomáticos, ingenieros, turistas, etc., etc., que le dan el aspecto de una ciudad bizantina ó de un raro campamento en plena civilización.

Cualesquiera que sean los resultados de la guerra, esta agitación no podrá menos que traer ventajosos resultados para los rumbos y los destinos de la vida política de aquel Imperio, cuyas tradiciones de fuerza y absolutismo se tropiezan de improviso con la noción formidable de que ya el mundo no es exclusivamente del valor, ni de la audacia, ni del derecho providencial.

### De Nápoles

Presentamos un aspecto de una de las ciudades más bulliciosas y pobladas de Europa. Algo, acaso gran porción, de la raza; mucho del del clima; un predominio de tradiciones han hecho á Nápoles ciudad de alegría, de movimiento, de ruido, de apresuramiento. Grupos numerosos, gritos salidos de todos ellos, pregones ensordecedores, músicas en todos los sitios, concurrencia en todos los placeres, niños en juego perpetuo, cantares, pianos, ramilletes de flores vivaces, el aire fresco y suavemente tibio, la luz brillante; así Nápoles semeja una ciudad de primera categoría entre las más ruidosas poblaciones de Europa.

## ULTIMA HORA

Ya en prensa las últimas páginas de la presente edición de EL COJO ILUSTRADO, hemos tenido el placer de recibir atento saludo del distinguido poeta Máximo Soto Hall que se halla entre nosotros con el cargo de Agente Confidencial del Gobierno de la República de Guatemala.

Algo de este simpático escritor, relativo á su visita á Venezuela, se imprime actualmente en nuestros talleres, y verá la luz en breve.

Damos al señor Soto Hall nuestra más cordial bienvenida.

## SECCION RECREATIVA

### Un árbol de seis mil años

Las pirámides de Egipto, que hasta ahora se consideraban como los monumentos más antiguos del mundo, han perdido su preeminencia en lo referente á longevidad, gracias á un árbol de Méjico cuya edad, según los naturalistas, no baja de seis mil doscientos años.

Arboles viejos se conocían varios, como, por ejemplo, el célebre y gigantesco de Hidson, en Inglaterra, que tiene tres mil doscientos años; el baobab del Africa central, llamado baobab de Humboldt, que cuenta cuatro mil años y que se consideraba hasta la época presente como el decano de los árboles por ser contemporáneo de las pirámides. Pero acaba de estudiarse el ciprés de Chepultepec (Méjico), y teniendo en cuenta sus cuarenta metros de circunferencia y el resultado de los estudios practicados, es indudable que disfruta de la no despreciable edad de seis mil doscientos años.

El aserto de los sabios puede comprobarse en el acto, cortando el árbol y contando las capas que constituyen el tronco.

### Cómo cultivan sus hongos las hormigas

El naturalista americano Ferguson ha estudiado los hongos que se encuentran en los «jardines» de ciertas hormigas frugívoras, particularmente los *Atta ferveus*, *septentrionalis* y *tunifex*.

Están formados tales hongos por una aglomeración de micelios blancos, y tienen el aspecto de diminutas coliflores.

Este hongo se desarrolla con lentitud cuando le cultiva el hombre, pero crece con rapidez rodeado de los cuidados que le dan las hormigas. La formación de las dilataciones que le dan aspecto de coliflor, obedece á ciertas condiciones locales y á otras en las que las hormigas, voluntariamente ó no, desempeñan papel importante.

Es cosa sumamente curiosa que las hormigas de una especie no consientan en comer sino muy difícilmente, y cuando están muy hambrientas, los hongos (no está claro si los de la misma ó diferente especie) que provengan del jardín de otra especie ó de un cultivo artificial.

## Cómo obran los venenos de las serpientes

Los venenos de las serpientes han sido clasificados en dos grupos: colúbridos y vipéridos; según los estudios recientes de Rogers, los colúbridos actúan, sobre todo, paralizando los centros respiratorios, en la médula y las placas terminales motrices de los nervios frénicos; pero su acción sobre la sangre es muy débil. Los vipéridos, por el contrario, actúan sobre la sangre, ya provocando la coagulación inter-vascular (como en la víbora de la India), ya haciendo perder á la sangre su poder coagulante, y facilitando así las hemorragias (como en la serpiente de cascabel americana).

Pero estos venenos, que se encuentran en cuatro categorías generales de serpientes, pueden encontrarse uno y otro en proporciones variables en algunos de estos reptiles, tales como el *bungarus fasciatus*, que posee la doble acción de estos venenos.

Los efectos de la mordedura de la *enhydrina bengalensis*, que es una serpiente marina, no se manifiestan más que pasado un tiempo bastante largo; varias horas para una dosis poco considerable de veneno. Aparece un sopor; tras este período latente, el individuo mordido deja caer de vez en cuando la cabeza y cierra los ojos. En seguida sigue una gran debilidad muscular, un aflojamiento progresivo; el número de respiraciones disminuye progresivamente, y la muerte se produce tras algunas violentas convulsiones respiratorias. Se comprueba que la excitación faradica del nervio frénico no produce contracción del diafragma.

Para la *hamadriada*, serpiente muy común de la India, la acción es muy rápida; una inyección de su veneno, con dosis de 5 milígramos por kilogramo de animal, paraliza y detiene la respiración en minuto y medio, y medio minuto más tarde la presión de la sangre desaparece.

La acción del veneno de *cobra* (ó *Naja tripudians*, serpiente de anteojos), es casi completamente idéntica.

Es muy interesante hacer notar que la dosis mortal del veneno de cobra es la misma para los pájaros que para los peces, mientras que para éstos el veneno de la enidrina es mortal en una dosis cinco veces más fuerte.

Este hecho no se repite en las otras serpientes marinas, existiendo fenómenos de adaptación y diferencias notables en la susceptibilidad de los organismos.

En el veneno del *Bungarus cæruleus* es característica la detención de la respiración y de la presión sanguínea. La respiración cesa próximamente á los cuatro minutos y medio de la inyección, y en seguida, minutos después, la circulación se detiene.

Contra los venenos colúbridos, la respiración artificial, y la inyección de la antitoxina de suero de Calmette, pueden salvar rápidamente al individuo mordido.

La acción hemolítica de los vipéridos es siempre mucho más señalada; los glóbulos rojos son destruidos rápidamente; tienen una acción paralizante muy clara sobre los centros vaso-motores, de la que se sigue una parálisis de los centros respiratorios, debida á la falta de sangre en la médula y la bulba; no existe en cualquier caso parálisis de las placas motrices terminales de los nervios.

Los colúbridos provocan la muerte por parálisis respiratoria, procedente de la detención circulatoria, y los vipéridos, por parálisis circulatoria, procedente de la detención circulatoria.

## Engordar con azúcar

Muy en boga está, hasta en los ejércitos, el uso del azúcar como alimento que robustece y aumenta las energías.

El fisiólogo francés M. Toulouse ha hecho experimentos para ver cómo una persona delgada puede engordar con raciones de 50 á 300 gramos de azúcar al día.

Los resultados han sido excelentes. El aumento de peso resultó en seguida, alcanzando en la generalidad de los casos 100 gramos de aumento de peso por día, y elevándose en algunos hasta 500 gramos, aumento que representa más cantidad de la ingerida; esto se explica por la disminución de pérdidas de sustancias nitrogenadas por la orina.

Los enfermos han aumentado con tal régimen hasta un tercio de su peso, pasando en pocos meses de 35 á 48 kilogramos. Con el régimen lácteo (tres litros por día) es como la acción del azúcar se manifiesta con más intensidad.

Se ha hablado mucho de la sal y sus inconvenientes; el azúcar, alimento tipo, cristalizado, hidrato de carbono sin impurezas, puede tener ventajas considerables en su empleo, y merece ser estudiado con seriedad en el problema de la alimentación.

## El papel aceitado

Es este artículo de uso muy frecuente y gran consumo en el Japón. Hacen este papel con la corteza de los árboles, y es muy superior al que fabricamos nosotros con la pulpa de la madera. Semejante papel sirve, antes que todo, para la construcción de las casas, puesto que el japonés edifica su vivienda á muy poco costo, dado que las paredes son cuadros de madera que cubren con ese papel.

Debemos decir que este es trasparente é impermeable: como trasparente, deja pasar la luz á los cuartos, y como impermeable resguarda al habitante de los rigores de la lluvia.

Un japonés que trasporta su té, usa, en lugar de tolda, una hojas de papel aceitado, que pega unas con otras y que extiende sobre su mercancía, cuando la ve amenazada de caerle un caparrón.

Por otra parte, este papel es inacabable; no cuesta casi nada, y guardadas las proporciones, dura muchos años.

Los individuos que tienen que hacer frecuentes incursiones á grandes ciudades en que llueve mucho, llevan impermeables de papel aceitado que compran por menos de un franco.

También utilizan el papel de corteza, sin aceitar, pero sólo para los sacos de granos y de harina, pues resiste firme y sólidamente los ataques de gorgojos y otros insectos.

Uno de los más curiosos de esos papeles

La fabricación de una buena Emulsión de aceite de bacalao requiere máquinas y aparatos científicamente construidos que los boticarios no poseen.

Una mala emulsión produce en los enfermos el trastorno de las funciones digestivas, imposibilitando la nutrición y retardando la cura.

# El Triunfo del Mérito.

Todo el que tenga que comprar un frasco de emulsión de aceite de bacalao debe exigir que el boticario le venda la **"LEGITIMA EMULSION DE SCOTT"** que lleva la marca del **"hombre con el pescado á cuestas."** Esta marca significa lo mismo que la marca de ley que se encuentra en las joyas de plata ú oro. Emulsiones que no llevan esa marca son lo mismo que las prendas falsas doradas ó niqueladas que fabrican los charlatanes para engañar á los incautos. La **"LEGITIMA EMULSION DE SCOTT"** ha sido recetada universalmente durante los últimos treinta años con éxito siempre creciente para curar la tuberculosis, las enfermedades del pecho en general, la escrofulosis, raquitismo, anemia, clorosis y todas las afecciones que dependen de la debilidad orgánica.

La **"LEGITIMA EMULSION DE SCOTT"** es un alimento en forma concentrada que nutre y estimula el apetito de los enfermos poniéndolos en condiciones para poder ingerir y digerir los alimentos ordinarios.

Tratándose de la salud ningún medicamento es caro, si es bueno. Hay razón sobrada para que la **"LEGITIMA EMULSION DE SCOTT"** cueste unos centavos más que las emulsiones de pacotilla. Con ella los enfermos sanan pronto. Con ella no hay engaño.

**SCOTT & BOWNE, Químicos - NUEVA YORK.**

LOS MEJORES RELOJES

SE CONSIGUEN EN LA JOYERIA DE

GATHMANN HNOS.

PIDANSE LAS MARCAS SIGUIENTES

OMEGA

ROSSKOPF

WALTHAM (SOL).

CRONOMETRO (VICTORIA)

INVICTA

LIBERTADOR

ST. BERNARD

**Jarabe de Digital de LABELONYE**

contra las diversas Afecciones del Corazón, Hidropesias, Toses nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.

Empleado con el mejor éxito.

HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO

**SOLUCION TITULADA**

Las *Grageas* hacen mas facil el *labor del parto* y *detienen las pérdidas.*

**AMPOLLAS ESTERILIZADAS** para *Inyecciones Hipodérmicas*

**Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN**

Medalla de ORO de la Sad de Fia de Paris.

LABELONYE y Cia, 99, Rue d'Aboukir, PARIS Y EN TODAS LAS FARMACIAS.

**LINIMENTO GENEAU**

para los CABALLOS

MARCA DE FABRICA

Solo este precioso Tópico reemplaza al Cauterio, y cura radicalmente y en pocos dias, las Cojeras recientes y antiguas, las Lisiaduras, Esguinces, Alcances, Moletas, Alifafes, Esparavanes, Sobrehuesos, Flojedades é Infartos en las *piernas* de los jóvenes caballos, etc.; sin ocasionar *llaga* ni *caida de pelo*, aun durante el tratamiento. — Revulsivo y Resolutivo inmejorable en las enfermedades internas.-PRECIO 6 fr. Depósito General: Farmia GENEAU, 165, r. St-Honoré, PARIS

**ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR**

CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL

prescrito por los Médicos en los casos de

ENFERMEDADES DE LA PIEL

*Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.*

102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

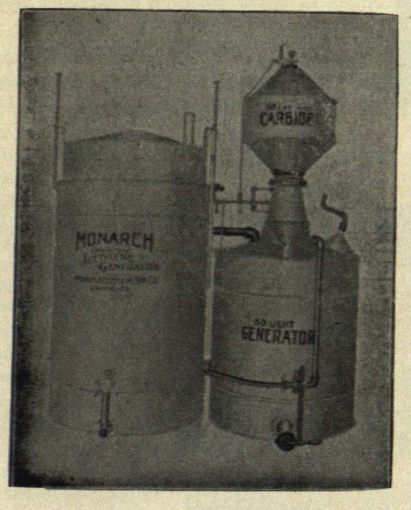
**J. ROVERSI** - ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA - CARACAS

De la Palma á S. Pablo N. 24.-Teléfono N. 2159

TELEGRAMAS: ROVERSI - CARACAS

DEPARTAMENTO ACETILENO

Carburo.—Instalaciones completas para ciudades y particulares.—Accesorios de todas clases.—Aparato Americano "Monarch" con más de 2.000 instalaciones privadas y 30 ciudades




J. ROVERSI—Venezuela Caracas, Palma á San Pablo N. 24

DEPARTAMENTO MARMOLES

Nuevo surtido de mármoles artísticos y económicos.—Referencias nuestros numerosos trabajos en toda Venezuela.


## La curiosa digestión de las serpientes

Sabido es que en las serpientes el aparato digestivo está formado por el intestino anterior, el medio y el posterior; no deja de ser sumamente curioso el proceso de la digestión, dado que la presa no ha sufrido masticación ó trituración ninguna, al ser tragada.

Una rana puede ser engullida por el *Tropidonotus natrix* y permanecer veinte minutos en su intestino anterior, sin sufrir daño alguno; se la puede extraer viva, y no digerida, por tanto, en modo alguno. Si permanece más tiempo, muere; pero nunca se observan señales de digestión en el primer intestino.

Esperemos á que la presa penetre, en parte, en el segundo. ¿Qué sucede entonces? La parte que ha entrado en el intestino medio, se halla más ó menos digerida—puede estarlo por completo, como lo ha observado M. Leighton, con una lagartija encontrada en una víbora;—y la otra, que ha permanecido en el anterior, se halla intacta. La utilidad del anillo muscular, que separa las dos primeras porciones del intestino, es evidente. El estómago (intestino medio) es muy pequeño y es necesario que la presa, entera por carencia de masticación, y frecuentemente alargada, se introduzca gradualmente en el intestino medio, para que el animal saque de ella el jugo posible.

También explica la pequeñez del estómago, por qué las serpientes comen con largos intervalos: emplean mucho tiempo en digerir su presa, y la digieren por completo, gracias al hábil mecanismo indicado y á la acción de la parte posterior del intestino, donde se termina la digestión de las porciones que la hayan sufrido incompleta, y donde se verifica la absorción de todo lo que sea absorbible y asimilable.


EL ARTE DEL POSTIZO

**Creaciones artísticas y seductoras de todos los accesorios para el peinado**

M. et Mme. DESFOSSÉ

21 Rue Lavoisier, París

Bello é instructivo catálogo que se enviará á quien lo pida

EXIJAN Vds. sobre cada PILDORA BLANCA las palabras: DEHAUT A PARIS impresas en negro.

Las PILDORAS Purgativas y Depurativas del Doctor DEHAUT se toman al comer.

Ningún Regimen. No más Dieta. Las menos COSTOSAS puesto que son las mas activas.


japoneses, es el que emplean para hacer vejigas en qué llevar el tabaco, y los estuches para pipas de fumar. Ese papel es tan sólido como la piel de nuestros cabritos, y tan flexible como ella, pero tiene, sin embargo, el espesor del cartón. Es además muy traspárente, lo que presta un atractivo muy singular á tales vejigas y estuches.


**Honra á quien la prepara.**—Declara el doctor F. Aguerrevere Pacannis, Profesor de Obtetricia de la Universidad Central de Venezuela, muy ventajosamente conocido en toda Venezuela:

«Cumplo el deber de decir que la Emulsión de Scott me ha correspondido siempre á las necesidades terapéuticas para las cuales la he empleado. Me es satisfactorio, además, decir también que es una preparación oficinal que honra á quien la prepara.»

LES PLAQUES ET PAPIERS

JOUGLA

SIEMPRE SON INMEJORABLES

**PATE ÉPILATOIRE DUSSER** destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en **1/2 cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE**. **DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

PRIX 16,600 fr.

**RECOMPENSA NACIONAL**

*de 16,600 fr.*

Siete Medallas de ORO, etc.

MD CCCI

***Males de Estómago, Falta de Fuerzas, Anemia, Calenturas, etc.***

**QUINA-LAROCHE**

EL MISMO **FERRUGINOSO** | **Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc.** *Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.* Paris, 20 et 22, Rue Drouot, y Farmacias. | EL MISMO **FOSFATADO**

Propiedades del Avena-Cacao

El **Avena-Cacao** fabricado por los señores **Fullié & Ca.** marca **La India**, es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El **Avena-Cacao** marca **La India**, se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. **Su valor 4 reales.**

**LA**

**Phosphadine Fullié**

es un alimento completo

DE FACIL DIGESTION

**para todas las edades de la vida**

Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las Américas

**Alimentación natural de los niños**

**Nutrición de los convalecientes**

**En el raquitismo y en la anemia**

**Embarazos y dentición**

**En las diarreas y afecciones intestinales**

**Precio en toda Venezuela:**

**Pote grande Bs. 2,50**
**Id pequeño " 1,50**

**PHOSPHADINE FULLIE** es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos
De venta en los principales establecimientos de la República

**EL APIOL de los Dres JORET Y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS**

**SOLUCIÓN PAUTAUBERGE**
al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado
*El remedio más eficaz para curar* las **ENFERMEDADES DEL PECHO** las **TOSES RECIENTES Y ANTIGUAS** las **BRONQUÍTIS CRÓNICAS**
L. PAUTAUBERGE, 9bis, *Rue Lacuée, Paris* Y LAS PRINCIPALES BOTICAS.
Desconfiarse de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.

## Por qué son tan fuertes las hormigas

SU JUGO ES UN VIGORIZADOR MARAVILLOSO

Cualquier observador que se haya fijado en la relativa facilidad conque una hormiga empuja ó arrastra un objeto cuatro veces mayor que ella, pensará lógicamente que la fuerza muscular del insecto es, relativamente, muy superior á la del hombre; pero como en la hormiga no se encuentran grandes músculos ni biceps desarrollados, hay que atribuir esta fuerza á la secreción que almacena en su propio cuerpo para hacer uso de ella en determinadas ocasiones.

El doctor Clemente, de Lyon, ha observado que unas cuantas gotas de esencia de ácido fórmico, tomadas cuatro veces al día, vigorizan notablemente al más débil, pudiendo calcularse que con este tratamiento las fuerzas del hombre se duplican.

Este descubrimiento nunca podrá apreciarse en su justo valor. Su importancia para todo aquel que tenga que hacer frecuente esfuerzo muscular, y especialmente para los exploradores y cazadores, es realmente inmensa, puesto que evita el cansancio y devuelve la energía perdida.

Lo más notable es que el uso de esta esencia aumenta la fuerza de los músculos sin precipitar la circulación. Esto es muy importante, y demuestra que la esencia de hormigas es alimento, digámoslo así, para los músculos, y no un simple estimulante, como los licores, que siempre producen una reacción enervante. Además, los efectos de este maravilloso extracto no son pasajeros, sino que duran constantemente mientras se continúe empleando el tratamiento.

Una de las aplicaciones posibles de este nuevo remedio será para devolver las fuerzas á los enfermos convalecientes.

La obtención del ácido fórmico no es muy difícil. Los cuerpos de las hormigas, machacados y puestos luego en maceración, dan el principio de donde se extrae. Una vez purificado, basta diluirlo para poder usarlo.

## Un cortaplumas sin igual

En una fábrica de cuchillos y navajas de Sheffield (Inglaterra) se ha hecho un cortaplumas, que indudablemente es el más curioso que hay en el mundo. Es lo bastante grande para no caber en el bolsillo de ningún chaleco ordinario, y tiene nada menos que setenta y cinco hojas.

Las cachas de esta navajita son de nácar, admirablemente labradas en relieve; en un lado se ve una escena de la caza del ciervo, y en el otro la caza del jabalí.

De las numerosas hojas, que sirven para una porción de usos, la mayor parte están grabadas también con bonitas vistas del colegio de Sheffield, la ciudad de York, los castillos Windsor y Arundel, y otros edificios y lugares famosos de Gran Bretaña.

**Después de probar todos los engañosos remedios que se anuncian es cuando más se agradece la eficadia RADICAL del Digestivo Mojarrieta, cuya superioridad está universalmente confirmada en las enfermedades del estómago.**

Curaciones desesperadas, en personas bien conocidas que lo tomaron durante tres meses, son las que lo han hecho glorioso; pues, un solo estuche produce mejor efecto que una docena de frascos de cualquier otro remedio, porque, además de ser el único verdadero Curativo radical del estómago y del intestino, sin engañosa acción calmante, es Digestivo y Purificador de los alimentos.

Se debe exigir que cada hostia tenga grabado el nombre Digestivo Mojarrieta.

De venta en la Farmacia de **Valentiner y Ca**, Caracas; y en las principales Droguerias de Europa y América.

GOTA
FTEIA
LICOR
DEL Dr.
LAVILLE
CLIN Y COMAR — PARIS
EN TODAS LAS FARMACIAS 613
REUMATISMOS

**Libros de Registro para 1905**

Los que determina la ley para asentar las partidas de Nacimientos, Matrimonios y Defunciones: de muy buen papel y esmerada encuadernación, están de venta en esta Empresa.

Precio 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
Póne y conserva el cútis limpio y terso
CANDÈS & Cie. Bd St-Denis, 16

Contra las
ENFERMEDADES NERVIOSAS
VÉRTIGOS
PALPITACIONES
EPILEPSIA, etc.
no hay mejor Remedio que las
CÁPSULAS DEL Dr CLIN
al Bromuro de Alcanfor
CLIN & COMAR — PARIS
y en las Farmacias.
636

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS
RAQUITISMO — ANEMIA — CLOROSIS
Exíjanse el Nombre el Sello de Garantía
PÍLDORAS de BLANCARD
al Ioduro de Hierro inalterable.
y la Dirección 40, Rue Bonaparte, PARIS
COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE
N.B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el Jarabe de Blancard.

INFLUENZA ANEMIA RACHITIS CLOROSIS
VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

A las personas del Interior de la República que quieran tomar, directamente, suscripciones á esta Revista, les avisamos que podemos servirlas cuando se nos envíe el valor de un trimestre anticipado (tres pesos sencillos) ó su equivalente en estampillas de correos. Todo suscriptor debe estar atento á la renovación del abono, pues se suspenderá el envío del periódico, sin más aviso, al no recibirse el valor del nuevo trimestre.

EXIJANSE LAS VERDADERAS PILDORAS PURGANTES
Estas píldoras con base de Extracto de Elixir del Dr GUILLIE, se emplea con éxito en las enfermedades del Hígado, del Estómago, del Corazón, Gota, Reumatismos, Fiebres Palúdicas, y Perniciosas, la Grippe, ó Influenza, y todas las enfermedades ocasionadas por la Bilis y las Flemas.
Depósito General, Dr Paul GAGE Hijo, Fco de 1a cl., 3, r. de Grenelle-St-Germain, Paris
y en todas las farmacias
• DEL Dr GUILLIE •

PERMANENTE

Muchas veces, en nuestra correspondencia y en "El Cojo Ilustrado," hemos suplicado que no se nos envíen retratos, biografías, versos ni escritos que no hayamos pedido. Sin embargo, llueven sobre esta Empresa artículos de personas á quienes no conocemos. Esto nos obliga á multiplicar la correspondencia con detrimento de nuestras ocupaciones, y además nos pone en el caso, siempre penoso, de rechazar esos trabajos que no pueden tener cabida por diferentes razones.

Repetimos hoy nuestra súplica y encarecemos de nuevo á esas personas con quienes no tenemos relaciones: QUE NO NOS ENVIEN VERSOS, ARTICULOS, MUSICA NI RETRATOS QUE NO HEMOS PEDIDO, pues hemos resuelto definitivamente inutilizarlos, sin previa lectura.

## Para averiguar la edad de una persona

Se puede averiguar fácilmente la fecha del nacimiento de una persona mandándola hacer las siguientes operaciones: Primeramente debe escribir el número de orden del mes de su nacimiento, representando Enero por 1, Febrero por 2, etc.; doblar este número, añadir 4, multiplicar la suma por 50 y agregarla al número del mes. Luego se multiplica todo por 100, y del producto se resta la edad que la persona tenía al año anterior. De la cantidad que resulte, hay que restar la cifra 19.911, obteniendo así un número que es el único que la persona interrogada debe decir al que la pregunta.

El preguntante separa las cifras del número que acaban de decirle en grupos de dos, empezando por la derecha, y como por lo general serán cinco ó seis las cifras del número, al concluir de hacer la división de grupos, pueden quedar en la izquierda dos cifras ó una sola. Con esto queda todo averiguado: el primer grupo de cifras de la izquierda representa el día del mes en que nació la persona preguntada, el grupo del centro indica el mes, y el de la derecha las dos últimas cifras del año.

## La belleza, según los japoneses

Cuando en Europa nos parece una persona simpática y nos ponemos á considerar los detalles de su fisonomía, lo primero en que nos fijamos son los ojos, la boca ó el pelo; pero en el Japón no sucede lo mismo: allí lo primero que se mirá es la nariz y no se pasa al resto de la cara hasta que se han estudiado todas las líneas de aquélla bajo todos sus aspectos.

Pero no es esto lo más curioso, sino que para los japoneses, que en manera alguna pueden calificarse de narigudos, una nariz grande representa el colmo de la belleza física. En las estampas japonesas, casi todos los héroes legendarios aparecen adornados con respetables narices, y la flor más delicada que puede decirse á una *geisha*, es asegurarla que tiene la nariz más grande del mundo.

El famoso verso «Erase un hombre á una nariz pegado, etc.», sería en el Japón una poesía llena de amor y dulzura.

¡Cuánto no hubiera ganado en belleza el no menos famoso Cyrano, si en vez de cadete de Gascuña hubiera sido *samurai* de Yedo!

## La europea y el japonés

Cuéntase de Oyama, el jefe del estado mayor japonés y por lo tanto una de las personalidades más importantes en la cuestión ruso-japonesa, una anécdota muy graciosa.

Hace años, cuando todavía no era Oyama más que juez en los tribunales de Tokio, fué invitado á un baile, al cual asistían muchos europeos y europeas.

Al penetrar en el salón se cruzó con el gran prohombre japonés una linda muchacha europea, cuyos encantos no pudieron menos de causar profunda impresión en el ánimo del juez amarillo, el cual exclamó involuntariamente:

—¡ Qué mujer tan hermosa !

La joven le oyó, y sonriéndose con mucha gracia respondió al piropo del japonés:

—¡ Qué juez tan excelente !

## Varia

En Francia se están haciendo experimentos para cortar árboles por medio de la electricidad, empleando un alambre de platino calentado al rojo blanco por medio de una corriente eléctrica, y movido á manera de sierra. Este método sólo requiere la octava parte del tiempo que el procedimiento de aserrar los árboles.

El emperador del Japón es el soberano más poeta del mundo. Compone diariamente de 27 á 30 versos de 31 sílabas, que entrega al barón Takasaki para que dé su opinión sobre ellos.

El barón no se ocupa en otra cosa desde 1892, y asegura que desde aquel año hasta el 30 de noviembre pasado, S. M. ha compuesto 37.000 estrofas. La emperatriz también escribe versos, aunque no con tanta facilidad.

---

Cuando un billete de banco inglés vuelve al Banco de Inglaterra, es inmediatamente inutilizado. Se le hace un agujero en el sitio donde está impresa la cantidad que representa, se rompe la parte en que está la firma del cajero, y después de guardarlo cinco años es quemado en un horno. Cada día vuelven al Banco unos 50.000 billetes, que son sometidos á estas operaciones.

---

Para los chinos, el número tres tiene una gran importancia religiosa. En todas las habitaciones del palacio imperial, así como en las tumbas de los mings, hay tres puertas. Y cuando el emperador se encuentra en Pekin, ni aun los más altos dignatarios pueden acercarse á él sin hacer tres grandes reverencias. El templo del Cielo tiene tres pisos, una escalera de mármol de tres escalones, y todo su simbolismo místico contiene el número 3, ó sus múltiplos.

---

Un buque acorazado gasta anualmente, en tiempo de paz, 2.350.000 bolívares por término medio. Un millón se consume en sueldos para la oficialidad y los marineros, 370.000 bolívares en víveres y 150.000 en municiones para los ejercicios de tiro.